



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
PROGRAMA DE POSGRADO EN GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

**LA GEOGRAFÍA EN EL DISPOSITIVO UNIVERSITARIO: PASADO Y TENDENCIAS
RECIENTES**

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
MAESTRO EN GEOGRAFÍA

PRESENTA:
ADRIÁN GUTIÉRREZ ÁLVAREZ DEL CASTILLO

TUTORA PRINCIPAL
DRA. GEORGINA CALDERÓN ARAGÓN
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

CIUDAD UNIVERSITARIA, MÉXICO

ENERO DE 2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*Con cariño a mis padres,
a mi abuelo,
a Angélica*

AGRADECIMIENTOS

A Georgina Calderón por el inmenso y continuo apoyo durante estos años; por la revisión, los comentarios y los materiales que fueron de mucha ayuda para el desarrollo del escrito pero, sobre todo, para comenzar a dirigir mi trabajo con solidez, responsabilidad y compromiso social. Muchas gracias por tu tiempo, tu dedicación y tu compañía.

A los lectores y sinodales de esta tesis: Iván Jiménez, María Elena Figueroa, María Luisa Rodríguez-Sala y Gustavo Garza, pues la lectura tan cuidadosa que le dieron me permitió dialogar, debatir y aprender mucho con cada uno de ustedes. A los cuatro les agradezco sus revisiones, sus comentarios y sus precisiones que contribuyeron en gran medida a mejorar la presentación y la calidad de las ideas planteadas en el documento.

A la familia y a los amigos (de México y de Colombia). También a los profesores y a los compañeros por el apoyo, los aprendizajes, las discusiones y el tiempo que, dentro y fuera de clases, compartimos durante estos últimos años.

Finalmente, todo mi respeto y agradecimiento a quienes, con su trabajo, hacen posible que nos sigamos formando y que recibamos una beca para la realización de estudios de posgrado por parte de CONACyT.

ÍNDICE

Introducción.....	5
Capítulo I. Sobre la sociedad en cuestión	
I.I. Algunas determinaciones históricas.....	16
I.II. Estado, sistema de dominación y universidad.....	25
I.III. Las funciones de la universidad.....	34
Capítulo II. Poder y saber: la universidad como dispositivo	
II.I. La forma actual de la dominación.....	42
II.II. <i>¿Qué es un dispositivo?:</i> al respecto de la disciplina y el control.....	49
II.III. La universidad como dispositivo	57
Capítulo III. La geografía en el dispositivo universitario	
III.I. La configuración disciplinaria.....	71
III.II. Cambios en la disciplina.....	82
III.III. Negación y discursos ideológicos	92
A manera de conclusión.....	107
Bibliografía.....	111

INTRODUCCIÓN

Con el paso del tiempo y a través de la experiencia, todos los grupos sociales se hacen de algún tipo de *saber geográfico* propio, cuya codificación y transmisión constituye una parte del aparato conceptual con el que enfrentan y transforman el mundo. Este saber, sin embargo, en ocasiones ha tomado la forma de imágenes, intuiciones o prácticas que, pese a su indefinición, permiten dirigir la acción cotidiana y, en otras, de un cuerpo formal de conocimientos –la geografía– que es instruido a todos los miembros de la sociedad, o a una parte privilegiada de ella, para ser usado en el intento de dominar a la naturaleza, a otras personas o de crear alternativas para la vida social.

Lo anterior constituye el punto de partida de algunas de las ideas que expuso David Harvey en la conferencia titulada: “Sobre la historia y la condición presente de la geografía. Un manifiesto materialista histórico”¹, que tuvo lugar en la Universidad de Durham, Inglaterra, en enero de 1984. En ella planteaba la necesidad de vincular las reflexiones sobre el pasado, el presente y el futuro de la geografía con la historia de la sociedad específica que ha demandado y dependido para su reproducción de la cristalización de ciertas formas de conocimiento geográfico insertas en una fragmentación profesional y académica del trabajo.

Pues a pesar de que diferentes sociedades e imperios comerciales antiguos (como el griego, el romano, el árabe, el chino, etc.) elaboraron geografías sofisticadas sobre sus localidades o sobre el mundo tal y como lo conocían, hubo un suceso que derivó en la incorporación, apropiación y transformación de dichos saberes tradicionales a la luz del proyecto social del occidente europeo y, por tanto, en la revolución a gran escala de las estructuras del pensamiento y las prácticas geográficas: la transición del feudalismo al

¹ David Harvey, “On History and present condition of Geography. An Historical Materialist Manifiesto (Inglaterra: Escuela de Educación-Universidad de Durham: 1984). Consultado el 5 de agosto de 2017 en: https://www.youtube.com/watch?v=fC5_ctPiTDY&index=1&list=LLMpC9XTMyRFoZ2ZHncHV1Uw La ponencia fue publicada en febrero del mismo año en *The Professional Geographer*, vol. 36, no 1 (Association of American Geographers: 1984) 1-11. Más adelante referiremos al texto exclusivamente.

capitalismo mercantil, seguida de la transformación industrial y luego financiera de este último.

A decir de Harvey, las implicaciones que tuvo este proceso no sólo tienen que ver con el establecimiento de las bases iniciales para el movimiento de capital y fuerza de trabajo en el mundo, sino también con la construcción de un conocimiento geográfico nuevo que estaría definido, entre otras cosas, por: 1) el interés por la exactitud de la navegación y el establecimiento de derechos territoriales, privados y colectivos, que permitió imponer formas capitalistas en lugares que habían sido ajenos a ellas (como África, América y Asia); 2) la creación del mercado mundial, que implicó la exploración del mundo en todas direcciones en busca de valores con cualidades novedosas y útiles para su intercambio universal; 3) la observación detallada de las variaciones en los estilos de vida, formas económicas y configuraciones sociales para el inventario de recursos humanos y naturales en sitios susceptibles a la explotación, al intercambio forzado y desigual, y a la manipulación de formas de organización autóctonas; 4) la división del mundo en esferas de influencia por parte de las potencias imperiales capitalistas que trajo consigo serios problemas por el control y el acceso a materias primas, fuerza de trabajo y mercados; 5) la preocupación por el uso de recursos humanos y naturales que llevó a considerar el problema de su distribución y racionalización para la acumulación del capital y para el control sobre la fuerza de trabajo; y 6) la visión de los fenómenos sociales y naturales como cosas sujetas a manipulación, administración y explotación, que determina la fuerte carga ideológica del pensamiento geográfico que ha prevalecido en toda la era burguesa².

Sin embargo, lo relevante de esta heterogeneidad de prácticas radica en que serían aglutinadas en el intento de conformar una *disciplina* coherente para normativizar, regular y mediar los procesos de producción, enseñanza y aprendizaje de conocimientos propiamente geográficos según una tendencia general dirigida a la división del conocimiento (y por tanto, del trabajo académico) que tuvo cabida en las universidades europeas y, posteriormente, en todo el mundo hacia finales del siglo XIX. Aunque lo particular en el proceso de constitución de la geografía fue que tuvo que enfrentar, por una parte, el carácter ecléctico que le proveían sus intereses diversos y en ocasiones simultáneos por

² Harvey, *op. cit.*, 2-4.

cuestiones tanto físicas como humanas (que decantaron en el planteamiento del determinismo ambiental y de la relación sociedad-naturaleza) y, por otra, la falta de métodos para lograr la síntesis entre ambos dominios o para superar los dualismos en sus planteamientos, que se agravaba por la predominancia de la visión analítica-positivista en la academia.

Además, debido a que las instituciones de las que se desprendieron sus precedentes prácticos y académicos habían estado más interesadas en el “descubrimiento”, la subordinación y en las técnicas de administración de las poblaciones y la naturaleza; el desarrollo de la geografía tomaría una dirección profesional poco definida (a veces de carácter muy general y otras tantas, muy estrecha o fragmentaria) que, de acuerdo con Harvey, se sostuvo por responder eficientemente a las demandas de producción de conocimientos de los gobiernos, las empresas y la milicia, y no así por “construir una posición de poder, prestigio y respeto dentro de la división académica del trabajo”³.

Es por ello que el desarrollo posterior de la geografía estuvo marcado por su falta de identidad y profundidad académica pero, sobre todo, por el distanciamiento enorme de los procesos de construcción popular de conocimiento geográfico, esto es, de un conocimiento que “expresé las esperanzas, las aspiraciones, así como los miedos sociales; que busque un entendimiento universal basado en el respeto y la preocupación mutua, y que pueda ser articulado para la cooperación en un mundo basado en la diversidad humana”⁴.

Por eso Harvey afirma que “la forma y el contenido del conocimiento geográfico no pueden ser entendidos independientemente de la base social de producción y del uso que se le da a ese conocimiento”⁵ y, más aún, que pensar en su futuro implica, necesariamente, pensar en su transformación y por ende, en la conservación o modificación del orden social vigente: el futuro de la geografía –afirma– estará estrechamente vinculado con el futuro de la sociedad. Es así que para expresar lo que esto implica en términos de conciencia, responsabilidad y compromiso,

³ Harvey, *op. cit.*, 4.

⁴ *Ídem.*

⁵ *Ibíd.*, 2.

[algunos geógrafos] han buscado confrontar directamente la relación entre el poder y el conocimiento, crear antidotos a lo que ven como sólo una cara del entendimiento geográfico y así, abogar por las aspiraciones legítimas de los grupos oprimidos. Y otros, han luchado para ayudar a construir una ciencia materialista-histórica de la historia humana en su aspecto geográfico, para crear un conocimiento que ayude a los sujetos, a las clases y a los grupos a tener mayor control y poder para moldear su propia historia.⁶

Lo anterior resulta significativo si se considera a la luz del pensamiento geográfico marxista y radical que comenzó a desarrollarse veinte años antes de que esta conferencia fuera presentada. Pues más allá de haber puesto en cuestión la ideología y la práctica que había prevalecido en la geografía, este pensamiento abrió la posibilidad de reconocer, mediante la lectura crítica de su pasado, la necesidad de proyectar sus finalidades y las de la sociedad en su conjunto, hacia un futuro distinto. Además de que en los ochenta comenzaban a hacerse más evidentes los signos de una gran transformación de la realidad social y de sus esquemas organizativos (desde los económicos hasta los culturales), que impulsaría la reconfiguración geográfica del mundo en todas sus escalas y, una vez más, la mutación de las estructuras del pensamiento geográfico en todas sus vertientes.

En ese sentido y con base en los argumentos de Harvey, destaca que: 1) los cambios en la geografía –ni en ninguna otra ciencia– no se dan de manera autónoma, independiente ni autorregulada, sino en respuesta a las necesidades del conjunto de la sociedad; 2) el desarrollo de la geografía se lleva a cabo en la universidad como parte de la división profesional y académica del trabajo; y 3) las transformaciones de la geografía implican un cambio en la función y el uso que le dará la sociedad, o una parte privilegiada de ella, a ese conocimiento.

Sin embargo, y a pesar de que han pasado más de treinta años desde que el autor expuso estas ideas, consideramos que en la actualidad sigue siendo pertinente profundizar con mayor detalle y con una visión de conjunto en aquellos contextos histórico-sociales que han determinado la condición pasada y presente de la geografía; la relación que guarda su desarrollo científico con la universidad y esta, a su vez, con otras instancias sociales; y la proyección que han tenido sus finalidades en los sujetos individuales y colectivos que de manera directa o no, participan de ella. Por lo demás, hemos incorporado estos aspectos

⁶ Harvey, *op. cit.*, 5.

como guía para las reflexiones que se desarrollan en esta investigación y cuya estructura a continuación se detalla.

Comenzamos, pues, en el primer capítulo, con un cuestionamiento inicial al respecto del estado actual en el que se encuentra la educación superior en el mundo, para comprender, de acuerdo al marco histórico de la totalidad social contemporánea, el modo en el que se ha visto determinada por procesos sociales vinculados con los fuertes movimientos de la unidad económica-política del capital que han tenido lugar en los últimos cuarenta años y los cuales, en última instancia, han reposado en la transformación de muchos sectores de los que anteriormente las clases subalternas se habían visto beneficiadas, como el empleo, la salud y fundamentalmente, la educación.

Al respecto de esta última, destaca el papel que jugó su modificación y reforma como una de las vías de escape para la crisis de sobreacumulación que se arrastraba desde el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, pues facilitó la colocación de excedentes y la diferenciación creciente de la fuerza de trabajo en función de su calificación que, aunada a la reducción relativa de las posibilidades de empleo que se presenció durante este periodo, terminaría por marginalizar a una masa gigantesca de obreros en trabajos informales o terciarios en el marco del proceso de mundialización del capital; el cual demandó una transformación profunda de los estados nacionales llevada a cabo mediante mecanismos de consenso y de ejercicios recrudescidos de violencia.

Sin embargo, debido a que todo ello generó respuestas, contradicciones y luchas sociales a las que estudiantes y académicos se sumaron no sólo en busca de democracia, igualdad y autonomía de las instituciones educativas, sino también de justicia social para el resto de los trabajadores; hemos considerado algunos elementos que se desprenden de los planteamientos elaborados en las ciencias sociales al respecto de estos procesos y entre los que destacan: el reconocimiento de los mecanismos de control que se ejercen en la universidad y la relación que guarda, a partir de su ubicación dentro de un sistema amplio de instituciones, con el Estado y, por tanto, con la permanencia o cambio de las relaciones que este condensa en una parte o el conjunto de dicho sistema.

Ello pone de relieve que los cambios a los que ha sido sometida la educación superior, aunque puedan suponerse positivos o urgentes, tienen de trasfondo un fuerte condicionamiento estructural que más allá de estimular modificaciones institucionales de diversa índole (ya sea financieras, tecnológicas o de modernización), manifiesta la necesidad de adecuar el conjunto de la educación a las nuevas necesidades productivas y reproductivas del sistema. Lo cual implica reconocer que la universidad ha cumplido algunas funciones históricas de tipo económico, político e ideológico (tanto para el sistema de dominación que encabeza el Estado como para la sociedad en general) que se extienden a la producción de formas concretas de socialidad y a la formación de sujetos afines al orden social vigente.

Es por eso que en el segundo capítulo nos preguntamos por la manera en que se imbrican dichas funciones con las relaciones de poder político y saber institucionalizado que se presentan en la universidad; así como por la forma que estas asumen en diferentes momentos históricos según las determinaciones que les imprimen las condiciones materiales de producción y los fundamentos esenciales que rigen la organización social que estas demandan, a saber, la explotación y el dominio que concretizan los diferentes estados en la organización social capitalista.

En ese sentido se reconoce que la forma en que se ejerce el poder político en la actualidad no puede limitarse a la esfera propia del Estado, sino que requiere extenderse a la sociedad e incluso a las prácticas, ideas y representaciones que esta desarrolla (tanto a las propias del sentido común, como a las de la ciencia) en instituciones como la familia, la iglesia o la universidad. De esta manera, los discursos, las leyes, las medidas administrativas, la moral, la ciencia, la arquitectura y muchos otros elementos, dan cuenta del conjunto heterogéneo de medios con los que se ejerce y unifica el poder para dirigir las finalidades de la sociedad y la interiorización subjetiva de la dominación desde los más diversos flancos.

Estos, no obstante, son algunos aspectos que se sintetizan en el concepto de dispositivo cuya incorporación en las ciencias sociales, si bien ha sido reciente y polémica, ha permitido identificar el carácter contradictorio y las cualidades cambiantes de algunos rasgos de la sociedad a los que no se les había prestado suficiente atención, pero que

resultan de gran importancia para evidenciar los procesos de subjetivación que anclan al sujeto al orden social en que vive y que establecen las vías para que este pueda interpretar y dar sentido a su existencia individual o colectiva.

En otras palabras, este concepto ha resultado útil para comprender que la red de posibilidades para la constitución del sujeto y la definición de su individualidad está en función del modo en que la sociedad produce y se reproduce; que estos procesos se dirigen a la interiorización y reproducción subjetiva del poder político y que las posibilidades de libertad del sujeto emergen de su sometimiento al orden social determinado en que vive pero que, en todo caso, está en condiciones de negar. Además, ha permitido identificar que la acción de los dispositivos en torno a estos procesos se ha configurado de manera distinta en la historia; en ocasiones para crear sujetos y subjetividades insertos en los límites que ellos construyen y, en otras, para mantener el control, la administración y la gestión sobre ellos.

Por lo demás consideramos que, pese a su carácter indeterminado, este concepto puede ser cargado de contenidos concretos que lo hagan funcionar dentro de un aparato conceptual dirigido a analizar instituciones específicas (y situaciones en el interior de ellas) que hacen parte del sistema de dominación. En ese sentido, presentamos elementos que permiten considerar a la universidad como un dispositivo central en lo que refiere a la producción de sujetos y subjetividades vinculadas con el ejercicio de la dominación en términos políticos y de saber.

De ese modo analizamos, en un momento en el que el medio principal para la concretización del capital fueron los estados, dos procesos contradictorios que, en virtud de su capacidad para establecer los marcos y los límites normativos para la división social y técnica del trabajo que tendría como eje la fragmentación del conocimiento, de la realidad y de los sujetos implicados en ello, definieron la conformación de la universidad como dispositivo. El primero, refiere a la conformación de un marco cognoscitivo general para la apropiación de la naturaleza que permitió producir un entendimiento generalizado de la realidad y del conocimiento en términos positivos, objetuales, individualistas y reduccionistas. Y el segundo, tiene que ver con la nominalización de la realidad y del

conocimiento social que presupuso la imposibilidad de comprensión total del mundo y la existencia en la sociedad de problemas o hechos puros y autónomos.

Estos procesos resultan de relevancia porque dieron pie a que en el siglo XIX se conformaran en la universidad diferentes disciplinas científicas sociales dirigidas a abordar fragmentos de la realidad con objetos particulares, metodologías y técnicas específicas, que se acompañaron de la formación de sujetos y subjetividades diferenciados en términos de su actividad, de sus capacidades técnicas y de la remuneración que obtendrían por ellas. Esto deja ver los rasgos que caracterizaron la *figura disciplinaria* con la que se constituyó la universidad como dispositivo y los cuales, en mayor o menor medida, prevalecen hasta nuestros días.

Sin embargo, antes de finalizar la primera mitad del siglo XX se presentaron en la sociedad diversos procesos vinculados con el cambio en la estructura política-económica del mundo que se dio después de la Segunda Guerra Mundial, que anunciaban la definición de los nuevos problemas urgentes para la sociedad, los modos en que se enfrentarían y, por lo tanto, la modificación de dicha figura impulsada por diversas empresas y gobiernos centrales. Esto se estableció en torno a una tendencia global dirigida a la privatización del intelecto y a la mayor especialización, que terminaría por diluir y traslapar la actividad de las diferentes ciencias sociales a pesar de los anteriores procesos de construcción y los ejes normativos que definieron sus campos disciplinarios.

Esto último pone en cuestión la pérdida de la centralidad del Estado en el establecimiento de un sistema de dominación compacto que le permita la concreción del capitalismo y la regencia de dispositivos como la universidad para la conformación de subjetividades más o menos homogéneas, pues con el avance del proceso de mundialización –apoyado de un arsenal gigantesco de políticas-económicas– se ha impuesto progresivamente al mercado mundial (o a la propia economía) como el nuevo fiscal de dichos procesos, lo que ha derivado en una figura dispositiva más heterogénea y con contenidos más abstractos.

Asimismo, ello da cuenta del desplazamiento histórico que ha habido en los mecanismos sobre los que se construyen los soportes de los individuos y la sociedad, pero

sobre todo, del cambio en la configuración dispositiva de la universidad, que de la disciplina (que determinó la afirmación o negación de la “normalidad”) se ha vuelto hacia el control (que orienta y dirige el mantenimiento del orden) y cuyas principales manifestaciones han sido el vuelco de los programas educativos y de las diferentes ciencias sociales hacia ciertos temas que enfatizan lo nuevo, lo inmediato, lo aplicado y la diferencia (temática, discursiva, metodológica, práctica y técnica).

Es así que, partiendo de estas bases, en el tercer capítulo nos proponemos identificar la manera en que se ha colocado la geografía en el dispositivo universitario de acuerdo a las tendencias generales que este ha seguido en diferentes momentos históricos. En ese sentido, partimos del proceso de consolidación de la geografía como disciplina científica durante el siglo XIX y el cual, en contraste con el de otras ciencias sociales, estuvo caracterizado por la indefinición del ámbito social al que referiría sus estudios, por el carácter generalista de sus intereses y por la incorporación de postulados de otras ciencias para resolver la fuerte impronta empirista que le daban sus precedentes prácticos.

De ese modo identificamos que la geografía fue a contracorriente del modo en que se conformaron otras disciplinas para normar fragmentos, aspectos y dinámicas muy precisas de la realidad social y que, pese a su improductividad científica, persistió hasta posicionarse en el dispositivo universitario debido a que su figura disciplinaria permitió la exaltación de los elementos físicos y sociales con los que cada nación definiría su identidad particular y su sujeción al sistema pero, sobre todo, porque proveyó elementos científicos para la legitimación del imperialismo; la eliminación de grupos, el despojo, la explotación y el dominio a gran escala.

Pues si el proyecto universitario moderno perseguía una apropiación cognoscitiva de la naturaleza predeterminada por el capital, la ubicación de la geografía en él fue clave porque consiguió dar a la naturaleza una vida propia, autónoma e independiente pero al mismo tiempo determinante de lo humano, que sirvió para negar científicamente el sentido social de la dominación. Sin embargo, a medida que esto fue perdiendo centralidad y que a comienzos del siglo XX se agravaron sus conflictos internos; la geografía comenzaría a centrar su atención en la capacidad humana para aprovechar las disposiciones de la naturaleza, es decir, para desarrollarse.

Ello derivó en el redireccionamiento temporal de su figura disciplinaria, primero, hacia la justificación de las consecuencias que traería el desarrollismo industrial: la pobreza, la marginación y el hambre; y más adelante, hacia la gestión de los procesos internos de desarrollo, crecimiento y gestión económicos; la contención del descontento social y la planeación urbana, regional y ambiental requerida en el contexto de la crisis posterior a la Segunda Guerra Mundial. Pero debido a que los mayores problemas que sugirió la reconstrucción económica durante este periodo consistieron en solventar las necesidades productivas y reproductivas del sistema a partir de disciplinas como la arquitectura, la ingeniería y el urbanismo, la figura disciplinaria que había regido a la geografía comenzó a mostrarse agotada para los intereses del sistema de dominación e incluso, en algunos casos se llegó a dudar de su relevancia universitaria.

No obstante, con los procesos de restructuración geográfica que se llevaron a cabo en todo el mundo después de la segunda mitad del siglo XX, el conjunto de las ciencias sociales comenzó a distanciarse de las interpretaciones tradicionales y a dirigir su atención a la proyección espacial que mostraban las formas de organización social y política que emergieron con este proceso. Para la geografía en particular esto significó su incorporación a las discusiones de la teoría social pero, sobre todo, la definición de su interés por el espacio y por lo social que en algunos casos hizo posible su reconfiguración dispositiva y, en otros, la negación de sus fundamentos de saber y de poder.

Con esto, pues, nos acercamos el estado actual en la que se encuentra la geografía dentro del dispositivo universitario y el cual, da cuenta de una gran transformación no solo de los conocimientos que ella produce o de su funcionalidad al sistema; sino también de los productos subjetivos que constituyeron sus figuras dispositivas a partir de la incorporación de diferentes discursos que apuntan a resolver problemas que, sin la necesidad de trastocar o determinar aquello que los origina, terminan por justificar los embates del capital en materia ambiental, social y cultural.

Cabe destacar que el fin de las reflexiones que aquí se desarrollan no es el menosprecio ni la reivindicación ingenua de la geografía, sino más bien la aportación de elementos que permitan comprender que las distintas finalidades (objetivas y subjetivas) que ha seguido su desarrollo histórico responden a dinámicas mayores que tienen que ver

con su posicionamiento en la universidad y con la relación que guarda esta con un sistema institucional que concreta los fundamentos de dominio que rigen en la organización social capitalista. Además, consideramos que el conocimiento de estos aspectos puede resultar de relevancia para reconocer en los errores y los aciertos pasados, lo que la geografía puede aportar en el presente y lo que podría ser en el futuro.

CAPÍTULO I

SOBRE LA SOCIEDAD EN CUESTIÓN

“La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado [...] La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionara”

Karl Marx. *Tesis sobre Feuerbach*

I. I. ALGUNAS DETERMINACIONES HISTÓRICAS

En general se considera que la educación superior representa uno de los elementos centrales para la modernización, el desarrollo social, la igualdad y la democracia. En la actualidad se habla también de la crisis que enfrentan las universidades en el mundo y de las tendencias de modificación que se han seguido con el cambio de siglo: desde la privatización, la restricción del financiamiento público, la diversificación institucional; hasta la actualización de profesores, la revisión de los contenidos curriculares y en especial, de la necesidad de ajustar la ciencia y los instrumentos para su enseñanza a las nuevas redes electrónicas y los avances tecnológicos.

Por su parte, en los estudios actuales sobre la educación universitaria difícilmente se rebasan los puntos de vista parcelarios los cuales, en su mayoría, carecen de sustento teórico al respecto de la sociedad a la que aluden. Ello ha derivado en un sinnúmero de interpretaciones en las que desde diferentes aristas se expone el estado pasado y presente de la educación, los problemas que le aquejan e incluso; las mejoras, soluciones o paliativos necesarios para su correcta operación dentro y fuera de las instituciones universitarias.

De ese modo se ha llegado a plantear que los focos de atención al respecto del ámbito educativo superior podrían ser de orden científico; que tendría mayor relación con el sentido que debe o no adoptar el conocimiento en la universidad, es decir, con *qué* se debe enseñar; como asunto técnico que tendría más que ver con *cómo* se enseña o aprende; institucional en el sentido de que las estructuras universitarias deberían seguir los ejes de modernización y tecnificación que rigen en la actualidad; docente que se solucionaría con

la actualización continua de los profesores o bien, estudiantil que implicaría la mediación entre lo tradicional y lo nuevo para la sensibilización de las nuevas generaciones.

Sin embargo, si se deja de lado la comprensión total del ámbito educativo en el marco histórico de la sociedad considerada, se asumirían posiciones de carácter empírico e inmediatista que, a pesar de la diversidad de sus resultados, siguen siendo insuficientes para comprender a la educación como uno de los elementos que sintetizan la unidad de la vida social y que, por tal motivo, nunca se desarrolla ajena a los términos que la rigen y a las tendencias con que opera, a saber, la actual sociedad capitalista.

Hacer esta consideración para la cuestión educativa resulta de gran relevancia debido a que en las últimas décadas hemos presenciado una progresiva internacionalización de las tendencias educativas en el nivel superior, lo que ha implicado la puesta en marcha de modificaciones o reformas de todo tipo, así en las diferentes instituciones universitarias, como en la política educativa de diferentes países bajo el amparo y con las recomendaciones de distintos organismos de carácter internacional; entre ellos el Banco Mundial (BM), la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO), la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Pues si bien ello puede ser indicativo del carácter generalizado que han tomado los cambios en la educación superior, su comprensión remite a procesos de origen meramente social, los cuales rebasan y, al mismo tiempo, condicionan dichas transformaciones institucionales, y que en todo caso son producto del despliegue como totalidad de la unidad de relaciones sociales que construye el capital. Unidad que en las últimas cuatro décadas ha entrado en un proceso acelerado de reestructuración a escala planetaria; atravesando, reorganizando y modificando la vida social, así en sus expresiones objetivas o materiales, como también en las subjetivas o simbólicas; es decir, en lo que constituye la materialidad de lo real en este momento histórico.

En este sentido, aunque las transformaciones que se verifican en la educación superior se nos presentan como novedosas o necesarias, es preciso profundizar en aquello que las dinamiza y retomar las reflexiones sobre el papel que desempeña en la sociedad la

educación universitaria; las finalidades que persigue, los medios asumidos para realizarlas, así como sus implicaciones en los sujetos colectivos o individuales que –directa o indirectamente– de ella participan. Así pues, ¿de qué sociedad se trata?, ¿qué función cumple la educación superior en ella? o en otras palabras, ¿qué educación para qué sociedad?

Es un hecho que hoy en día en las ciencias sociales nos enfrentamos con un serio descuido teórico sobre la universidad y la educación en general, sin embargo, preguntas como las anteriores tuvieron relevancia y fueron tema de polémicas teóricas y políticas, así como de discusiones cotidianas no solo entre investigadores, docentes y estudiantes, sino también de organizaciones civiles y de la sociedad en general a raíz de los movimientos juveniles contestatarios presenciados en Europa, América Latina y en distintas partes del mundo hacia 1968 y finales de la década de los setenta del siglo pasado⁷.

Dichos movimientos respondieron a los nuevos embates contra las clases subalternas promovidos por los intereses del gran capital a mediados del siglo XX; intereses que coincidían con los del imperialismo⁸ y que se hicieron tácitos en todo el mundo mediante la coacción de los diferentes estados nacionales para transformar los sectores públicos más estratégicos, entre otros: el empleo, la salud y la educación. Pues a finales de la década de 1960 comenzaron a hacerse evidentes los signos de una grave crisis de acumulación del capital, por lo que “el crecimiento tanto del desempleo como de la inflación se disparó por doquier anunciando la entrada en una fase de «estanflación» global que se prolongó durante la mayor parte de la década de 1970”⁹.

Estos hechos, que terminarían de replegar aún más las condiciones de vida para la mayoría de la población, establecieron las condiciones para la vinculación entre diferentes movimientos populares y por tanto, para la inserción de jóvenes y estudiantes como componente esencial de la lucha de clases en ese periodo. Quienes además de demandar

⁷ Ruy Mauro Marini y Paulo Speller, “La universidad brasileña”, *Revista de Educación superior*, vol. VI, no. 2 (22) (México: ANUIES, 1977) 1.

⁸ Alfredo Tecla. *Universidad, burguesía y proletariado* (México: Ediciones de Cultura Popular, 1978) 10.

⁹ David Harvey. *Breve historia del neoliberalismo* (Madrid: Akal, 2007) 18.

“libertad frente a los constreñimientos paternos, educativos, corporativos, burocráticos y estatales [...] tenían la justicia social como objetivo político fundamental”¹⁰.

Y es que en aquel momento comenzaba un nuevo ciclo de transformaciones en la dinámica del capital que ponía fin al acelerado proceso de expansión de la economía mundial que prevaleció después de la Segunda Guerra Mundial, el cual derivó en una crisis de sobreacumulación para las economías centrales y en la transferencia de sus excedentes financieros y capacidad productiva a países y regiones periféricos. Aunque si bien ello aceleró el desarrollo industrial (vía inversión directa, indirecta o préstamos) en espacios antes marginales, lo cierto es que estas “tentativas de exportar *desarrollo* a gran parte del mundo”¹¹ terminarían por agravar la sobreacumulación en algunos países (a la que se sumaban los nuevos ingresos del petróleo); y la crisis, el estancamiento y la inflación en otros.

Es por eso que para la recuperación de dichas tendencias fueron necesarias “profundas transformaciones [cualitativas] en las economías nacionales, particularmente en los países capitalistas centrales, así como cambios no menos drásticos en la división internacional del trabajo y en todo el sistema económico mundial”¹². En estos países se presenció, por ejemplo, un incremento considerable en lo que refiere a la inversión en bienes, maquinaria y equipo de alta tecnología¹³ y una baja de sus costos de producción, traducida en la reducción de materia prima necesaria por producto y en la “sustitución creciente de la producción intensiva en mano de obra, por la producción intensiva en saber, es decir, en investigación, desarrollo y tests”¹⁴.

En este sentido, estas nuevas formas de la acumulación capitalista en los países centrales tendrían como fundamento el incremento de la productividad del trabajo y el vuelco de las inversiones hacia la investigación y desarrollo tecnológicos, hecho que a nivel mundial alteró drásticamente la estructura de la fuerza de trabajo y su situación de empleo. Sobre todo porque el crecimiento de trabajadores de alta calificación, motivado por nuevos

¹⁰ Harvey, *op. cit.*, 48.

¹¹ *Ibíd.*, 18.

¹² Ruy Mauro Marini. *El maestro en rojo y negro. Recopilación de textos* (Quito: IAEN, 2012) 142.

¹³ Por ejemplo máquinas y equipos de escritorio y oficina como computadoras, equipos de comunicaciones, científico-ingenieriles y fotográficos.

¹⁴ Marini, *op. cit.*, 144-145.

centros de investigación vinculados con empresas y universidades¹⁵, implicó “serias transformaciones en el sistema educacional como un todo, [las cuales incidieron] en el conjunto de la fuerza de trabajo industrial, marginalizando a masas crecientes de obreros no calificados o menos calificados, independientemente de –o más exactamente debido a– la reanudación de la acumulación”¹⁶.

Lo anterior marcó también el fin de los aportes del capital extranjero a las economías dependientes y el movimiento de retorno de los excedentes a los centros debido a las necesidades financieras y de recursos con los que afirmarían la primicia de la industria de alta tecnología en la producción, en detrimento de “los mercados constituidos por los países industriales, así como de aquellos conformados por los países subdesarrollados”¹⁷. Como resultado de ello, en estos últimos se dio un aumento en el flujo de las manufacturas en general y de lo relacionado con el sector servicios (bancos, telecomunicaciones, administración, consultoría, turismo, etc.), frente al retroceso de la producción primaria.

Así, en este proceso de ida y vuelta de capitales se establecería la supremacía en la producción de la manufactura y los servicios especializados vinculados a las nuevas tecnologías¹⁸. Supremacía basada ya no en lo que en algún momento fueron las ventajas comparativas para la producción, sino en diferencias de costo determinadas por las ventajas tecnológicas de los aparatos industriales y técnico-científicos, es decir, por el empleo intensivo de mano de obra barata, lo que representó uno de los más duros golpes a la fuerza de trabajo a nivel mundial.

Pues la clase obrera tradicional, que se había constituido por su participación en menor o mayor medida directa, es decir manual, en los procesos productivos industriales, se

¹⁵ A decir de Harvey, el “desplazamiento temporal mediante la inversión en proyectos a largo plazo o gastos sociales (como enseñanza e investigación)” constituyó una de las nuevas formas de colocar los excedentes y evitar su devaluación, en la medida en que demoraron el reingreso del capital a la circulación. *El nuevo imperialismo* (Madrid: Akal, 2004) 93.

¹⁶ Marini, *op. cit.*, 145.

¹⁷ Esto evidencia la centralización de grandes masas de capital “lograda a través de la subordinación, la absorción de unos detentadores del capital por otros”: compras, acuerdos y fusiones de empresas por ejemplo. *Ídem*.

¹⁸ Harvey menciona que la exigencia de tecnologías de procesamiento, análisis, almacenaje y transferencia de información respondió, en términos generales, a la necesidad de “guiar la toma de decisiones en el mercado global. De ahí, la búsqueda y el intenso interés del neoliberalismo en las tecnologías de la información (lo que ha llevado a algunos a proclamar la emergencia de una nueva clase de «sociedad de la información»”, *op. cit.*, 8.

enfrentaba (que no desplazaba) con la emergencia de un creciente número de trabajadores altamente calificados y con formación tecnológica que recibían proporciones salariales más elevadas y mejoras relativas en sus niveles de vida. Ello presionó al alza los niveles de desempleo y llevó a que se “ampliase la masa de trabajadores que, desplazados o sin acceso a la producción industrial, [se replegaron] en actividades artesanales o en la prestación de servicios personales, en la llamada economía informal”¹⁹ al tiempo que se deterioraban las prestaciones sociales, que se elevaba la inflación y que por consiguiente, se exacerbaba el descontento social.

Lo anterior, a decir de Marini, puso de relieve: 1) una creciente homogeneización tecnológica en los procesos de producción, 2) un alto grado de universalidad de las mercancías, 3) la internacionalización del proceso de trabajo condicionada por la igualación cualitativa de la fuerza de trabajo, acompañada del crecimiento del ejército industrial de reserva, y 4) un cambio radical en la estructura político-jurídica de la economía a escala mundial, regional y nacional dirigida a la liberalización de la circulación de bienes y servicios²⁰.

Estos son aspectos que, en términos generales, dan cuenta de los cambios que definen el proceso de *mundialización* y de su justificación legitimadora en las prácticas y la teoría política-económica neoliberales. Cuyos rasgos distintivos son la redefinición de las formas, funciones y prácticas del mercado, el Estado y las instituciones en las economías nacionales para dar fin a cualquier tipo de proteccionismo y así asegurar un marco propicio para el fácil acceso del capital a fuerza de trabajo y recursos materiales a muy bajo costo y sin obstáculos, es decir, al libre mercado y al libre comercio. Con la condición que de no lograrse vía consenso, se deberían “disponer de las funciones y estructuras militares, defensivas, policiales y legales que son necesarias para asegurar los derechos de propiedad privada y garantizar, en caso necesario mediante el uso de la fuerza, el correcto funcionamiento de los mercados”²¹.

¹⁹ Marini, *op. cit.*, 56.

²⁰ *Ídem.*

²¹ Harvey, *op. cit.*, 6.

Esto último, especialmente necesario para el capital en tiempos de descontento, manifestaciones y protestas generalizadas por parte de las clases subalternas, generó una gran ola de represión y desmovilización de movimientos obreros, sociales y organizaciones políticas de izquierda. Sin embargo, se vería una vez más que el capital es una “unidad contradictoria, enfrentada consigo misma”²², pues como menciona Harvey, el hecho de que “los fundadores del pensamiento neoliberal tomaran el ideal político de la dignidad y de la libertad individual como pilar fundamental, considerados como «los valores centrales de la civilización»”²³, produciría en su seno su propia contradicción.

Pues estos mismos ideales, por lo demás convincentes y sugestivos, reafirmaron el carácter de los movimientos disidentes en todo el mundo y en particular, de “los movimientos estudiantiles que sacudieron el mundo en 1968 –desde París y Chicago hasta Bangkok y Ciudad de México– [...] en parte animados por la búsqueda de una mayor libertad de expresión y de elecciones individuales”²⁴ dirigida a la democratización, la igualdad y la autonomía, no solo individual o colectiva, sino también de las instituciones universitarias frente a las reformas que estaban en curso.

Entre otras cosas, los cambios promovidos por estas reformas apuntaban al reforzamiento de las relaciones entre las instituciones universitarias y el Estado, al manejo eficaz de recursos y la búsqueda de fuentes alternativas de financiamiento, al mejoramiento de los procesos de gestión institucionales, a la diversificación de instituciones, a la calificación del personal, a la creación de oferta académica e infraestructura, a la articulación de la enseñanza media con la superior, a la renovación de las técnicas de enseñanza-aprendizaje, al mejoramiento del contenido inter y multidisciplinario de los estudios, a la modernización tecnológica y al impulso a la investigación²⁵. Sin embargo,

²² “Es la negación del ser, que está presente en los textos de Marx, la que señala que el capital es el enemigo del propio capital. Son los movimientos y las tendencias del capital, que lo buscan reafirmar y reproducir como tal, los que generan crisis económicas en el capitalismo, provocan muerte de capitales y abren fisuras para que este sea revolucionado. El proletariado es la negación generada por el propio capital, que expresa la contradicción y explica la dinámica de la lucha de clases en el orden societal que aquel construye”. Jaime Osorio. *Estado, reproducción del capital y lucha de clases* (México: Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM, 2014) 20-21.

²³ Harvey, *op. cit.*, 11.

²⁴ *Ídem.*

²⁵ Cfr. López Francisco, “Tendencias de la educación en el mundo, América Latina y el Caribe”, *Avaliação*, 13 (2) (Sorocaba: 2008) 267-291.

todo ello ocultaba sus determinaciones económicas y políticas, además de los impactos que tendrían en el grueso de la población.

Es por ello que dichas reformas fueron planteadas y operadas mediante discursos positivos, sustentados y reforzados con la acción de organismos internacionales, que promovían “la integración social y productiva de los individuos, así como la flexibilidad del conjunto de la educación superior para adecuarlo mejor a las necesidades productivas”²⁶. Por ejemplo el BID, que con su participación planteaba “contribuir al desarrollo de recursos humanos, facilitar el acceso universal a la educación y fortalecer la planificación, la organización, la administración y los métodos de enseñanza, así como apoyar las reformas de los sistemas educativos nacionales”²⁷.

Lo anterior, según Tecla, se desarrolló en un contexto en el que a nivel mundial la educación superior enfrentaba la inconformidad estudiantil al respecto del incremento acelerado de la demanda y la restricción de ingreso; de los modelos educativos anacrónicos, la proletarización del trabajo intelectual, la dependencia tecnológica, la condición elitista de las universidades, la reducción de las tasas de presupuesto y el incremento de instituciones privadas de formación²⁸. Aspectos que giraban en torno a un reconocimiento mucho más explícito del carácter clasista de la educación superior y de su funcionalidad al sistema, lo cual derivó en la realización de críticas radicales al carácter burgués de la universidad, especialmente en países como Francia, Alemania e Italia.

En este sentido, las transformaciones que definen el curso de la educación superior desde finales de la década de los sesenta hasta nuestros días, expresan los siguientes condicionamientos estructurales:

- 1) Que las reformas educativas tienen de trasfondo la modificación de las estructuras productivas y reproductivas del capitalismo que en las últimas décadas ha llevado al surgimiento de una nueva composición del mundo del trabajo bajo el imperativo de la “flexibilización”. Lo cual no ha significado más que la agudización de la precarización laboral que tiene como eje la

²⁶ López, *op. cit.*, 285.

²⁷ Banco Interamericano de Desarrollo. *Documento sobre ciencia y tecnología* (BID, s.f.) 2.

²⁸ Tecla, *op. cit.*, 21.

superexplotación de los trabajadores (tanto de los que laboran como de los que no); el detrimento de sus capacidades de consumo y la incertidumbre de su propia sobrevivencia, inclusive cuando se trata de trabajadores calificados, es decir, de aquellos que tuvieron acceso a la educación superior o que están en proceso de constituirse como fuerza de trabajo especializada en ella.

2) Que el vuelco de la educación superior al manejo de tecnología, la innovación y al sector servicios pone de relieve el reforzamiento de las relaciones de dependencia que caracterizan el capitalismo reciente. La aceleración de este proceso a mediados del siglo XX coincide con el momento de integración de los sistemas de producción periféricos al mercado mundial, que implicó, por una parte, “la necesidad de los países centrales de exportar a la periferia equipos y maquinarias vueltos obsoletos tempranamente, más aún no totalmente amortizados” para su aplicación en nuevas actividades complejas de tipo industrial y, por otra, el ahorro de mano de obra mediante el uso de tecnología que permitió a “la industria afrontar una oferta de trabajo en constante expansión [y] fijar los salarios a su más bajo nivel”²⁹.

3) Que “la necesidad imperiosa de la lógica de producción de mercancías [y] la permanente innovación para mantener el mercado activo, requiere de la formación de mentalidades acordes”³⁰ con el cambio de las estructuras productivas-consuntivas. Pues al tiempo que la economía se mundializaba, se comenzaron a transformar y a homogeneizar las costumbres, los valores e incluso los sentimientos; “todo envuelto en la ideología de la modernización de las transnacionales que retrata la existencia como un espectáculo permanente en el que el dinero es lo fundamental”³¹.

En suma, estos condicionamientos manifiestan algunas de las finalidades que dirigen las transformaciones de la educación superior en el mundo, así como el papel

²⁹ Ruy Mauro Marini. *Subdesarrollo y revolución* (México: Siglo XXI, 1985) 15.

³⁰ Susana Neuhaus (comp.). *Discurso Hegemónico en la Des-construcción del Espacio Público y la Subjetividad* (Buenos Aires, Altamira, 2002) 98.

³¹ Graciela Uribe. *Geografía y sociedad. Exploraciones en compromisos y propuestas actuales* (México: Centro de Investigaciones Científicas “Jorge L. Tamayo”, 1998) 146.

que han desempeñado los diferentes estados –a partir de profundos procesos de cambio formal, institucional y social– para llevarlas a cabo. A continuación, analizaremos el modo en que la universidad se ha vinculado con el Estado y con la sociedad capitalista; así como el tratamiento que se le ha dado a dicha relación en las ciencias sociales.

I. II. ESTADO, SISTEMA DE DOMINACIÓN Y UNIVERSIDAD

Hemos planteado algunos procesos de la dinámica del capital que han determinado la condición de la educación superior desde las últimas cuatro décadas, así como la incidencia que tuvo su transformación para la reestructuración económica-política del capital a escala mundial y algunas de las contradicciones derivadas de ello. Ahora, cabe mencionar las respuestas de las ciencias sociales que, en el curso de este proceso, permitieron de manera implícita o explícita, evidenciar los mecanismos de control ideológico y político-económico que son ejercidos en las universidades y la relación que guarda el Estado con la “organización escolar [...] como parte del marco necesario para la conservación del régimen social del capitalismo”³².

Entre ellas destaca que, a pesar de que de los abordajes fueron primordialmente marxistas, las interpretaciones con base en la obra de autores como Karl Marx, Friedrich Engels y Antonio Gramsci³³ fueron minoritarias en comparación con las que se sustentaron en la utilización o crítica de los planteamientos de Louis Althusser, quien en 1968 sostenía que “la universidad es un aparato ideológico del Estado [y] un instrumento mediante el cual el aparato del Estado opera en el ámbito de la producción ideológica”³⁴, al igual que en la

³² Tecla, *op. cit.*, 21. Además, cabe mencionar que el quehacer teórico al respecto de la universidad a mediados del siglo XX estuvo nutrido y nutrió el desarrollo de la práctica política de los movimientos estudiantiles y que, en menor o mayor medida, aportó elementos a la lucha de clases en general.

³³ Cfr. Karl Marx y Friedrich Engels. *Obras escogidas* (Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1955) y Antonio Gramsci. *Los intelectuales y la formación de la cultura* (Buenos Aires: Nueva Visión, 1972). Tecla menciona que en las interpretaciones con base en la obra de Marx y Engels, la universidad era concebida como parte de la esfera económica de la sociedad, es decir, como “una nueva rama de la producción, producto del desarrollo del capitalismo y, a su vez, [como] una respuesta a las necesidades de su desarrollo” y, a diferencia de estas, las sustentadas en el trabajo de Gramsci la posicionaban en la esfera de la sociedad civil, cuyas relaciones “no son las que corresponden a la estructura económica y tampoco son las de la sociedad política”, sino las que se desprenden de ellas como conjunto espiritual e intelectual. *Ibid.*, 25-33.

³⁴ Marini y Speller, *op. cit.*, 1.

iglesia, la familia, la ley, la política, los sindicatos, los medios de información e inclusive, la cultura.

Desde esta perspectiva se planteaba como necesaria, no solo la diferenciación entre el Estado y el aparato de Estado; el primero considerado como una “máquina de represión que permite que las clases dominantes [...] aseguren su dominación sobre la clase trabajadora para someterla al sistema de extorsión de la plusvalía”³⁵ y el segundo, como su condición de existencia (expresada en el gobierno, la administración, el ejército, la policía, los tribunales, las prisiones, etc.); sino también la distinción de estos dos ámbitos con “otra realidad, que se sitúa de modo manifiesto junto al aparato de estado y no se confunde con él”: los aparatos ideológicos del Estado.

A decir de Althusser estos constituyen “cierto número de realidades que se presentan al observador bajo la forma de instituciones precisas y especializadas”³⁶, cuya condición aparentemente heterogénea y dispersa pertenece al dominio de lo privado (relativo a la sociedad), en contraste con la del aparato del estado que se presenta más unificada en el terreno de lo público (relativo al Estado), teniendo como diferencia su modo principal de funcionamiento: la ideología, en los primeros, y la violencia en los segundos. Por ello afirma que “si los aparatos ideológicos del Estado «funcionan» de modo predominantemente ideológico, lo que unifica su diversidad es su mismo funcionamiento, en la medida en que la ideología según la cual funcionan está siempre, de hecho, unificada [...] *bajo la ideología dominante*, que es la de la clase dominante”³⁷.

De modo que para el autor la clase dominante –que detenta el poder del Estado– se realiza tanto en las instituciones que representan el aparato represivo del estado, como en las instituciones que representan sus aparatos ideológicos, extendiendo su dominio a tal grado que sus límites frente a la sociedad desaparecen. Aunque, a su parecer, los aparatos ideológicos del estado –en los que la clase que detenta el poder no opera con tanta facilidad– pueden ser el lugar en el que “las clases explotadas pueden encontrar medios y

³⁵ Louis Althusser. *La filosofía como arma para la revolución* (México: Siglo XXI, 1968) 105.

³⁶ Althusser, *op. cit.*, 109.

³⁷ *Ídem*.

ocasiones para expresarse, sea utilizando las contradicciones que allí existen, sea conquistando posiciones de combate”³⁸ en ellos.

Sin embargo, con ello no sortea la dificultad de su propio planteamiento para distinguir las fronteras entre lo que es estatal y lo que no; las especificidades históricas de los tipos de poderes que se ejercen, por ejemplo, en instituciones como la iglesia, la universidad, o las que son propiamente estatales, ni lo que pasa con las instituciones que escaparon del control de las clases dominantes, o sea, las que han negado dicha ideología³⁹. Quizá por eso reconoce, aunque sin mayor detalle, “que hace falta distinguir entre el poder del estado y [el del] aparato del estado”⁴⁰, en su doble dimensión ideológica y represiva.

En lo anterior parece estar en lo correcto y merece la pena discutirlo con mayor precisión. Pues como menciona Osorio: “cuando hacemos referencia a las relaciones que definen al Estado, hablamos particularmente de las relaciones de poder y de dominio presente en las clases sociales”⁴¹, es decir, relaciones de *poder político* que manifiestan la capacidad de ciertas clases sociales para llevar a cabo sus intereses y proyectos sobre los de otras, y con base en ellos organizar la vida común. Esto establece su diferencia con respecto a otras formas de poder existentes en la vida social (como las que están presentes en las relaciones parentales, sexo-genéricas, escolares, etc.) que, sin embargo, no están exentas de ser reconfiguradas por las relaciones de clase que imperan en la totalidad de la vida social, precisamente, mediante la acción del Estado.

En este sentido, es importante destacar que la distinción que hacía Althusser entre violencia e ideología como ejes de “funcionamiento” de los dos tipos de aparatos estatales que define, es más metodológica que real. Pues siguiendo a Osorio, el Estado capitalista es al mismo tiempo, un elemento activo en la creación de comunidad, lo que no implica el abandono de las relaciones de poder y dominio que condensa, sino la generación de un imaginario que las oculte para presentar los “proyectos imperantes no solo [como] buenos

³⁸ *Ibíd.* 112.

³⁹ Al respecto, Marini y Speller se preguntan: “¿No existe, en la sociedad burguesa, bajo condiciones normales, una prensa que se orienta a combatir la ideología dominante, es decir, la ideología de la clase dominante?”, *Op. cit.*, 2.

⁴⁰ Althusser, *op. cit.*, 112.

⁴¹

op. cit., 67-68.

para algunos, sino [como] buenos para toda la sociedad”⁴². Esto, mediante mecanismos esencialmente violentos e ideológicos –inherentes a toda forma de explotación y dominio de clases–; cuya apariencia, sin embargo, se nos puede presentar ya de forma coercitiva o consensual (sea por coacción o por consentimiento), ocultando dicho antagonismo y subordinación de clases.

Y es que las “sociedades no sólo producen, sino que también se reproducen, en el campo material, social, político e ideológico, y es el Estado la entidad que desempeña el papel fundamental en este proceso”⁴³. Sin embargo, desde esta otra perspectiva, eso sólo es posible por medio de la cosificación de “las relaciones sociales de poder y de dominio, y de las relaciones que permiten la construcción de comunidad”, en el aparato de Estado. El cual, en tanto cosa, se manifiesta principalmente como un conjunto de instituciones articuladas y jerarquizadas (por ejemplo las que componen los poderes estatales: ejecutivo, legislativo y judicial); como un cuerpo de leyes (constitución y reglamentos civiles) y como personal burocrático-administrativo con cargos jerarquizados.

Así, en contraste con Althusser –quien veía en esas expresiones la realización y el cuerpo de la violencia represiva de las clases dominantes–, Osorio considera que la existencia del aparato de Estado pone de manifiesto una particularidad del capitalismo: “que la burguesía, la clase que detenta el poder [la clase dominante a decir de Althusser], delega la administración del aparato de Estado en manos de sectores sociales provenientes de otras clases”⁴⁴; subordinadas, comprometidas y acotadas en sus tareas institucionales al tipo de relaciones que imperan en el Estado y a los términos que definen sus proyectos. Esto, explica, es parte de los mecanismos que permiten velar la dominación de clase y la apariencia del Estado (y de su expresión en tanto cosa) como una instancia neutra por encima de la sociedad.

⁴² Osorio, *op. cit.*, 67.

⁴³ Jaime Osorio. *El Estado en el centro de la mundialización* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004) 20. Desde un nivel de abstracción mayor Bolívar Echeverría menciona que en la relación dialéctica que constituye la producción y la reproducción social; el sujeto (individual o comunitario) se da a sí mismo una identidad acorde con “la figura concreta que tiene en cada caso el conjunto de relaciones de convivencia que lo constituyen, [es decir,] la figura concreta de su socialidad”. *La definición de la cultura*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2010) 55-56.

⁴⁴ Osorio, *Estado, Reproducción del capital y lucha de clases*, 72.

Sin embargo, por esto último, la dominación no puede limitarse a la expresión y el ejercicio del poder político exclusivamente en instituciones estatales, sino que debe componer un sistema mucho más amplio “que incluye el conjunto de elementos en los que una clase basa su poder”⁴⁵. A decir de Marini, un *sistema de dominación*, conformado tanto por el Estado y sus instituciones, como por la sociedad civil y las suyas (la familia, la iglesia, la universidad, los medios de comunicación, etc). Estas últimas absorbidas por el Estado (es decir, no inmanentes a él) en menor o mayor medida para que “el orden social se mantenga en parámetros de reproducción material y espiritual adecuados a los fines de dominio y explotación de las clases dominantes”⁴⁶ según el carácter autoritario que asuma la dominación de clases en condiciones históricas específicas.

En este sentido, agrega Marini, “son las condiciones históricas, determinadas por la lucha de clases, las que determinan la vinculación o desvinculación, así como el grado de una y otra”⁴⁷, entre las funciones sociales y el Estado. Es decir, el éxito o fracaso estatal para hacer que los dominados se apropien o no de “las formas dominantes de actuar, entender y explicar la realidad social, ya sea a nivel del sentido común o de elaboraciones más complejas”⁴⁸: desde las teorías hasta los conflictos y la lucha de clases. Lo cual no sugiere que al vincularse cristalicen en ellas relaciones de poder político necesariamente visibles, sino relaciones que favorecen su reproducción y extensión en todas las esferas de la vida social, así como su emplazamiento en los sujetos.

Lo anterior pone de relieve el carácter cambiante de las formas concretas que debe asumir el Estado para permitir la reproducción del capital en situaciones particulares. Las cuales, entre otras cosas, estarán determinadas por las condiciones desiguales de soberanía en el contexto mundial; por el papel diferenciado que desempeñan en la división internacional del trabajo y por las diferentes capacidades de apropiación-expropiación del valor. Se trata, pues, de formas de Estado que acordes con las demandas generales y concretas del capital establecerán un sistema de dominación adecuado (aunque no siempre en coincidencia con él) para la resolución de las demandas productivas, pero también, para

⁴⁵ Ruy Mauro Marini. *El reformismo y la contrarevolución (estudios sobre Chile)* (México: Era, 1976) 92.

⁴⁶ Osorio, *El Estado en el centro de la mundialización*, 65.

⁴⁷ Marini y Speller, *op. cit.*, 2.

⁴⁸ Osorio, *El Estado en el...*, 65.

la reproducción de las relaciones de dominación a nivel de los valores ideológicos e incluso para la construcción de negociaciones o alianzas entre clases sociales favorables a él.

En este sentido, si se considera en situaciones concretas “veremos que la relación misma que puede existir entre el Estado y las instituciones que componen el sistema de dominación, varía considerablemente en el espacio y en el tiempo”⁴⁹. Tal es el caso de las universidades, cuyo surgimiento y desarrollo medieval en diferentes países europeos, aunque si bien designaba una persona jurídica, no significaba todavía sino una corporación de maestros y de alumnos “que trataban precisamente de defenderse del poder del Estado y mantener un área propia de autonomía”⁵⁰. La cual se ha mantenido como una de las demandas centrales de la lucha universitaria en diferentes momentos históricos, implicando siempre enfrentamientos tanto entre los diferentes integrantes de la institución educativa, como entre ellos y el Estado vigente.

Esto hace pensar, a diferencia de Althusser, que la universidad no siempre ha estado integrada al Estado, sino que su posterior vinculación se engendra en el periodo de la dominación burguesa y su necesidad de delegar al Estado, a uno propiamente capitalista, el mando de la dominación de clase. No obstante, destaca que en ese tránsito –verificado como tendencia hacia finales del siglo XVIII y comienzos del XIX–, las universidades enfrentaron la resistencia de sus estructuras tradicionales, es decir, de las clases oligárquicas y sus pautas de valores que anteriormente habían prevalecido en ellas; con la burguesía interesada en introducir valores afines con el desarrollo del capitalismo.

Ello llevó “en muchos casos, a que la burguesía se viera obligada a crear sistemas paralelos de formación profesional y técnica”⁵¹, y en el interior de las universidades, a la institucionalización de nuevas carreras y a la modernización de las antiguas o tradicionales por ramas especializadas. Esto, en un contexto de profundas “transformaciones en la estructura de clases y particularmente, [en] la situación de la pequeña burguesía”⁵², la cual desde el siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX, había encontrado en la

⁴⁹ Marini y Speller, *op. cit.*, 2.

⁵⁰ *Ídem.*

⁵¹ Ruy Mauro Marini, “Acerca de la universidad Latinoamericana” [entrevista], *Síntesis*, no.5 (México, 1973) (consultado en la versión mimeografiada, archivo Ruy Mauro Marini-Escritos.com) 1.

⁵² *Ibíd.*, 2.

universidad vías de acenso social e incluso de introducción al sistema político desempeñando tareas en instituciones del aparato estatal, lo que implicó al interior de esta clase una diferenciación creciente entre asalariados y antiguos propietarios.

De este modo, el crecimiento de la fracción de la pequeña burguesía proletarizada agudizó la presión ejercida en la universidad como vehículo de promoción social, sin embargo, “a medida que iba logrando aumentar el ingreso a la universidad, la hacía menos efectiva para atender sus propósitos”, que se enfrentaban con los de los grupos medios que emergieron durante este periodo. Además de que la expansión de “la universidad no se acompañó de una transformación del contenido de la enseñanza universitaria, que permitiera una vertebración del progreso técnico y, sumado a esto, la manera como la acumulación del capital se dio, es decir, provocando una reducción relativa de las oportunidades de empleo”⁵³ terminó por manifestarse como una crisis de la universidad como instrumento de promoción social.

Es por ello que durante los sesenta, con la maduración de los procesos de industrialización en las economías dependientes y sus consecuencias sobre la crisis mundial de sobreacumulación, la pequeña burguesía comenzó a mostrar mucho más radicalidad en su posicionamiento frente a la universidad; misma que se reforzaba por “la presión de los grupos populares que buscaban mejores condiciones para su participación política y en el aparato de producción”⁵⁴ en diferentes partes del mundo. Esto manifiesta dos momentos en los que la pequeña burguesía estableció alianzas de clase cualitativamente distintas en función de los impactos que tuvo en el sistema de dominación la concreción de los movimientos generales del capital por medio del Estado: en un primer momento con la burguesía y luego, con las masas trabajadoras, hecho que tiene que ver con ese acelerado *estira y afloja* del capital a los trabajadores y con las contradicciones tan severas derivadas del avance del proceso de mundialización.

Pese a ello, el movimiento en las alianzas de clase en el interior de la universidad representó para las clases dominantes y los gobiernos, la posibilidad de legitimar las reformas universitarias y de “hacerlas más rentables, para solucionar por esa vía el

⁵³ *Ídem.*

⁵⁴ Marini, “Acerca de la...”, 2.

problema que [empezaba] a plantear la enorme masa de profesionales y técnicos que en el mercado de trabajo [tenían] pocas posibilidades”⁵⁵ de ser absorbidos. Sin embargo, como mencionamos anteriormente, ello resultó en un factor determinante de perturbación política a escala ampliada y en “un elemento importante para la radicalización del movimiento estudiantil, en el sentido de defender ciertas conquistas democráticas”⁵⁶ ganadas anteriormente.

Marini menciona que la efervescencia del movimiento estudiantil en este proceso llevó a las clases dominantes a reformular los esquemas con los que habían planteado la reforma universitaria; lo cual se tradujo en una mayor limitación de las matrículas y del presupuesto otorgado a las universidades, en un constante esfuerzo de desprestigio de las mismas y en el vuelco temporal de las soluciones de la clase capitalista en cuanto a técnicos y profesionales, hacia la enseñanza de posgrado en el extranjero y su desarrollo posterior a escala nacional⁵⁷. Sin hablar del despliegue brutal de violencia y represión estatal al que fueron sometidos los movimientos estudiantiles en todo el mundo por entorpecer los intereses de clase.

Lo anterior no era un asunto menor, sobre todo porque lo característico de este tipo de perturbaciones es que se presentan antes en las instituciones que componen el sistema de dominación (como pasó en la universidad) que en el Estado, haciendo peligrar el poder de las clases dominantes. Pues como menciona Marini, el “hecho de que el sistema de dominación entr[e] en crisis, pasando una parte más o menos significativa de las instituciones que lo componen al control de las clases dominadas [hace tambalear] entonces, al Estado, en tanto cúspide del sistema de dominación, centro de poder que reposa sobre el conjunto del sistema de dominación”⁵⁸.

Sin embargo, se podría considerar que este tambaleo del Estado y la lucha de clases dentro del sistema de dominación respondía de fondo al cambio de las estructuras productivas-consuntivas del capitalismo y al nuevo predominio del mercado mundial en todas las dimensiones de la vida social. Pues, de hecho, las operaciones específicas y

⁵⁵ *Ídem.*

⁵⁶ *Ídem.*

⁵⁷ *Ídem.*

⁵⁸ Marini, “La universidad...”, 3.

diferenciadas para hacer eso posible tuvieron como fundamento la reconfiguración del Estado y, por tanto, de su aparato y su sistema de dominación, es decir, el cambio en su forma concreta definida ahora por la teoría neoliberal. La cual, según Harvey, planteaba que el Estado “debería favorecer unos fuertes derechos de la propiedad privada individual, el imperio de la ley y las instituciones”⁵⁹ reguladas por el libre mercado y el libre comercio.

Por ello es posible plantear que estaba tomando forma un Estado que requería ceder (o retroceder) ante el mercado en todo aquello que había regulado con anterioridad, utilizando en el proceso su monopolio de los medios de ejercicio de la violencia para preservar la igualdad y libertad (fundamentalmente la de los empresarios y las corporaciones). Pero también, echando mando de las instituciones que componen su sistema de dominación con el fin de marcar una nueva pauta de valores regida por los bienes fundamentales del neoliberalismo: la empresa privada y la iniciativa empresarial, considerados como las “llaves de la innovación y de la creación de riqueza”⁶⁰.

Este proceso de cambio estableció una tendencia privatizadora de todos los ámbitos (desde la propiedad intelectual y tecnológica, hasta la tierra y los recursos) para estimular los cambios y el desarrollo económico, que según se pensaba, habían sido retardados por las barreras institucionales puestas por los propios Estados. Así “los sectores [...] anteriormente dirigidos o regulados por el Estado debieron ser traspasados a la esfera privada y desregulados (liberados de toda forma de interferencia estatal)”⁶¹, como es el caso de las empresas paraestatales, la seguridad social, los sistemas hospitalarios, las universidades, hasta los recursos y los modos de vida.

Para el caso de la universidad, esto implicó una re-significación de su papel en el sistema de dominación por parte del Estado, dirigida a la adecuación de los valores que permitirían la reproducción de la dominación (en un plano institucional general, y particular, en términos de las distintas carreras); a la satisfacción de mano de obra calificada para las necesidades del mercado capitalista (dependiendo de las condiciones desiguales de desarrollo económico y de la formación diferencial de las economías); y a

⁵⁹ Harvey, *op. cit.*, 73.

⁶⁰ *Ibíd.*, 74.

⁶¹ Harvey, *op. cit.* 74.

establecer alianzas de clase acordes con los nuevos proyectos de la clase dominante. Esto, pues, resultó en la readecuación de las funciones de la universidad por parte del Estado en tres dimensiones fundamentales para el capital: la ideológica, la económica y la política.

I. III. LAS FUNCIONES DE LA UNIVERSIDAD

Cuando se piensa el neoliberalismo o lo “neoliberal” regularmente se aluden los rasgos teóricos y prácticos de la política-económica que favoreció la mundialización del capital, cuya expresión más significativa ha sido la redefinición mundial del papel del Estado (apertura económica, firma de acuerdos comerciales internacionales o de modificaciones jurídico-administrativas de sus instituciones) a favor de empresas, corporaciones o sin más, capitales, anclados en otros espacios. Suscitando en su despliegue, una liberalización generalizada del dominio estatal en materia productiva, sobre todo en países atrasados, como vía para introducir, incentivar o regular en ellos, los procesos de desarrollo económico, *ergo* la libertad y la igualdad en los términos del capitalismo actual.

Aunque los impactos de ello han sido grandes, muchas veces se diluye la capacidad que tuvo este proceso para revolucionar la totalidad de la vida social y los medios, por lo demás insospechados y a primera vista paradójicos, asumidos para su posterior desarrollo hegemónico. En este sentido destaca, por una parte, que “el proceso de neoliberalización ha acarreado un acusado proceso de *destrucción creativa*, no sólo de los marcos y de los poderes institucionales previamente existentes [...] sino también de las divisiones del trabajo, de las áreas de protección social, de las combinaciones tecnológicas, de las formas de vida y de pensamiento, de las actividades de reproducción, de los vínculos con la tierra”⁶², en fin, de todas las relaciones sociales.

Y por otra, que “para que se produjera un giro de tal magnitud fue necesaria la previa construcción de consentimiento político a lo largo de un espectro bastante amplio de la población” y de los estados nacionales, el cual se sustentó en la fuerte impronta de libertad con la que se erigió la economía de mercado para, supuestamente, “asegurar la

⁶² Harvey, *op. cit.*, 7.

eliminación de la pobreza (tanto a escala doméstica como mundial)”⁶³. Libertad que por su naturaleza, desdeña todo significado que no fomente la defensa de la libertad de empresa y la ética del mercado, es decir, la libertad individual tanto para explotar o ser explotado, como para dominar o ser dominado con una mediación estatal ya no regulatoria de esos procesos, sino encaminada a utilizar su poder “de persuasión, cooptación, de soborno y de amenaza, para mantener el clima de consentimiento necesario para perpetuar su poder”⁶⁴.

Pero como afirma Marx, si una condición del despliegue del capital es la fetichización de su naturaleza, al hacer que sus formas exteriores de manifestarse, oculten y hagan invisible la realidad invirtiéndola, a fin de que la explotación y la dominación, esto es, la esencia del capitalismo, desaparezcan del horizonte inmediato⁶⁵. Y más aún, que es una condición del proceso de venta de la fuerza de trabajo en el capitalismo, que esta sea “ofrecida en el mercado por *su propio poseedor*, lo que implica que *sea libre propietario* de su capacidad de trabajo, de su persona”⁶⁶. Esto pues, no es un hecho exclusivo de un momento histórico ni producto de una forma particular de política-económica, sino una característica inherente al desarrollo del capitalismo ¿en qué radica entonces la diferencia de la libertad que dirige la dominación en el neoliberalismo?

Pensamos que ello tiene que ver con transformaciones en el ejercicio del poder político en este periodo y, principalmente, con el cambio mundial de los mecanismos de expropiación del valor de la fuerza de trabajo, que de estar vinculados con el incremento de la jornada de trabajo o de la productividad (plusvalía absoluta y relativa), tienden ahora a agudizarse acompañados de “una reducción forzada del salario por debajo del valor los bienes indispensables para reponer la vida del trabajador [haciendo que] el *fondo necesario de consumo obrero* se transfiera y convierta en *fondo de acumulación*” para las clases dominantes; así como de la “creación de una sobrepoblación relativa”⁶⁷ como medio para hacer esto posible.

⁶³ *Ibíd.*, 47.

⁶⁴ *Ibíd.*, 48.

⁶⁵ Karl Marx. *El capital*, tomo I (México: Fondo de Cultura Económica, 1973) 452.

⁶⁶ Jaime Osorio. *Teoría marxista de la dependencia* (México: Ítaca, 2016) 192

⁶⁷ Cita de Marx en Osorio, *Teoría marxista*....., 200.

Ello ha producido un incremento extraordinario de fuerza de trabajo disponible de venderse (niños, ancianos, mujeres, migrantes, etc.) que, independientemente de que su actividad sea o no productiva y de su calificación, permite al capital valorizarse y concentrar la riqueza en pocas manos, mientras que la pobreza va en aumento. Esto se ha traducido en el deterioro real de la condición de vida (diaria y total) de los trabajadores, haciendo del trabajo “una actividad en donde la vida misma de los trabajadores queda expuesta y en entredicho”⁶⁸, hoy más que nunca estamos sometidos a ello.

En este proceso el Estado ha definido el curso de las políticas-económicas en medio de “la lucha de clases internacional y local, las [cuales] alcanzan un papel relevante en los matices que [estas] presentarán”⁶⁹. Con el neoliberalismo, no obstante, el Estado ha adquirido un papel secundario con respecto a la preeminencia del mercado como agente regulador en materia de inversiones, creación de infraestructura, provisiones sociales, empleo y relaciones comerciales. Restringiendo sus funciones a modificar y a generar las condiciones para ello, por ejemplo, mediante la socavación del poder de los trabajadores, la flexibilización del empleo, la terciarización de la economía, la privatización de los servicios públicos y de los recursos, etc.

Todo ello “respaldado por una estrategia práctica [que enfatiza] la libertad de elección del consumidor, no sólo respecto a productos concretos, sino también respecto a estilos de vida, modos de expresión y una amplia gama de prácticas” basadas en un “mercado de consumismo diferenciado y en el libertarismo individual”⁷⁰. Hecho que ha contribuido a afianzar el consenso requerido para la reproducción del capital a través de modificaciones y reformas presentadas como necesarias para, entre otras cosas, generar empleo y crecimiento, para disminuir la pobreza, para aumentar la eficiencia de las instituciones con la gestión privada y para subsidiar ahora el consumo y ya no la oferta de servicios.

⁶⁸ *Ibíd.*, 187.

⁶⁹ *Ibíd.*, 221.

⁷⁰ Harvey, *op. cit.*, 50.

No obstante, la única forma en la que esta visión neoliberal pudo sostenerse fue “mediante la fuerza, la violencia y el autoritarismo”⁷¹ de Estado, con la particularidad de que ahora esto tendría como justificación y nuevo rostro, la libertad. Esto pues, ha sido el nuevo fundamento de un Estado que precisa, mediante un ejercicio del poder político (de la explotación y la dominación) mucho más invertido, de un aparato estatal y de un sistema de dominación bastante compactos, en la medida de que todos los elementos en los que se basa su poder funcionen según sus nuevos intereses. Se trata, pues, de una redefinición de la libertad para que, después de haber sido una condición presupuesta para capital, el Estado y el sentido común, se convierta en el fundamento instrumental para el ejercicio de la dominación.

Lo anterior resulta relevante puesto que en otro momento la coincidencia entre el Estado y el sistema de dominación expresaba un grado extremo de autoritarismo en formas estatales como la fascista y otras de comienzos del siglo XX que dieron “nacimiento a poderes caracterizados [...] por una fusión inédita de *ideología* y *terror*, que buscaron remodelar globalmente la sociedad por medio de la *violencia*”. En ese contexto, la identificación entre estos dos ámbitos implicaba “la supresión del Estado de derecho fundado en la separación de poderes –por tanto, la eliminación del ejecutivo– y la eliminación de la democracia representativa, que reconocen las libertades individuales y colectivas a través de una carta constitucional”⁷².

Sin embargo, se podría considerar que en la actualidad esto no es muy distinto. El neoliberalismo se ha tornado tan autoritario, enérgico y antidemocrático⁷³ que las instituciones que componen el sistema de dominación presentan también un alto grado de vinculación con el Estado, pero a partir de un autoritarismo encubierto dirigido al control y gestión de una vida que, en su amplio espectro, se desarrolla en condiciones superexplotación. Es decir, en la que se regula y extiende la valorización del valor, más allá de las actividades productivas; a todo lo que nos rodea cotidianamente; haciendo que

⁷¹ *Ibíd.*, 44.

⁷² Enzo Traverso. *La historia como campo de batalla* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012) 201.

⁷³ Harvey, *op. cit.*, 45.

“libertad individual” para obtener las condiciones necesarias de vida sea adquirida y al mismo tiempo sacrificada incluso antes o a pesar de acudir al mercado de trabajo.

Frente a este escenario, menciona Osorio, se ha difundido “la idea de que mundialización está trastocando la entidad estatal en aspectos esenciales [...] mas a fondo, lo que realmente se pone en cuestión es la centralidad del Estado en materia de poder político, ante el surgimiento de nuevos centros de decisión”⁷⁴. Así, pareciera que el Estado se presenta como una “entidad frágil y débil ante procesos y nuevos actores que lo rebasan y que –como una novedad de la “mundialización”– limitan su soberanía”⁷⁵. Sin embargo, lo cierto, como hemos visto, es que se ha fortalecido sin responder ya a intereses económicos y políticos propios sino más bien, a los intereses del mercado mundial.

Si bien lo anterior dificulta definir los vínculos actuales entre el Estado y las instituciones que componen su sistema de dominación, es preciso reiterar que en esta relación cobra menos fuerza el ejercicio de poder político en los procesos de expropiación de valor de la fuerza de trabajo en los procesos productivos y reproductivos locales –lo que implicó en algún momento para el Estado la procuración de las condiciones de vida de los trabajadores–, sino que “cada vez más esta desposesión va más allá de la acumulación de poder de un grupo social en contra de otro y tiene más que ver con la acumulación de poder en relación y a través de la acumulación de capital [a escala mundial]”⁷⁶.

Así pues, resulta significativo que pese a este panorama adverso se haya generado un clima tan generalizado de consenso, tolerancia, aceptación y pasividad (incluso ante las manifestaciones más directas de violencia de Estado) entre la mayor parte de la población mundial, y en ocasiones, entre las mismas izquierdas. Así como las “poderosas influencias ideológicas” que desempeñaron en esto y ante la aparente supresión del Estado, instituciones de diversa índole como las “corporaciones, los medios de comunicación y [las que] constituyen la sociedad civil, como universidades, escuelas, iglesias, asociaciones profesionales”⁷⁷.

⁷⁴ Osorio, *El Estado en el...*, 140.

⁷⁵ *Ídem*.

⁷⁶ David Harvey, “Notas sobre desarrollos geográficos desiguales”, *GeoBaireS. Cuadernos de Geografía* (Buenos Aires: FFyL-Universidad de Buenos Aires, 2007) 50

⁷⁷ Harvey, *Breve historia...*, 48.

Es por ello que resulta necesario cuestionar las funciones que cumplen para el Estado neoliberal y más aún, para la sociedad capitalista, instituciones específicas dentro del sistema de dominación vigente. Al respecto de la universidad, por ejemplo, Marini menciona que “en condiciones en que se mantiene intacto el control de la clase dominante sobre ella”⁷⁸, desempeña para el sistema de dominación y para la sociedad burguesa, por lo menos, tres funciones centrales:

1) La reproducción de las condiciones ideológicas en que la burguesía basa su dominación de clase. En el sentido de que en el seno de toda universidad se reproducen la división del trabajo, la estructura de autoridad y demás elementos constitutivos de la dominación burguesa que contribuyen a generar una aparente separación entre trabajo intelectual y manual⁷⁹. Además de que transmiten una serie de valores ideológicos que legitiman la dominación (desde teorías, métodos y contenidos, hasta el individualismo y la competencia, sustentados en racionalidades afines a dichos efectos)⁸⁰.

2) La reproducción de las condiciones económicas, traducida en la transmisión, reproducción e incluso creación a través de la investigación de técnicas para la producción, pues la universidad concentra la ciencia y la tecnología que son utilizadas para llevar a cabo la explotación del trabajo en beneficio del capital. Además de que “la universidad cumple esta función económica asegurando la formación de cuadros medios y superiores

⁷⁸ Marini, “La universidad...”, 3.

⁷⁹ Marx y Engels mencionan que la división del trabajo dentro de una sociedad se traduce en la separación del trabajo industrial y comercial con respecto al trabajo agrícola, es decir, en la aparente separación entre trabajo intelectual y manual que caracteriza la oposición de diferentes ámbitos (campo-ciudad, campesino-obrero calificado, proletariado-burguesía), y que “acarrea la formación de diversos sectores entre los individuos que cooperan en determinados trabajos [los cuales se] hallan condicionados por el modo de explotar el trabajo”. Esto, continúan, determina “las relaciones de los individuos entre sí, en lo tocante, al material, el instrumento y el producto del trabajo”. *La ideología alemana* (Barcelona: Grijalbo, 1974) 20.

⁸⁰ Precisamente porque en la actualidad la realidad y el pensamiento se nos presentan cada vez de manera más invertida, es preciso volver al concepto de ideología presente en la obra de Marx: “En toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en una cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina”, por ello, “no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o se imaginan [...]; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancado de su proceso de vida real, se expone también al desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales”. *Ibíd.* 26.

requeridos por el mercado de trabajo, es decir, proveyendo a éste de la mano de obra calificada que requiere el funcionamiento del sistema”⁸¹.

3) Reproducción o ruptura del orden político, pues es uno de los campos en los que la burguesía puede concretar las alianzas de clase que necesita para afirmar su dominación. Esta aplica en su doble dimensión: alianzas con las antiguas clases dominantes como con las nuevas que disputan la hegemonía, así como la ampliación o ruptura de sus alianzas con las clases subalternas. Precisamente por esto último Marini menciona que “la universidad constituye uno de los puntos críticos del sistema de dominación, en lo que a la lucha de clases se refiere”⁸². Más adelante profundizaremos en la centralidad que tiene esta función para la búsqueda de alternativas, analíticas y concretas, que contribuyan a establecer otra mirada sobre la realidad y el conocimiento.

De este modo, las universidades contribuyen a la reificación⁸³ de la división social imponiendo, a quienes pueden acceder a ellas, “un rol provisional que los prepara para el rol definitivo que asumirán, como elementos positivos y conservadores, en el funcionamiento del sistema mercantil. [Por lo que] no son más que una iniciación”⁸⁴ que intenta enajenar a los individuos de su realidad histórica y social. Es por ello que Bourdieu no se equivoca al señalar que “las universidades (además de ser uno de los sitios donde se reproduce la estructura social) son el lugar, la institución, donde las personas; su manera de pensar y de actuar son fabricadas y donde además se crean las diferencias sociales “legítimas”, es decir, donde se fabrican los títulos escolares que son al mismo tiempo, títulos profesionales; los cuales dan derecho a ejercer una profesión”⁸⁵, es decir, un trabajo en las condiciones que antes hemos planteado.

⁸¹ Marini, “La universidad...”, 4.

⁸² *Ídem*.

⁸³ Como menciona Georg Lukács, “la metamorfosis de la relación mercantil en cosa provista de una “objetividad fantasmagórica” no puede, pues, limitarse a la transformación en mercancía de todos los objetos destinados a la satisfacción de las necesidades. Ella imprime su estructura a toda la conciencia del hombre; las propiedades y las facultades de la conciencia no sólo pertenecen a la unidad orgánica de la persona, sino que aparecen como “cosas” que el hombre “posee” y “exterioriza” lo mismo que los objetos del mundo exterior”. *Historia y conciencia de clase* (La Habana: Instituto del Libro, 1970) 40.

⁸⁴ Union National Générale des Étudiants de France-Strasbourg (UNEGS), “De la misère en milieu étudiant: considéree sous ses aspects économique, politique, psychologique, sexual et notamment intellectuel et de quelques moyens pour y remédier”, *Pamphlet*, no. 16 (Paris: 1966) s.n.

⁸⁵ Pierre Bourdieu. *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. (Barcelona: Fontamara, 1996) 34.

Resta decir que para el caso de las universidades, estas funciones se imbrican no solo con las relaciones de poder político que imperan, sino también con las relaciones de saber que le son propias, es decir, con las formas de pensamiento dominantes⁸⁶. Estas presuponen que el conocimiento se desarrolla en torno a su pertenencia a esferas separadas de la realidad y que la formación se dirige a la especialización exclusiva en alguna de ellas, es decir, a la capacitación para trabajos “intelectuales” específicos; a la reproducción y expansión de los saberes en ese tenor fragmentario e ideologizado y sobre todo, a la creación de puntos de vista y prácticas individuales parcelarios que contribuyen a la producción de sujetos (libres pero sometidos) mediante su acción como *dispositivo* que resulta estratégica en diferentes momentos históricos. En suma, en la universidad –como en cualquier otro ámbito de la vida social– se expresa la compleja relación en la que se constituyen las formas históricas de producción, las formas concretas de socialidad y la formación de sujetos acordes con el orden social vigente.

⁸⁶ Marx y Engels mencionan que “las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace se le sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. La ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas”. *Op. cit.*, 50.

CAPÍTULO II

PODER Y SABER: LA UNIVERSIDAD COMO DISPOSITIVO

II. I. LA FORMA ACTUAL DE LA DOMINACIÓN

Para el ejercicio del poder político las clases dominantes requieren instituir el fundamento de su dominación en un sistema cambiante que conjugue, según el grado de autoritarismo con el que impongan sus proyectos, tanto las funciones estatales como las sociales para la reproducción de las relaciones económicas, políticas e ideológicas imperantes. En ese sentido hemos mencionado que las instituciones que componen el sistema de dominación en la actualidad presentan una fuerte vinculación al Estado (cúspide de dicho sistema) pero que, sin embargo, se expresan como lo contrario (autónomas, independientes, democráticas) para “representa[r] *realmente* algo sin representar algo real”⁸⁷: hoy en día, la libertad que bajo diferentes figuras ha promovido el neoliberalismo para la mundialización del capital.

Ya que si se representara la realidad social tal y como es, es decir, a partir del modo en que la actividad de la sociedad constituye y manifiesta la vida, lo que *es*, lo cual “coincide [...] con su producción, tanto con lo *que* produce como con el modo *como* produce”⁸⁸, a saber, con las condiciones materiales de producción; la realidad se nos presentaría tan insoportable que posiblemente la búsqueda de un cambio radical sería inmediata. En ello pues, en la necesidad de inversión de la realidad y de inversión de ella en la conciencia, radica la importancia para el capital de que exista un Estado que establezca un sistema de dominación fuerte sin que lo parezca.

No obstante, para comprender la manera en que esto opera en instituciones específicas que hacen parte de dicho sistema; hace falta definir detalles, características e incluso identificar otras relaciones sociales que, producto de las mismas condiciones materiales, se imbrican para la concreción de la dominación en ellas. Por ejemplo, y con especial relevancia para el caso de la universidad, las relaciones que guarda el poder

⁸⁷ Marx y Engels, *op. cit.*, 32.

⁸⁸ *Ibíd.*, 19.

político con el saber institucionalizado, sobre todo porque “la producción de las ideas y representaciones, de la conciencia, aparece en principio directamente entrelazada con la actividad material y el comercio material de los hombres”⁸⁹.

Si bien dicha relación entre poder político y saber ha estado siempre presente, es importante destacar que comenzó a cobrar mayor centralidad en el ámbito de las ciencias sociales a mediados del siglo pasado debido a lo que representó la vinculación de estos dos ámbitos para la ejecución de lo que Traverso denomina “las violencias del siglo XX”⁹⁰, las cuales mostraron una mayor complejización y complementariedad en formas del ejercicio del poder político concentradas en torno a la vida.

A esto último es a lo que se le ha dado el sentido específico y la denominación de *biopoder*⁹¹ en la obra de autores como Michel Foucault y posteriormente de Giorgio Agamben cuyos planteamientos, a pesar de que no explicitan los fundamentos sobre los que se erige la sociedad que analizan, ponen sobre la mesa algunos aspectos relevantes de ella que no habían sido considerados o estudiados con profundidad; particularmente lo que refiere al cambio en las formas en las que es ejercido el poder, a la producción de sujetos y a la cuestión de la libertad. Es así que, al tanto de sus límites pero también de sus potencialidades, destacaremos y profundizaremos en algunos de sus planteamientos que nos parecen relevantes.

En primera instancia habría que considerar que tanto Foucault como Agamben, escriben durante el proceso de reestructuración de la economía a escala planetaria, el cual significó para el pensamiento social un momento de quiebre con las maneras de concebir la realidad y el conocimiento⁹². Es por ello que en la obra de ambos autores prevalece un posicionamiento epistemológico crítico –en tanto que cuestionan los marcos conceptuales y de interpretación de teorías que apuntaron “en última instancia a legitimar el poder”⁹³–;

⁸⁹ *Íbid.*, 25.

⁹⁰ Traverso, *op. cit.*, 209.

⁹¹ *Idém.*

⁹² Por ejemplo con el positivismo y con el marxismo “ortodoxo” que critica Lukács cuando menciona que “marxismo ortodoxo no significa reconocimiento acrítico de los resultados de la investigación, ni *fe* en tal o cual tesis, ni interpretación de una escritura *sagrada*”. *Op.cit.*, 22.

⁹³ Cita de Foucault en Traverso. *Íbid.*, 210.

pero no así ontológico, pues no alcanzaron a desentrañar aquello en que se fundamentan: la modernidad capitalista; hecho que limita el alcance político de su praxis teórica.

Pese a ello, señala Traverso, la investigación de Foucault sobre la historia de la locura, la sexualidad y en particular, la del sistema penitenciario durante los siglos XVII y XVIII, “aportó una mirada nueva sobre las prácticas disciplinarias de la sociedad”⁹⁴ que llevarían a retomar y reformular los conceptos de biopolítica y biopoder que ya existían, pero que habían permanecido en desuso en el ámbito de las ciencias sociales. Pues, en palabras de Foucault, entre estos dos siglos y “por primera vez en la historia [...] lo biológico se refleja en lo político; el hecho de vivir [...] pasa en parte al campo del control del saber y de intervención del poder”⁹⁵ como elemento indispensable para el desarrollo del capitalismo.

Implícitamente dicha formulación da cuenta del reconocimiento de transformaciones profundas en las *formas* concretas que asume la dominación burguesa, es decir, en las características que presenta el ejercicio del poder político en diferentes momentos históricos. En este sentido destaca que a los mecanismos de coerción y muerte característicos del ejercicio del poder de los Estados modernos, se le añadían otros más “difusos de gestión de la vida a través de medios impersonales, prácticas administrativas y reglas a menudo no escritas”⁹⁶ encaminadas a perpetuar el poder estatal en medio de la contradicción que estableció el capitalismo liberal con la supuesta separación entre el Estado y la sociedad civil.

Así pues, para Foucault, el biopoder constituye un rasgo cualitativo del desarrollo del capitalismo industrial europeo del siglo XVIII, sin embargo menciona que “no se trata de pretender que en ese momento se produjo el primer contacto de la vida con la historia”, sino que con el desarrollo capitalista las presiones que había ejercido lo biológico sobre lo histórico colocadas bajo el signo de la muerte (como las hambrunas o la epidemias) se

⁹⁴ *Íbid.*, 210.

⁹⁵ Michel Foucault. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de poder* (México: Siglo XXI, 1977) 171-172.

⁹⁶ Traverso, *op. cit.*, 217.

aflojaron de tal modo que “la muerte dejó, o comenzó a dejar, de hostigar directamente a la vida”⁹⁷.

Al respecto del planteamiento anterior destaca que el *desarrollo capitalista* es considerado por Foucault únicamente como un marcador o premisa temporal para el análisis del biopoder, es decir, como un dato importante (al que destina un par de anotaciones), pero no esencial⁹⁸. Sin embargo, de ese modo se dificulta comprender la naturaleza de la relación entre la vida y el poder que es ejercido sobre ella en el marco real de existencia de la sociedad analizada, es decir, del capitalismo y más aún, identificar que la emergencia del poder sobre la vida estuvo condicionada por el desarrollo de las fuerzas productivas, que implicó un conocimiento mayor y mejorado en lo que refiere a técnicas, observaciones y medidas dirigidas a la gestión de la vida y supervivencia⁹⁹.

Por otra parte, Agamben sostiene que “la política occidental es desde el comienzo una biopolítica”¹⁰⁰ la cual ha dado origen a las concepciones seculares del poder como gubernamentalidad y poder como soberanía (la primera caracterizada por “hacer vivir” y la segunda por “dar muerte”). No obstante, a su parecer, las violencias de los regímenes totalitarios del siglo XX marcaron el verdadero inicio de una biopolítica moderna¹⁰¹ que establece “una identidad dinámica entre vida y política” que conjuga ambas concepciones: por un lado la de “soberanía como poder absoluto de destrucción de la vida [y por otro la de] *gobierno* como conjunto de dispositivos de gestión de la vida”¹⁰².

Desde su óptica, la situación entre ambos poderes radica en la capacidad de *exclusión-inclusión* que posee el Estado para actuar “al mismo tiempo fuera y dentro del ordenamiento jurídico”, pues “tiene el poder de proclamar el Estado de Excepción y de

⁹⁷ Foucault, *op.cit.*, 85.

⁹⁸ Cfr. Foucault, *op. cit.*, 170-171.

⁹⁹ Pues como sostienen Marx y Engels, “el modo como los hombres producen sus medios de vida depende, ante todo, de la naturaleza misma de los medios de vida con que se encuentran y que se trata de reproducir. Este modo de producción no debe considerarse solamente en cuanto es la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya, mas bien, un determinado modo de actividad de estos individuos, un determinado modo de manifestar su vida, un determinado *modo de vida* de los mismos”. *Op. cit.*, 19.

¹⁰⁰ Giorgio Agamben. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. (Valencia: Pretextos, 2006) 231.

¹⁰¹ Traverso menciona que “al inscribir el concepto de “biopoder” en la tradición del existencialismo político, [Agamben] le quita su carácter histórico y lo transforma en una suerte de comodín universal”, al hacer esto *ontologiza* el concepto. *Op. cit.*, 229.

¹⁰² *Ibid.*, 227-228.

suspender la validez del orden jurídico mismo”¹⁰³. Por ejemplo, el establecido por los derechos fundamentales del hombre¹⁰⁴, que han hecho de la vida –auténtica– el principal; y su relación contradictoria con los derechos ciudadanos en los que la vida –desnuda–, despojada de todo valor político, fundamenta la soberanía y el derecho.

En ese sentido menciona que la diversificación y naturalización de técnicas y mecanismos administrativos del Estado –como los documentos de identidad, natalidad y mortalidad; las políticas demográficas, migratorias e indígenas– manifiestan que “el estado de excepción [...] ocupa cada vez más el primer plano de nuestro tiempo y tiende, en último término, a convertirse en regla”¹⁰⁵ mediante la proliferación de dispositivos de disciplina, control y gestión de la vida.

No obstante, habría que tener en cuenta que las “nociones de ciudadano y su negación, el no-ciudadano, [tampoco] constituyen el mejor soporte para establecer las fronteras entre la “vida auténtica” y la *nuda* vida, despojada de valor político”¹⁰⁶, que enmarcan el biopoder en el orden social capitalista. Pues, como menciona Osorio –quien desde el marxismo reconoce los aportes pero también los límites teóricos de las formulaciones de Foucault y Agamben–; el biopoder tiene sentido en tanto se considere que “los vínculos entre los movimientos económico-políticos del capital y la vida [...] se alojan en la relación capital-trabajo, que es la que articula el sentido del mundo societal”¹⁰⁷.

Siendo así, coincidimos con este autor en que la reflexión sobre el biopoder debe permitir reconocer las características históricas que asume el poder político (la explotación y el dominio) que ejerce una clase social en detrimento de la vida de otra¹⁰⁸. Sobre todo porque, como nunca antes, esta relación se orienta a estirar al máximo la vida (física y espiritual, diaria y total) de los trabajadores para extender allí la valorización del valor, la

¹⁰³ Agamben, *op. cit.*, 30.

¹⁰⁴ “Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona”. Organización de las Naciones Unidas. *Declaración Universal de Derechos Humanos* (París: Asamblea General de las Naciones Unidas, 1948).

¹⁰⁵ Agamben, *op. cit.*, 32-33.

¹⁰⁶ Osorio, *Teoría marxista...*, 207.

¹⁰⁷ *Ibid.*, 187.

¹⁰⁸ Jaime Osorio, “Biopoder y biocapital: el trabajador como moderno *homo sacer*”, *Argumentos*, año 19, no. 42 (México: 2006).

masificación y las prácticas del mercado que dictan en la actualidad las condiciones materiales de producción¹⁰⁹.

Al respecto de esta última precisión y como apunta Marx, habría que recalcar que: 1) “el modo de producción no debe considerarse solamente en cuanto es la reproducción de la existencia física de los individuos”, sino también, la reproducción de su existencia social¹¹⁰ desarrollada “bajo determinados límites, premisas y condiciones materiales, independientes de su voluntad”¹¹¹; 2) que ello determina las relaciones sociales y políticas contradictorias que contraen determinados grupos de individuos entre sí; 3) que la organización social, el Estado (y por tanto, el sistema de dominación) “brotan constantemente del proceso de vida de determinados individuos”, esto es, del modo específico en que producen y se reproducen; y 4) que “los hombres que desarrollan su producción material y su intercambio material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento”¹¹².

Siendo así, en el desarrollo de la producción y del intercambio en las condiciones vigentes se inscribe no sólo el desarrollo de la vida material de la sociedad, sino también de las representaciones y de las ideas sobre ella; desde la moral, la religión, la política, hasta la ciencia, es decir, que “no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia”¹¹³. Sin embargo, el hecho de que materialidad y pensamiento se manifiesten como ámbitos disociados y en contradicción, no solo entre ellos, sino con las condiciones prácticas existentes, radica en que “las relaciones sociales existentes se hallan, a su vez, en contradicción con la fuerza productiva existente”¹¹⁴.

¹⁰⁹ “Ninguna vida está más expuesta que allí en donde el capital no le es suficiente el trabajo excedente para reproducirse, sino debe meter mano en dimensiones de lo que corresponde, en condiciones históricas específicas, al trabajo necesario”. *Ibid.*, 209.

¹¹⁰ Para Echeverría, “el proceso de reproducción social presenta, entonces, los siguientes elementos: por un lado, un factor subjetivo, que está ahí lo mismo en tanto que sujeto social productor o de trabajo que como sujeto social consumidor o de disfrute. Por otro lado, un factor objetivo, constituido por lo medios, sea de producción (en el momento productivo) o de consumo (en el momento consuntivo)”. En “La definición de la...”, 51.

¹¹¹ Marx y Engels, *op. cit.*, 25.

¹¹² *Ibid.*, 26.

¹¹³ *Idem.*

¹¹⁴ Marx y Engels, *op. cit.*, 32-33.

Esto sugiere, por una parte, que el modo en que la sociedad produce y se reproduce se nos presenta en la realidad de manera invertida; por otra, que la organización social y política se establece sobre esa realidad *invertida* y finalmente, que ella se invierte en la conciencia y el pensamiento en un proceso dialéctico. La peculiaridad del momento en que vivimos, es pues, que la inversión de la realidad tiende a complejizarse y a alejarse cada vez más de la fuerza social que la origina, que la conciencia parece doblarse cada vez sobre sí misma e ir por un camino opuesto al de la realidad y que, en este proceso, la vida – determinada por condiciones materiales específicas– ya no sólo condiciona la organización social y política de la sociedad, sino también, la forma concreta y preponderante que asume el ejercicio del poder político en ella, pues es la “corporeidad viva [física e intelectual] la que termina expuesta diariamente, agotada y desfalcada por los diversos mecanismos que el capital emplea en el proceso de trabajo”¹¹⁵, conjugando vida y muerte en distintas proporciones.

Lo relevante de este tipo de dominación es que requiere concretarse en el Estado para transformar, o en caso necesario instituir, un sistema de dominación acorde con su nueva forma que, si bien se manifiesta de manera menos evidente, resulta mucho más recrudescida. No obstante, esto no se trata de un proceso aislado propio de la dominación burguesa, sino de uno más general: del “proceso de subordinación [real] del proceso de vida de la sociedad, del proceso de producción, distribución y consumo de los bienes, a la valorización del capital”¹¹⁶. Lo cual implica que las relaciones que establecemos, las actividades que realizamos, las instituciones de las que participamos, los objetos que nos rodean, en fin, la vida misma “ahora está hecha para funcionar en el sentido del capital, y aunque todo ello está sirviendo a los [individuos], lo hace sólo siempre y cuando estos [individuos] estén produciendo, moviéndose, transportándose, en suma existiendo, para la acumulación del capital”¹¹⁷.

Sin embargo, ¿cómo y a partir de qué mecanismos se lleva a cabo una dominación inscrita en esos términos?, ¿qué papel desempeñan instituciones como la universidad o

¹¹⁵ Osorio, *Teoría marxista...*, 208.

¹¹⁶ Bolívar Echeverría, “La actualidad del discurso crítico”, *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, II, núm. 19 (México: 2012) 79.

¹¹⁷ *Ídem*.

cualquier otra que se nos venga a la mente, para hacer de ella el estado normal de la vida, para interiorizarla bajo su forma actual y para producir sujetos que la reproduzcan? y ¿qué injerencia ha tenido la política-económica neoliberal en estos procesos? Al respecto de estas preguntas, habría que recordar lo que Bolívar Echeverría planteaba hace algunos años: que “es necesario averiguar cuáles son las figuras, las formas o las estrategias que actualmente tiene la acumulación del capital para lograr su concreción y proseguir con su marcha en la historia”¹¹⁸.

II.II. ¿QUÉ ES UN DISPOSITIVO?: AL RESPECTO DE LA DISCIPLINA Y EL CONTROL

Lo que hemos planteado antes permite identificar que si bien la dominación presenta un condicionamiento estructural –que determina su esencia de explotación y dominio de clases– los cambios en su forma concreta, a pesar de que pueden no ser recientes, manifiestan que la vida de los trabajadores tiende a convertirse cada vez más en lo que fundamenta su ejercicio. Con ello, pues, intentamos reconocer *cómo es* el poder político ejercido en la actualidad y con base en eso, a continuación profundizaremos en los *medios o mecanismos* con los que opera dentro del sistema de dominación.

Es por eso que la revisión y consideración de las formulaciones planteadas sobre la biopolítica resultan de interés, ya que constituyen el marco interpretativo para releer una noción, frecuentemente usada más como palabra que como concepto, que permite profundizar en aquellos mecanismos de los que echa mano el capital para ejecutar mediante su concreción en el Estado su forma predominante de dominio –y la reproducción de ella– en las instituciones que componen el sistema de dominación, a saber, el *dispositivo*. Si bien este término se desprende del andamiaje conceptual que comprende la biopolítica de Foucault, destaca que su definición fue más bien indirecta en su obra aunque se aproximó a ella en una entrevista de 1977 después de que le preguntan sobre “el sentido y la función metodológica del término *dispositivo*”¹¹⁹. Al respecto, menciona:

¹¹⁸ *Ibid.*, 85-86.

¹¹⁹ Jacques-Alain Miller et. al., “El juego de Michel Foucault” [entrevista], *Onicar?*, no. 10 (París: 1977). Traducida al español por Javier Rubio para la *Revista Diwan*, no. 2-3 (Zaragoza:1978) 171.

lo que trato de situar bajo ese nombre es, en primer lugar, un conjunto decididamente heterogéneo, que comprende discursos, instituciones, instalaciones arquitectónicas, decisiones reglamentarias, leyes, medidas administrativas, enunciados científicos, proposiciones filosóficas, morales, filantrópicas [...] tanto lo dicho como lo no dicho. En segundo lugar, lo que querría situar en el dispositivo es precisamente la naturaleza del vínculo entre estos elementos heterogéneos.¹²⁰

De ese modo plantea que los dispositivos constituyen un agregado heterogéneo¹²¹ de prácticas materiales e inmateriales que, sin embargo, poseen algo que las estructura; que determina sus funciones y que puede producir efectos positivos o negativos en ellas. En caso de producir los segundos, añade, se deben someter a “una reutilización inmediata de ese efecto involuntario y negativo en una nueva estrategia [...] transformando lo negativo en positivo”¹²². Por eso menciona que su naturaleza es esencialmente estratégica, en la medida que supone cierta manipulación de relaciones “inscritas en un juego de poder, pero también siempre ligado a uno de los bordes del saber, que nacen de él, pero, asimismo, lo condicionan”¹²³.

Independientemente de que estas formulaciones no definan las especificidades del poder y del saber que se imbrican en los dispositivos, consideramos que arrojan algunas pistas importantes para identificar la gran diversidad de medios con los que se ejerce la dominación y sobre todo para vislumbrar que hay *algo* que los unifica.

Por su parte y buscando un mayor nivel de detalle en los planteamientos de Foucault, Agamben escribe en 2006 *¿Qué es un dispositivo?*, obra en la que mediante la interpretación genealógica del concepto reconoce su alcance para analizar el modo en que, mediante ellos, el poder se internaliza en los individuos. Pues, para él, los dispositivos se posicionan frente a la relación conflictiva entre los individuos y las reglas, los ritos y las instituciones que intentan concretar relaciones de poder en ellos.

¹²⁰ *Idém.*

¹²¹ Esta heterogeneidad surge frente a la homogeneidad del poder estatal tradicional y centralizado cuando su “modalidad y esquema organizativo se mostró inoperante para regir el cuerpo económico y político de una sociedad en vías de explosión demográfica e industrialización [por lo que] para recuperar el detalle produjo una adaptación de los mecanismos de poder al cuerpo, a sus intuiciones y a sus experiencias en el marco de lo material e inmaterial”. Hernán G. Romanutti, “El Estado según Foucault: soberanía, biopolítica y gubernamentalidad” en *Utopía y praxis latinoamericana*, año 19, no. 66 (Maracaibo: 2014) 56-57.

¹²² Miller et. al., *op. cit.*, 172

¹²³ *Íbid.*, 172-173.

A su parecer, “no se trata de un término particular que se refiere a esta o aquella tecnología de poder [sino a] un término general” que manifiesta la imposición de un orden social que opaca su “esencia, y la operación a través de la cual [esta] administra y gobierna”¹²⁴ la vida mediante múltiples procesos de subjetivación o de producción de sujeto, dependiendo de los dispositivos por los que sea capturado el individuo¹²⁵. De este modo se deja ver que un mismo individuo puede ser lugar de múltiples procesos de subjetivación, especialmente porque con el desarrollo capitalista tienden a acumularse y a incrementar los dispositivos existentes¹²⁶.

A decir de Agamben los dispositivos se dirigen a “la creación de cuerpos dóciles pero libres que asumen su identidad y su *libertad* de sujetos en el proceso mismo de sometimiento”¹²⁷ a ellos, por tanto, son instrumentos para la producción de subjetivaciones pero también para desarrollar una actividad de gobierno sobre la vida. Es decir, que el proceso –mediado por los dispositivos– en el que los individuos se constituyen como sujetos, determina la adquisición de su libertad pero al mismo tiempo el sacrificio de la misma, pues se encuentra sometida a los términos de gobierno que “en una sociedad determinada y en cierto momento histórico se imponen a los individuos desde fuera”¹²⁸.

Sin embargo, agrega, que en la “fase actual del capitalismo” existe una contradicción o diferencia con los dispositivos tradicionales; y es que “estos no actúan a través de la producción de sujeto, sino a través de lo que podemos llamar desujetivación”¹²⁹, es decir, de procesos a los que no les corresponde una subjetivación real. Ello sugiere que en la actualidad cobra menos relevancia para los dispositivos la constitución de sujetos y subjetividades limitados y sometidos, en contraste con la mayor imposición de un orden de gobierno que se dirige a administrar y regular su vida independientemente de la adquisición o incluso pérdida de su condición subjetiva, de modo

¹²⁴ Agamben, *¿Qué es un dispositivo?* (Barcelona: Anagrama, 2015).21.

¹²⁵ “Llamo sujeto a lo que resulta de las relaciones y, por así decir, del cuerpo a cuerpo entre los [individuos] y los dispositivos”. *Ibid.*, 24.

¹²⁶ Sin estos procesos, menciona Agamben, los dispositivos no podrían funcionar como dispositivos de gobierno, sino que se reducirían a un mero ejercicio de violencia. *Ibid.*, 29.

¹²⁷ *Idém.*

¹²⁸ Agamben, *¿Qué es un...*, 13.

¹²⁹ “Es cierto que en todo proceso de subjetivación estaba implícito un momento desubjetivante [...] pero lo que sucede ahora es que los procesos de desubjetivación parecen volverse recíprocamente indiferentes y sólo dan lugar [a lo que aparenta ser] un nuevo sujeto”. *Ibid.*, 30-31.

que se limitan a la “recomposición de un nuevo sujeto de forma larvada y, por así decirlo, espectral”¹³⁰.

De ahí el eclipse de la política que [como dispositivo tradicional] presupone sujetos e identidades reales (el movimiento de los trabajadores, la burguesía, etc.), y el triunfo de la economía, de una actividad pura de gobierno que sólo busca su propia reproducción. Por ello, la derecha y la izquierda que hoy se alternan la gestión del poder tienen muy poco que ver con el contexto político del que provienen los términos y designan simplemente los dos polos –aquel que apunta sin escrúpulos a la desobjetivación y aquel que en cambio querría recubrirla con la máscara hipócrita del buen ciudadano democrático– de la misma máquina gubernamental¹³¹.

Siguiendo esa formulación se puede considerar que los dispositivos tradicionales son aquellos que definieron la libertad en términos de *disciplina*, es decir, en función de la creación o renovación de los límites precisos e institucionalizados en los que los sujetos y la sociedad desarrollarían su saber y sus prácticas a partir de pautas, normas y sanciones legitimadas y legitimadoras de un orden de gobierno. De ello dan cuenta no sólo las prisiones, los manicomios, las escuelas, las fábricas, las disciplinas o la ley; “cuya conexión con el poder es de algún modo evidente, sino también la pluma, la escritura, la literatura, la agricultura, la filosofía, la economía, la política e incluso el lenguaje mismo”. Es decir, inclusive aquello que en algún momento hizo posible la existencia *social* del hombre y que, sin embargo, más adelante se le volvería en su contra.

Por ello menciona Agamben que todos los dispositivos contienen en sí una potencia específica que puede y debe ser dirigida a su *profanación*¹³², es decir, a un ejercicio contradispositivo que posibilite la restitución común de la verdadera libertad del sujeto. Aunque a su parecer eso es cada vez más difícil, debido a que los dispositivos contemporáneos operan sobre los límites *ya* establecidos –en todos los ámbitos y dimensiones de sociedad– por medio de la disciplina y de la interiorización de ella; de modo que se dirigen a mantener a los sujetos y las subjetividades en ellos, sin tener que producir, necesariamente, contenidos reales sino; según el autor, los propios de la economía, que es lo que tiende a gobernar, reproducirse y apoderarse cada vez más de los procesos subjetivos. De modo que podemos considerar que los dispositivos actuales

¹³⁰ *Ibid.*, 31.

¹³¹ Agamben, *¿Qué es un...?*, 32.

¹³² A partir de la genealogía del concepto, Agamben señala que: “profanar significa restituir al libre uso de los hombres [aquello que] el dispositivo acciona y regula”: su libertad mediante el sacrificio de la misma. *Ibid.*, 28.

funcionan ahora en términos de *control*, en contraste con la disciplina que caracterizó a los tradicionales.

Si bien Agamben coincide en que los dispositivos ponen de relieve la gran diversidad de mecanismos unificados con que se ejerce el poder para la conservación del orden social, su análisis logra reconocer que el sometimiento a ellos posibilita la interiorización del poder mediante la formación de subjetividades y sujetos. Además, identifica que en la actualidad estos procesos resultan mucho más ambiguos y que parecen ser menos importantes que el control, gestión y regulación sobre ellos por parte de un orden de gobierno impuesto. Pese a ello consideramos que no define con precisión qué es aquello que *dispone*, ordena u orienta la vida, que se interioriza en los individuos y que, al mismo, unifica los dispositivos más que en términos de un poder externo a los individuos y en cierto sentido, abstracto.

Por ello habría que discernir y puntualizar que se trata de un poder abstracto pero que, de hecho, se encuentra anclado a la realidad concreta y que, por tanto, emerge de su interior. A saber, del poder político que en nuestro tiempo condensa la lógica del capital y “que hace que toda la vida societal gire en torno a su eje: la valorización del valor”¹³³. En ese sentido, cabe recordar que el capitalismo –como despliegue de dicha lógica– establece un modo de producción histórico que determina y es determinado, a su vez, por un modo de reproducción de la sociedad, el cual otorga al sujeto social una identidad (colectiva e individual) que le impone la posibilidad de ser distinto de lo que era antes.

Desde esa óptica distinta Bolívar Echeverría plantea que la cuestión del sujeto radica en su necesidad de cambiarse a sí mismo constantemente, “aun cuando aparentemente no lo hace, cuando mantiene una misma forma y respeta las mismas instituciones, el mismo orden social [...] ello es resultado de una repetida ratificación de ese orden”. Proceso que le condena a la libertad de elegir la forma de modificarse a sí mismo dentro de los límites que lo sujetan (de su *sujetidad*) al orden social determinado en

¹³³ Osorio, *Estado, reproducción del capital...*, 24.

que vive, produce y consume; para constituir su subjetividad repartida en todos los escenarios posibles de la vida social¹³⁴.

Esta última precisión permite comprender que el individuo, el sujeto o, en suma, lo subjetivo, no constituye un ámbito autónomo, extremo u opuesto a lo objetivo o material que ordena a la sociedad, sino más bien, que “la actividad productiva-consuntiva –sistema que define la identidad del sujeto global– establece el conjunto de líneas de fuerza o la red de posibilidades dentro de la cual cada uno de los individuos sociales tiene su ubicación diacrítica y puede afirmar su identidad singular”¹³⁵. La dinámica de la identidad de la sociedad en términos globales determina y es determinada, pues, por la dinámica de la identidad de los individuos.

No obstante, este proceso no fue impuesto a los individuos sin mediaciones o de manera mecánica, sino mediante la entidad que por excelencia ha facilitado la concreción del capitalismo, su funcionamiento e incluso el manejo o manipulación de individuos en situaciones concretas para permitir la reproducción y la acumulación del capital: el Estado. Pero como hemos dicho antes, lo relevante del momento en que vivimos es que la “consolidación o reproducción del capital bajo esta forma ha entrado recientemente en crisis. Porque el capital [...] está adquiriendo ahora otros tipos o dimensiones de concretización mucho más sutiles y mucho más complejos”¹³⁶ que, según Echeverría, tienen que ver de manera más directa con la vida de las poblaciones y los territorios.

En este sentido [...] la democracia y el conjunto de instituciones que tienen que ver con el funcionamiento de los estados han pasado a un segundo lugar. Porque el capital ya no necesita todo ese juego verbal de la construcción de una opinión pública a través de ideologías y de plataformas políticas [...] Pues ya desde 1968 se observa como en verdad el uso del verbo, como lugar en donde el sujeto social decide o discute qué camino seguir, ha pasado igualmente a segundo plano, porque las palabras ya no importan, ni las ideologías, y por eso los partidos políticos ya no necesitan plataformas, pues todo es absolutamente intercambiable, y todos en definitiva caminan hacia un solo y monótono discurso de apología del capital, de una manera o de otra.¹³⁷

A eso se refiere Slavoj Žižek cuando menciona que estamos presenciando una “transformación global en el modo hegemónico de interpelación ideológica”, pues en la

¹³⁴ Echeverría, *La definición de...*, 61.

¹³⁵ *Ibid.*, 62.

¹³⁶ Echeverría, “La actualidad del discurso...”, 85.

¹³⁷ *Ibid.*, 86.

modernidad capitalista el proceso en que los individuos se constituían o interpelaban en sujetos partía del reflejo económico de “la doble hegemonía de la ideología legal y de la educación estatal”¹³⁸ para conformar la ficción real de libertad y de igualdad que requería la concreción del capitalismo para lidiar con las contradicciones entre individuos, grupos o clases sociales. En cambio lo que sucede “en la última etapa del capitalismo [...] posterior al 68 es que *la misma economía (la lógica del mercado y la competencia) se impone progresivamente a sí misma como la ideología hegemónica*”¹³⁹, pues la ficción está hecha y sólo se requiere mantener, administrar y controlar la elección del sujeto dentro de las gigantescas posibilidades de libertad, que en una sociedad burguesa y mundializada, se presentan para comprar o vender.

Esto, según el autor, está ocurriendo sobre todo en instituciones del sistema de dominación que se regían con anterioridad por las condiciones ideológicas que concentraba el Estado y en las cuales, la economía se ha posicionado como modelo ideológico. Por ello menciona que estamos asistiendo al gradual desmantelamiento de la clásica escuela burguesa: “el sistema escolar es cada vez menos una red obligatoria elevada por encima del mercado y organizada directamente por el Estado”¹⁴⁰, por lo que tiende cada vez más a ser privatizado, no sólo en términos de sus vínculos con empresas sino también de los procesos intelectuales y subjetivos que aloja.

Tomando en cuenta lo anterior consideramos pertinente recuperar el concepto de dispositivo porque nos permite: 1) comprender que las *líneas de fuerza o red de posibilidades* para la constitución del sujeto y la definición de su individualidad están unificadas por el modo en que la sociedad produce y se reproduce; 2) reconocer que estos procesos se dirigen a la interiorización y a la reproducción subjetiva del poder político; y 3) identificar que las posibilidades de libertad del sujeto emergen de su sometimiento al orden social determinado en que vive; ya para su disciplinamiento o en fechas recientes, para su control. Además, consideramos que este concepto –pese a su heterogeneidad, amplitud y necesidad de precisión teórica– posee una capacidad explicativa, llamativa y diferente, que

¹³⁸ Slavoj Žižek, *Viviendo el final de los tiempos* (Madrid: Akal, 2012), 421-422.

¹³⁹ *Idém.* El autor agrega que en este proceso de transformación en el modo hegemónico de interpelación ideológica, parte ahora de sujetos y no de individuos preideológicos. Cursivas originales.

¹⁴⁰ *Idém*

puede ser desarrollada en ámbitos restringidos para analizar instituciones específicas (y situaciones en el interior de ellas) que hacen parte del sistema de dominación.

Por ejemplo, plantear a la universidad como dispositivo posibilita ver que más allá de las funciones que cumple para la sociedad capitalista; tiene un papel central en lo que refiere a la producción de sujetos y subjetividades vinculadas con el ejercicio de la dominación en términos políticos y de saber. En ese sentido consideramos que, en tanto dispositivo tradicional, la universidad de la modernidad capitalista permitió establecer los marcos y los límites normativos que contribuyeron a legitimar la división social y técnica del trabajo, su diferenciación manual e intelectual (que condiciona las diferencias sociales) y la especialización a partir de la fragmentación *disciplinaria* del conocimiento, de la realidad y, por tanto, de los sujetos que implicados en ello.

En cambio, ahora como respuesta a la mundialización y frente al escenario neoliberal que vivimos, su acción como dispositivo parece contradecir los presupuestos disciplinarios que definieron sus productos subjetivos en función de la conformación de objetos de saber, teorías y métodos propios para cada una de las áreas que, en conjunto, dieron lugar a la emergencia de la moderna universidad burguesa. Pues a medida en que la economía se impone en la universidad como lógica mediadora de sus funciones y de los procesos subjetivos que alberga, se hace más evidente la reducción de horas de clase, la desaparición de contenidos “disciplinares” frente a la emergencia de saberes aplicados o técnicos e incluso, el cambio de orientación de los títulos y programas universitarios, enfocados ahora a cuestiones técnicas, ambientales, al sector turismo, la administración, etc.

De modo que hoy en día la instrumentación de la relación escalar entre sistema mundial, Estado e instituciones educativas no se limita a las transformaciones planteadas – por organismos internacionales y por los diferentes Estados¹⁴¹– en materia presupuestal,

¹⁴¹ En 1998 se llevó a cabo la Conferencia Mundial sobre la Educación Superior, convocada por la UNESCO, para establecer las medidas educativas para enfrentar y responder a las tendencias mundiales de cambio. Entre otras cosas se sugirió: la actualización permanente de los profesores, de los contenidos y del currículo; la introducción de redes electrónicas para el aprendizaje; la traducción y adaptación de las principales contribuciones científicas; la modernización de los sistemas de gestión y dirección; y la integración y complementación de la educación pública y privada así como de la educación formal, informal y a distancia. López, *op. cit.*, 268.

administrativa, de conocimientos, de modernización de las forma de enseñanza-aprendizaje y de incorporación tecnológica. Sino que se extienden a la formación de mentalidades y la constitución de subjetividades vacías y proclives a la consecución de lo inmediato; sumisas y dispuestas a la idealización de una realidad desigual e injusta que, mistificada por la fragmentación del conocimiento, se nos presenta positivamente diversa y formalmente “democrática”¹⁴².

Esto se debe a que en dispositivos como la universidad “existe una especie de juego, de cambios de posición, de modificación de funciones”¹⁴³ que van acordes con los movimientos materiales e históricos de la realidad y con sus demandas de cambio de formas de constituir sociedad. A ello responde la urgencia con que han sido planteadas las reformas de la educación superior y primordialmente de la pública, pues en tanto dispositivo, conjuga las finalidades cambiantes que condicionan y que son condicionadas por la forma actual de la dominación y del tipo de saber que requiere para el control que será ejercido en el sujeto¹⁴⁴.

A continuación, analizaremos algunos procesos que definieron la conformación de la universidad como dispositivo disciplinario, así como las contradicciones que ello produjo y que tienen que ver con la negación de sus efectos o, en otras palabras, con un ejercicio contradispositivo en ella. Además, plantearemos el papel que desempeñan en la actualidad algunos discursos ideológicos (vacíos de contenidos reales, pero llenos de ideología económica) como nuevas líneas para la elección y el control de la libertad del sujeto en la universidad capitalista neoliberal.

II. III. LA UNIVERSIDAD COMO DISPOSITIVO

Con el despliegue de la modernidad capitalista muchas de las instituciones antiguas o tradicionales atravesaron un proceso de cambio radical y de incorporación plena al sistema de dominación burgués. Pues de acuerdo con Echeverría, este proceso en una escala general

¹⁴² Neuhaus, *op. cit.*, 102.

¹⁴³ Nelson Arteaga. *Rituales, dispositivos y performatividad* (México: Porrúa, 2010) 58.

¹⁴⁴ Agamben, *¿Qué es un...?*, 11

puso de relieve un “«salto cualitativo» en la operatividad instrumental del trabajo humano, tanto del medio de producción como de la propia fuerza de trabajo”¹⁴⁵ que llevó al posicionamiento del hombre sobre el universo exterior al mundo que tenía conquistado –y que había reconocido como “naturaleza”– para supeditarla a su realidad.

De ese modo, el proyecto de existencia histórica del hombre se convirtió “en una estrategia que condiciona la supervivencia propia a la aniquilación o explotación de lo Otro (de la Naturaleza, extrahumana o humana)”¹⁴⁶, así como el acondicionamiento y la subordinación del conjunto de valores de uso que afirman el mundo a un valor económico abstracto; universal y homogeneizador que niega su fundamento, esto es, al mercado capitalista. Pues con el desarrollo de las fuerzas productivas se tuvo “la posibilidad real de un campo instrumental cuya efectividad técnica permitiría que la escasez relativa –esto es, la abundancia– sustituyera la escasez absoluta en calidad de situación originaria y experiencia fundante de la existencia humana sobre la tierra”¹⁴⁷.

Ello implicó para el hombre la necesidad de “confeccionarse un mundo a su medida y de inventarse una imagen de sí mismo acorde con sus ambiciones”¹⁴⁸, es decir, la constitución de un nuevo escenario de actuación para el sujeto en el que el copiado o la *modernización* capitalista de las formas antiguas representó solo el primer momento de su enajenación. Pues se acompañaba de un nuevo “diseño esquemático de un modo no sólo deseable, sino posible de vivir la vida humana”¹⁴⁹ y de potenciar una libertad que no puede sino contradecirse con sus fundamentos relativos.

Lo anterior no sólo está en la medida en que el humano debió constituirse en todos los escenarios de la vida como sujeto puro e independiente, frente al otro convertido en contraparte suya, en objeto, en Naturaleza; sino también en tanto que requirió establecer un orden social en el que la técnica racionalizada, negando su fundamento económico, se impusiera de manera definitiva para él y para el otro, en medio la contradicción que sugiere la expansión como totalidad de la nueva forma de organización de la vida social y económica; y su necesidad de concreción particular.

¹⁴⁵ Echeverría, *La definición de...*, 216.

¹⁴⁶ *Ibid.*, 217.

¹⁴⁷ *Ibid.*, 220-221.

¹⁴⁸ *Ídem.*

¹⁴⁹ *Ibid.* 223.

Dicha contradicción –resuelta a partir de “una tendencia que aparece espontáneamente en la modernidad capitalista y que lleva a concebir al Estado y la vida política que gira en torno a él”¹⁵⁰ por encima de la sociedad civil– da sentido a algunas de las determinaciones que caracterizan la vida moderna como el racionalismo; el progresismo, el individualismo, el economicismo, el nacionalismo, etc. Pues estos elementos permitieron solventar la “profunda crisis de identidad que comenzó a afectar a todas las distintas estrategias de concretización de la vida humana”¹⁵¹, así como la conformación moderna de la identidad nacional de los Estados que determinaría su inserción particular al capitalismo entre los siglos XVIII y XIX.

En ese sentido, aspectos como la patria, la adscripción a un proyecto social, el conocimiento de la tierra común, el cultivo de la lengua y la cultura fueron fundamentales para que los proyectos estatales se manifestaran como detentadores de un derecho propio y superior con el cual definirían sus particularidades frente a otros estados, su sujeción al proyecto universal e inclusive, la identidad –individual y colectiva– de los sujetos sobre los que se erigían. Por eso menciona Žižek que durante ese periodo el Estado jugó un papel central en el proceso de interpelación ideológica en los sujetos mediante dos vías primordiales, la primera, el marco jurídico o Estado de derecho que aseguraría la libertad y la igualdad de los individuos y, la segunda, la educación estatal y especialmente, la universitaria¹⁵².

Esta última jugó un papel importante en la medida que permitió la producción del saber “en términos laicos, ajenos a toda «verdad revelada», como una *apropiación cognoscitiva* de la naturaleza dentro del proyecto de vida de una sociedad nacional particular”¹⁵³ que contribuyera a la modernización, a la solución de problemas, a la legitimación de la dominación estatal mediante la razón y, con ello, a afirmar las tendencias productivas y reproductivas que imponía el avance del capitalismo liberal en sus diferentes concreciones.

¹⁵⁰ Bolívar Echeverría, “Discurso por el recibimiento del emeritazgo en la UNAM” (México: Ciudad Universitaria, 2008), 2. Disponible en: <http://www.bolivare.unam.mx>.

¹⁵¹ Echeverría, *La definición de la...*, 217.

¹⁵² Žižek, *op. cit.*

¹⁵³ Echeverría, “Discurso por el..., 3.

Por ello, aunque la universidad existía, lo distintivo de su proceso de modernización es que se desvanece en ella el anclaje teológico o religioso que sustentaba un conocimiento absoluto, universal y afirmativo del mundo que “de manera absurda –por impracticable– [se oponía] a la existencia misma de una formación concreta del mundo de la vida”¹⁵⁴ y que se coloca ahora en beneficio de un saber concebido “como un todo internamente conflictivo, inestable, dialéctico, y por ello mismo, creativo, entre las humanidades y las ciencias matematizadas”¹⁵⁵.

En esencia, menciona Echeverría, eso constituyó el plan utópico de la universidad moderna de Berlín de Wilhem von Humboldt (1767-1835), quien consideraba indispensable el diálogo polémico entre ciencias y humanidades para el establecimiento de leyes sobre las manifestaciones empíricas de la naturaleza que permitieran su posterior dominio, es decir, la “buena marcha de esa apropiación cognoscitiva y el progreso autocrítico”¹⁵⁶ de los proyectos estatales. Sin embargo, a pesar de que al principio no se hizo mayor distinción entre ciencia y filosofía en la universidad, a medida en que la ciencia pudo comprobar sus conocimientos (especialmente mediante las matemáticas) se fue posicionando como la única poseedora de conocimiento «verdadero» sobre otras formas de saber.

Pues si bien este proyecto se sustentaba en la disociación de lo humano y lo natural, lo paradójico es que se proyectaba a la búsqueda de leyes naturales universales (con atributos experimentales, reproductibles y comprobables) aplicables para ambos dominios; favoreciendo con ello la viabilidad intelectual y el posicionamiento jerárquico del saber referente a la naturaleza. Hecho que dejaría “claro que la lucha epistemológica por qué era conocimiento legítimo ya no era solamente una lucha sobre quién controlaría el conocimiento de la naturaleza [...], sino sobre quién controlaría el conocimiento sobre el mundo humano”¹⁵⁷.

¹⁵⁴ Echeverría., *La definición de ...*, 217.

¹⁵⁵ Echeverría, “Discurso por el...”, 4.

¹⁵⁶ *Ídem.*

¹⁵⁷ Immanuel Wallerstein. *Abrir las ciencias sociales* (México: Siglo XXI, 2007) 8.

Esto último expresa una dinámica que “resulta más efectiva mientras menos obstáculos de origen humanista tiene que vencer”¹⁵⁸, a saber, la refuncionalización de la ciencia por parte del capital para hacerla un instrumento técnico dirigido al ámbito de la producción (económica, política e ideológica) y con ello, a la ampliación de la apropiación privada del trabajo colectivo.

Por ello, la definición de la moderna universidad burguesa se inscribe en un ámbito por lo demás contradictorio en el que, en primera instancia, contribuyó a establecer un marco general para dicha apropiación cognoscitiva de la naturaleza, cuya peculiaridad es que emerge subsumida y, por tanto, previamente determinada por el vasto campo instrumental que funciona a favor del capital para producir un entendimiento generalizado de la realidad y del conocimiento en términos positivos, objetuales, individualistas y reduccionistas.

La positividad al respecto de estos ámbitos, sugiere una realidad que se afirma *per se*, es decir, que se manifiesta sin ocultamientos, tal y como es: presuntamente infinita en lo que hay o habrá en ella y enfrentada, por tanto, con los límites de la racionalidad humana en su intento de comprenderlo “todo”. Lo objetual por su parte, da cuenta del carácter empirista y experimental que prevalece en las aproximaciones a una realidad que se supone transparente y que, como tal, es susceptible de pensarse como un cúmulo de cosas (sean sociales o naturales), privilegiando un punto de vista individual como eje de elaboraciones que reducen el pensamiento a la búsqueda de las unidades indivisibles que componen lo real.

Evidentemente, ello cuadraba perfectamente con los intereses de la ciencia natural, que ya tenía una definición precisa y que, según Wallerstein, había probado sobradamente su presunta eficacia y fecundidad incluso antes e independientemente de la modernización universitaria. Por ello afirma que si la universidad revivió de su letargo teológico, fue más bien debido a que los estados modernos comenzaron a necesitar conocimiento y explicaciones exactas sobre su base social, sobre su diversidad y sobre su «física». Pero ahora, a partir de uno de los sucesos definitorios de la historia intelectual y científica del

¹⁵⁸ Echeverría, “Discurso por el...”, 5.

siglo XIX: “la disciplinarización y profesionalización del conocimiento social, es decir, la creación de estructuras permanentes diseñadas tanto para producir nuevo conocimiento, como para producir a los productores de conocimiento”¹⁵⁹.

Lo anterior tiene que ver con la segunda instancia que define el carácter contradictorio de la mutación de la universidad en la modernidad capitalista y que refiere a la premisa básica del capitalismo liberal: el nominalismo de la verdad, que plantea que “la verdad es individual [y que] lo social solo puede proporcionar un marco neutral para la interacción y autorrealización de los individuos”¹⁶⁰. Esto apunta a la compartimentación de la realidad y del conocimiento social, suponiendo, por una parte, la imposibilidad de comprensión total del mundo (independientemente de la existencia de leyes naturales universales proyectadas también para lo humano) y, por otra, la existencia en la sociedad de problemas o hechos puros y autónomos.

De dicha premisa surge, pues, la justificación para la conformación de las diferentes *disciplinas científicas sociales* con objetos particulares, metodologías y técnicas específicas para abordar fragmentos (económicos, políticos, sociales, culturales, etc.) de la realidad. Sin embargo a pesar de que la conformación, la institucionalización y la profesionalización de estas han sido ampliamente estudiadas, llama la atención que no se ha discutido con profundidad aquello que, en términos de poder y de saber, refiere la disciplina en la ciencias y la relevancia que tuvo para la inserción de la universidad moderna al sistema de dominación burgués.

En ese sentido consideramos esos procesos relevantes en la medida en que dan cuenta de cómo se constituyó la figura tradicional del dispositivo universitario para la normalización de los procesos –predeterminados por el capital– de apropiación cognoscitiva de la naturaleza, de nominalización fragmentaria del saber y de producción de sujetos y de subjetivaciones a partir de la *disciplina*.

Así pues, la disciplina constituyó la figura predominante que asumieron los dispositivos en un momento en el que el medio principal de concretización del capital eran

¹⁵⁹ Wallerstein, *op. cit.*, 9.

¹⁶⁰ Žižek, *op. cit.*, 365.

los estados. En ese sentido, manifiesta la imposición real de una organización reglamentada y establecida sobre las bases aparentes de legitimidad del poder político que condensa el Estado y de obediencia obligatoria por parte de la sociedad civil, además de una “cuadrícula compacta de coacciones que aseguran la cohesión social”¹⁶¹ dentro de ese orden con base en creaciones –no preexistentes– que, en todas direcciones, vinculan poder político y saber para la normalización de la vida moderna.

Y es que la imposición de un nuevo orden general para la vida de los estados y para la civilización en su conjunto no fue tarea sencilla; el capital debió inventar y actualizar tanto el horizonte material como el simbólico de la existencia humana rompiendo la unidad económico-política que lo dinamiza. Pues ello le permitiría presentarse de manera disociada e incluso distorsionada en todas las dimensiones de la vida social, negando los procesos de explotación y dominio que fundamentan su proyecto civilizatorio y más aún, negando la existencia de otro tipo de proyectos y de otras formas de organización social. Es por eso que para Žižek lo político durante ese periodo fue dirigido principalmente al dominio de las identificaciones imaginarias y simbólicas¹⁶².

En ese sentido el papel de la universidad no fue menor, pues en tanto dispositivo disciplinario ayudó a sustentar la nueva forma de organización de la sociedad al realizar funciones de soporte y de organización de prácticas mediante la creación de múltiples disciplinas concentradas en diversas zonas separadas de la realidad y en distintos grupos de conocimientos. Sin embargo, las implicaciones derivadas de ello se entienden en un doble sentido, el primero, determinado y determinante de la imposición de un orden social sobre la vida que debe, con base en la disociación del saber, establecerse y diferenciarse en todas sus dimensiones sociales ocultando su fundamento de dominio. Y el segundo, condicionado por la necesidad de interiorización del poder político para producir sujetos y subjetividades que, anclados a las finalidades concretas del capital, se diferencien en términos de su actividad, de sus capacidades técnicas y de la remuneración que obtienen por ellas.

Es así que, por ejemplo, durante las últimas décadas del siglo XIX se dio en la universidad el desarrollo institucional y disciplinario de la economía, la política y la

¹⁶¹ Neuhaus, *op. cit.*, 22-23.

¹⁶² Žižek, *op. cit.*, 421-422.

sociología con el que cada una asumió la pertenencia del estudio separado de diferentes esferas de la sociedad. Pues si bien ya se estudiaban los problemas económicos desde el siglo XVIII, con la expansión colonial por medio del pillaje o del comercio, se “diversificaron las actividades económicas y estas comenzaron a ganar creciente diferenciación respecto al control estatal”¹⁶³. Por lo que la economía, en detrimento de la comprensión del conjunto de las fases del proceso económico, comenzó a ocuparse de los asuntos referentes a la circulación o del mercado (que representan la realización de las mercancías valorizadas); como el equilibrio entre oferta-demanda, la competencia, la utilidad y otros temas que, con un enfoque matemático y estadístico, hicieron parecer que “las leyes de la economía no eran leyes jurídicas”¹⁶⁴, sino del mercado.

Por su parte, la conformación de la política como disciplina fue posterior a la economía debido a los arduos procesos de delimitación de lo político y lo moral, de lo estatal y lo meramente social que tuvieron lugar a finales del siglo XVIII. Sin embargo, su campo disciplinario se fue consolidando conforme ganaba fuerza la concepción del Estado como contrato entre individuos para abordar temas como la ciudadanía, el sufragio universal o la democracia, dirigidos a consagrar la libertad política de los individuos, a pesar de su sometimiento real al sistema de explotación y de dominio. Cabe mencionar que con anterioridad los estudios económicos “remitían de manera directa hacia las clases sociales y las formas de apropiación de riqueza”¹⁶⁵, es decir, a cuestiones políticas, pero durante la primera mitad del XIX la frase “economía política” con la que se les había identificado con popularidad desapareció por completo¹⁶⁶.

Además, ya que la disciplina política se constituyó excluyendo de su margen de acción a la sociedad civil y debido a la agudización del descontento, del desorden y de la lucha social producidos por el incremento de trabajadores urbanos que acompañó el tránsito del capitalismo manufacturero al industrial¹⁶⁷, se configuró la sociología como la nueva disciplina en las ciencias sociales que permitiría dar cuenta de la sociedad y sus problemas

¹⁶³ Jaime Osorio, *Los fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento* (México: FCE-UAM, 2012) 128.

¹⁶⁴ *Idém*

¹⁶⁵ *Ibid.*, 37

¹⁶⁶ Wallerstein, *op. cit.*, 20

¹⁶⁷ *Idém*.

modernos desde “una perspectiva de impedir el desorden social, bajo la impronta empírico/positivista de analizar los hechos sociales como cosas”¹⁶⁸.

Al respecto del breve esbozo de estos tres ejemplos, Neuhaus menciona que la producción de nuevos fragmentos de conocimiento hizo posible que se desarrollara un proceso inédito de formación de subjetividades con las que el “hombre [fue] desterrado de su realidad en tanto se le empujó a la creencia y a la ilusión que le impide la toma de conciencia de los márgenes reales del espacio al cual ha sido condenado a sobrevivir”¹⁶⁹, pese a su elección voluntaria o “vocación” (económica, política, sociológica, etc.), para reproducir los designios de la lógica del capital. En ese sentido aquellos vinculados al saber universitario en cualquiera de sus disciplinas no hablaban por ellos mismos, sino por las “significaciones generadas espontáneamente por el aparato productivo, por el Estado capitalista y por sus instituciones”¹⁷⁰ que los usan como vehículo para producir, transmitir y consumir sus propias ideas.

De modo que, como menciona Echeverría, las ideas de la clase dominante capitalista “no sólo son dominantes porque son expuestas (e impuestas) con medios de difusión de un alcance y una eficacia inmensamente mayores [como la universidad] que los de los gestos y las palabras con que protestan las clases sociales [sino porque] pueden «demostrar» fácilmente con el lenguaje de la época la «identidad» entre las «relaciones individuales o humanas en general» y las «relaciones mercantiles»”¹⁷¹. Es decir, porque el lenguaje, la conciencia y las ideas que plantean están sobredeterminados por la estructura técnica de los medios de producción capitalistas.

A pesar de eso, el mismo autor advierte que al tiempo de ser producto e instrumento del proyecto del capitalismo moderno, la universidad se convirtió en uno de sus críticos más implacables. Pues como planteamos en el capítulo anterior, entre las funciones que desempeña la universidad en la sociedad burguesa está la política, que le confiere una capacidad de posicionarse frente al orden político (afirmativa o negativamente), en tanto que en ella se pueden concretar o quebrantar alianzas con las clases dominantes.

¹⁶⁸ Jaime Osorio, *Los fundamentos del...*, 38.

¹⁶⁹ Neuhaus, *op. cit.*, 46.

¹⁷⁰ Echeverría, “La actualidad del...”, 80.

¹⁷¹ Bolívar Echeverría. *El discurso crítico de Marx* (México: ERA, 1986) 34.

Sin embargo, no debe entenderse que esto se reduce a la ruptura de la normalidad en el comportamiento y las relaciones de un grupo social frente a otro, puesto que lo normal en el capitalismo es la perpetua crisis social que produce. Sino, más bien, que es solo desde esta “perspectiva «anormal», [que] la clase proletaria puede mirar a distancia y criticar la modernidad capitalista”¹⁷². Esto, por ejemplo, llevó a Marx –quien estudiaría en la Universidad de Humboldt– a elaborar una crítica radical a la realidad y al conocimiento que engendró el capitalismo moderno, la cual estuvo impulsada por una doble exigencia, por un lado “una exigencia que aparece en el terreno propio de la teoría [y] por otro una exigencia que viene directamente de la revolución”¹⁷³.

Según Echeverría, con ello Marx puso de relieve dos hechos: 1) que las significaciones (discursivas o ideas) son compuestas “por la clase burguesa para defender sus propios intereses o verosimilitud y potenciadas por la acción de un dispositivo normador [...] que imprime a toda la producción/consumo de significaciones un sentido apologético”¹⁷⁴ al capital, y 2) que la capacidad persuasiva de dichas significaciones se encuentra apoyada por el contorno técnico e institucional que toda la actividad social ha organizado para perpetuar el sistema. Es decir, que con ello Marx identificó la necesidad de revolucionar el fundamento organizador –material y simbólico– de la sociedad y de la vida moderna en su conjunto.

Consideramos que en la universidad esta necesidad se presenta como un ejercicio *contradispositivo* enfrentado con su figura tradicional para negar aquello que la posicionó de manera funcional a la sociedad burguesa y al sistema de dominación. Hecho que en principio está ligado a la crítica radical de los términos en los que fue elaborada la apropiación cognoscitiva de la naturaleza, partiendo de que “las posibilidades de verdad que hay para el saber se definen dentro de un horizonte social-natural de objetividad o sentido que va siendo constituido prácticamente como negación o re-ordenamiento de lo puramente natural”¹⁷⁵. Y posteriormente, a la crítica radical de la “perspectiva disciplinar que los saberes presentan [que sin] desconocer la relevancia de la especialización supone

¹⁷² Echeverría, “La actualidad del...”, 80.

¹⁷³ Echeverría, *El discurso crítico...*, 32.

¹⁷⁴ *Ibid.*, 35.

¹⁷⁵ *Ídem.*

ubicar sus problemas en otro contexto y con sentidos distintos a los prevalecientes” para establecer no solo “otra mirada sobre la realidad, sino para definir una nueva realidad y nuevos sujetos de conocimiento”¹⁷⁶.

En ese sentido, las disciplinas científicas desarrolladas en la universidad moderna han sido mucho más útiles para “sostener un mundo enajenado, en donde la organización societal existente –con su apropiación del trabajo ajeno y de dominio– debe ser pensada como un asunto regido por leyes sociales débiles, naturalizadas”¹⁷⁷; que para hacer comprensible el sentido y las operaciones históricas del capital a partir de sus dimensiones económicas, políticas, sociales, espaciales, etc.

Cabe destacar que la figura disciplinaria con la que se constituyó la universidad como dispositivo, así como el efecto de negación que ella misma produjo ha prevalecido, en mayor o menor medida, hasta nuestros días. Sin embargo a partir de 1945 se comenzaron a presenciar tres procesos que permiten pensar los indicios de su modificación, coexistencia con otras figuras y sobre todo, en su estado actual. El primero refiere al comienzo del cambio en la estructura política-económica del mundo a partir de la Segunda Guerra Mundial; el segundo, condicionado por el primero, tiene que ver con la mayor expansión e incorporación de población y de su capacidad productiva a la lógica del capital que derivó “en una ampliación [cualitativa y cuantitativa] de la escala de la actividad humana”¹⁷⁸ y el tercero, manifiesta la expansión extraordinaria del sistema universitario en todo el mundo que alcanzaría su punto de tensión hacia 1968.

Entre otras cosas, estos procesos resultan significativos porque en su curso se definieron cuáles serían los nuevos problemas más urgentes para la sociedad y los modos de enfrentarlos, pero esto ya no en función del capitalismo que condensaron los estados modernos, pues esta propuesta fue perdiendo “la fuerza que tuvo un siglo atrás, debilitada precisamente bajo el peso de aquellos instrumentos identitarios e institucionales que

¹⁷⁶ Osorio, *Estado, reproducción del...*, 19.

¹⁷⁷ Jaime Osorio, *Estado, biopoder y exclusión. Análisis desde la lógica del capital* (México: Anthropos-UAM, 2012) 13.

¹⁷⁸ Wallerstein, *op. cit.*, 37.

desarrolló para ejercerla”¹⁷⁹. Ahora en cambio estarían en función del «nuevo espíritu» mundializado y, posteriormente, neoliberal que adquirió el capitalismo para traducir “a los términos de la calidad puramente económica todas las situaciones conflictivas de un orden cualitativo no económico que pueden presentarse en la vida social”¹⁸⁰

Eso, según Žižek, representa la forma paradigmática del «uso privado de la razón» en el capitalismo global contemporáneo, cuyo sustento –como dijimos en el capítulo anterior– estuvo en gran medida en la idea y en los efectos que tendría la reforma de la educación superior para, supuestamente, responder a las nuevas “necesidades de la sociedad [y para] hacerla útil en relación a los problemas concretos a los que nos enfrentamos, produciendo opiniones expertas para resolver problemas planteados por los «agentes» sociales”¹⁸¹.

Ello ocurrió cuando se hizo evidente para el capital el efecto político que podía tener la producción de saberes para portar de manera sabia y experta verdades científicas que intervinieran en el curso de la vida social actual bajo las tendencias globales de privatización del intelecto general y de mayor especialización motivadas por la inversión ya no de “maquinarias estatales sino de empresas económicas”¹⁸². Wallerstein menciona que en el interior de la universidad “el efecto más inmediato [de ello] consistió en estimular las intrusiones recíprocas de científicos sociales en campos disciplinarios vecinos, ignorando las legitimaciones que cada una de las ciencias sociales había erigido para justificar sus especificidades como reinos reservados”¹⁸³.

Ello da cuenta del desplazamiento histórico que ha habido en los mecanismos sobre los que se construyen los soportes de los individuos y la sociedad, pero sobre todo, del cambio de figura que ha atravesado el dispositivo universitario, que de la disciplina (que determinó la afirmación o negación de la “normalidad”) se ha vuelto hacia el control (que orienta y dirige el mantenimiento del orden). En este sentido las diversas formas

¹⁷⁹ Bolívar Echeverría, “Sobre el 68”, intervención en la serie de Conferencias sobre el Movimiento estudiantil del 68: a 40 años (México: Centro Universitario Tlatelolco, 2008) 1. Disponible en: <http://www.bolivare.unam.mx>

¹⁸⁰ Echeverría, “Discurso por el...”, 3.

¹⁸¹ Žižek, *op. cit.*, 421.

¹⁸² Wallerstein, *op. cit.*, 38-39.

¹⁸³ *Ídem.*

disciplinarias que desde las últimas décadas del siglo XIX tomaron las ciencias sociales en las universidades para organizar y regular las formas de producir conocimiento en campos de acción separados, dan cuenta de los primeros mecanismos.

En cambio, los segundos tendrían más que ver con la emergencia y cambio reciente de programas universitarios sustentados en lo nuevo, lo inmediato y la diferencia (temática, discursiva, metodológica, práctica y técnica), que contradicen los anteriores procesos de construcción y los ejes normativos de los campos disciplinarios, pero no para la adecuación del conocimiento al cambio sino para el vaciamiento del producto subjetivo previo. Hecho que, como dijimos antes, responde a la imposición progresiva de la propia economía –ya no de su reflejo en el Estado y en la educación– como ideología hegemónica para posponer los valores estatales en beneficio de los privados: la competencia mercantil, “cortada a la medida del individuo que se pseudo-singulariza a través de la ambición privada, como [...] el éxito empresarial, el autodomínio personal y la autosatisfacción narcisista”¹⁸⁴.

Sin embargo, si bien el dispositivo universitario manifiesta que su producción subjetiva actual ha dejado de actuar a través de la disciplina, su nueva figura parte de las bases establecidas por ella, pero para llenar ahora los procesos subjetivos con diversos *discursos ideológicos* que desorientan aún más al sujeto y facilitan la administración, la regulación y el control de su vida, haciendo cada vez más invisible “el real antagonismo que atraviesa las sociedades capitalistas”¹⁸⁵. Y es que de ese modo, vaciado de historicidad, el sujeto únicamente debe “adaptarse a las circunstancias, tomar lo que es, como es, en su devenir, sin proponer transformaciones (solo innovaciones dentro del modelo propuesto)”¹⁸⁶

Cabe destacar que los discursos ideológicos que constituyen la figura de control de los dispositivos están anclados a los soportes que permiten legitimar los términos actuales de la dominación, como la libertad de la que hablamos anteriormente, pero también la democracia, la tolerancia y en torno a las disciplinas sociales en particular; el ambientalismo, el feminismo, el indigenismo, la cultura, la tecnología, el turismo y muchos

¹⁸⁴ Echeverría, “Discurso por el...”, 3.

¹⁸⁵ Žižek, *op. cit.*, 429.

¹⁸⁶ Neuhaus, *op. cit.*, 98

otros que en conjunto definen un nuevo horizonte de posibilidades de elección para el sujeto. En la universidad ello ya no sólo determina la aproximación fragmentaria a una dimensión de lo social, sino la reinversión de ese fragmento de la realidad y de la conciencia de él, para producir un sujeto nuevo que consciente o inconscientemente no cuestione e incluso abogue por la lógica del capital a partir de uno o varios discursos.

Este cambio de figura, no obstante, se ha acompañado de un cambio real en la función económica de la universidad, pues si como dispositivo disciplinario permitió la formación de cuadros medios y superiores para el mercado, es decir, la diferenciación y provisión de fuerza de trabajo en función de su calificación, garantizando a quienes estudiaban un acceso rápido a fuentes de empleo y a condiciones relativamente mejores en su calidad de vida. Ahora en cambio vemos que la universidad ha perdido su capacidad para colocar trabajadores en el mercado pero que, pese a ello, sigue siendo útil para su diferenciación cualitativa del trabajo y para conformar un ejército de reserva mucho más extendido que presiona a la baja los salarios, a la alta la inflación y con ello, la agudización del traspase del fondo de consumo obrero al fondo de acumulación capitalista a escala mundial¹⁸⁷.

Es así que con base en lo que hemos planteado a lo largo de este capítulo, a continuación analizaremos el caso concreto de una disciplina social que, no por ser la única sino porque su historia ha sido afín a los movimientos históricos del capital, manifiesta una inserción extraordinaria a las figuras que ha asumido el dispositivo universitario: la geografía. Así pues, examinaremos el proceso en el que ha configurado su campo disciplinario, sus negaciones a él y su situación actual que, en función de la transición de la figura del dispositivo universitario, manifiesta la adopción de discursos ideológicos que resultan, sino indispensables, por lo menos estratégicos para la legitimación del proyecto neoliberal.

¹⁸⁷ En otros términos Harvey menciona que esto “después de todo, es actualmente el medio principal a través del cual el poder se adquiere y circula. La capacidad de penetración del tema general de la acumulación por desposesión es solo igualada por la sorprendente variedad de circunstancia y situaciones en la cual se manifiesta. La aparente variedad de luchas sobre qué es lo que se desposesiona, por quién, y qué hacer al respecto agregan una impredecible atracción a las dinámicas de la acumulación del capital en el espacio y el tiempo. Pero la clara impredecibilidad de todo esto de ninguna manera niega la necesidad de hacer a este aspecto de la lucha política un componente importante”. Harvey, “Notas sobre....”, 50.

CAPÍTULO III

LA GEOGRAFÍA EN EL DISPOSITIVO UNIVERSITARIO

III. I. LA CONFIGURACIÓN DISCIPLINARIA

La historia de la universidad moderna está marcada por la necesidad de las clases dominantes de explicar las reglas con las que opera el mundo social en su estado de cambio mediante la creación de las diferentes estructuras de lo que hoy conocemos como ciencias sociales. Sin embargo, de acuerdo con Wallerstein, destacan tres campos que en sus procesos de constitución enfrentaron la indefinición del ámbito social al que referirían sus estudios: la psicología, el derecho y, con particular relevancia para este caso, la geografía¹⁸⁸. La cual –aunque había existido por lo menos como nombre de una práctica antigua– a partir del siglo XIX se constituiría, en principio en universidades alemanas y, posteriormente en todo el mundo, como una *disciplina* nueva.

Sin embargo, en ese proceso se reconocen dos aspectos que determinaron su indefinición en contraste con otras disciplinas. El primero, su resistencia a categorizarse como ciencia social por su acercamiento pretendidamente sintetizador o puente entre cuestiones físicas y humanas que, a pesar de su fuerte impronta ambiental, hacían similar su práctica a la de otras disciplinas. Y el segundo, que “fue la única disciplina que intentó de manera consciente ser realmente mundial en su práctica, en términos de su objeto de estudio”¹⁸⁹, hecho que contradecía la tendencia nominalista de la que hablamos anteriormente, caracterizada por establecer una división clara del trabajo en función del análisis de fragmentos diferenciados de la realidad social.

Lo anterior estuvo condicionado por la fuerte proyección histórica que tuvo el capitalismo moderno, la cual puso “el acento en el progreso y la política de organización del cambio social, [dando] una importancia básica a la dimensión temporal de la

¹⁸⁸ Wallerstein, *op. cit.*, 28.

¹⁸⁹ *Ibid.*, 29.

existencia”¹⁹⁰ dentro las emergentes ciencias sociales, en detrimento de la espacial (nicho posterior de la geografía pero implícito en ese contexto) considerada como un agregado menor de la primera. Además de que la geografía se había planteado sus intereses, por una parte, en términos tan universales que resultaba irrelevante teóricamente frente a otras disciplinas (como la historia o la antropología) y, por otra, en términos tan particulares, que se convertía en un elemento menor de la especificidad de otros estudios (como los económicos, políticos o sociológicos).

Sin embargo, de dichos intereses se desprende el sustento de dos concepciones al respecto del espacio (entendido en ese contexto como la superficie terrestre o sin más, como naturaleza) que determinaron su desarrollo posterior. En la primera se le consideraba como la plataforma sobre la que se desarrollaban los acontecimientos u operaban los procesos, algo que estaba ahí y nada más; y en la segunda como contexto que influía en los acontecimientos, algo que había que tener en cuenta pero que no era central para el análisis. Aunque como menciona Wallerstein, inconscientemente, “la práctica [de la geografía] se basaba en una visión particular de la espacialidad [...] por medio de la cual se organizaban las vidas”: los territorios soberanos que definieron el nuevo mapa del mundo¹⁹¹.

Por otra parte, Ortega menciona que “la aparición de la geografía moderna significa la fundación de una disciplina que trasciende la vieja cultura de la representación del mundo en el marco del macrocosmos y el microcosmos”¹⁹², para conseguir su incorporación institucional a la universidad y la consolidación de una comunidad profesional propia. Según este autor su emergencia estuvo apoyada en una serie de transformaciones sociales y culturales que fungieron como premisas de su desarrollo, entre ellas destacan: a) los viajes de exploración llevados a cabo entre el siglo XVIII y la primera mitad del XIX; b) la expansión colonial europea; c) la elaboración de un proyecto “que esboza el perfil de la nueva disciplina” y que marca su inserción al conocimiento científico y; d) el reconocimiento institucional “como disciplina integrante del sistema educativo [...] sobre todo, en la universidad, como un campo de conocimiento específico”¹⁹³.

¹⁹⁰ *Idém.*

¹⁹¹ Wallerstein, *op. cit.*, 30.

¹⁹² José Ortega V. *Los horizontes de la geografía* (Barcelona: Ariel, 2000) 115.

¹⁹³ *Idém.*

Estas ideas resultan significativas si se considera esa transición de la «vieja cultura de representación del mundo» en función del violento proceso de cambio en las diversas formas tradicionales de apropiación cognoscitiva de la naturaleza que permitió constituir los nuevos requisitos objetivos y subjetivos para la vida humana en el marco del capitalismo moderno; y para el cual la geografía, en su intento de vincular los conocimientos naturales y humanos producidos por el capital, resultaría fundamental e incluso, estratégica. Además, las premisas expuestas por el autor manifiestan que dicha transición o cambio generalizado fue realizado por medio de los estados imperiales a partir de la expansión colonial y de los viajes de exploración. Y, finalmente, que de algún modo ello deja ver la fuerte impronta estatal con la que se constituyó el perfil disciplinario, institucional y profesional (que no subjetivo) de la geografía en la universidad.

Según el mismo autor estos aspectos se afianzaron con el empirismo característico de las prácticas de recolección de informaciones, de observaciones y de relaciones que, apoyadas en el avance técnico y las mejoras metodológicas (con base en estadística) sirvieron, en principio, para describir las tierras recién «descubiertas» en la superficie terrestre y, posteriormente, para elaborar una síntesis general y pretendidamente científica sobre la relación del hombre con la naturaleza o, mejor dicho, sobre las determinaciones o influencias que imponía la naturaleza al hombre en dichas tierras.

Y es que en ese proceso la geografía había comenzado a tomar “prestada de la biología evolucionista, la principal ciencia del momento, la formulación de sus principios básicos recurriendo al uso de la analogía orgánica”¹⁹⁴ para un análisis de los fenómenos naturales y humanos que garantizara su legitimidad y diferencia científica; pues estas se habían visto melladas por la identificación con diferentes enfoques y con muy diversas denominaciones: geografía *política*, geografía *estadística*, geografía *histórica*, geografía *física*, geografía *médica*, entre otras. Aunque como señala Peet, lo cierto es que ni con ello la geografía pudo “captar las características esenciales y diferenciadoras que son

¹⁹⁴ Richard Peet, “Los orígenes ambientales del determinismo ambiental” en Nuria Benach. *Geografía contra el neoliberalismo* (Barcelona: Icaria, 2012) 116.

específicas de la sociedad humana”¹⁹⁵, por lo que tomó una dirección científica francamente improductiva.

Sobre todo porque este nuevo impulso que enfatizaba el estudio de la influencia de la naturaleza (o del medio) sobre el hombre de acuerdo con los postulados evolucionistas, a saber, la geografía humana, resultó en una “extensión, más que alternativa, a la geografía física, en la medida en que esta se concibe como fundamento de la primera” y más aún, porque su emergencia provocó un recorte interno y una oposición con la que “la geografía humana quedó reducida a la geografía de los hechos humanos en contraposición a la geografía física, o geografía de los hechos naturales”¹⁹⁶. Así, cada una se convertiría en una «rama» de la geografía, unidas más por la fuerza de sus tradiciones y sus nombres que por su complementariedad o capacidad de constituir una base unitaria con teoría, conceptos y método propio.

Siendo así, parecería contradictorio que durante su consolidación disciplinar la geografía fuera contracorriente de las tendencias con las que se conformaron otras disciplinas para normar fragmentos, aspectos y dinámicas muy precisas de la realidad social¹⁹⁷ y sobre todo que, pese a su improductividad científica, persistiera hasta posicionarse en el dispositivo universitario. Sin embargo, ello se debe a que la figura disciplinaria que en términos de poder y de saber condensaba a la geografía, además permitir la concreción del capitalismo en el interior de los estados mediante la exaltación de los elementos físicos y sociales con los que cada nación definiría su identidad particular y su sujeción al sistema; se perfilaba al exterior para legitimar científicamente al imperialismo “como una fase necesaria en la evolución a un nivel superior de existencia”¹⁹⁸.

¹⁹⁵ Bajo esos supuestos la geografía estaba imposibilitada a unir en términos teórico-metodológicos, de análisis y de finalidades, dos dominios que para el positivismo que dominaba la época eran incompatibles: lo natural y lo social. *Idém.*

¹⁹⁶ Ortega, *op. cit.*, 189.

¹⁹⁷ Harvey plantea que los geógrafos “siguieron siendo generalistas eclécticos (haciéndose grandes preguntas en temas como el determinismo ambiental, la relación social con la naturaleza, el papel de la geografía en la historia, etc.) en una academia cada vez más dominada por la pericia analítica profesional”. “History and present...”, 4.

¹⁹⁸ Peet, *op. cit.*, 116.

De acuerdo con Peet esto se explica a partir de dos tipos de contexto que simplifican las finalidades de la sociedad durante ese periodo: 1) los procesos socio-políticos que demandaban racionalización científica y 2) el impacto que tuvieron en geografía las ideas generales derivadas de dichos procesos. En ese sentido, lo primero da cuenta de la necesidad de la clase dominante de la época de dar respuesta al cambio en su expresión espacial absoluta (expresada en una mayor aglomeración en los centros y una periferia más amplia y controlada) que “en el capitalismo de finales del siglo XIX, quería decir la necesidad de expansión geográfica de la sociedad capitalista expresada por la clase dominante, la burguesía industrial y aquellos componentes de clase del poder del Estado que apoyaban una economía fuerte y una nación poderosa”¹⁹⁹.

Y el segundo, expresa la necesidad de protección de la clase dominante que llevó a la mistificación de capital mediante el análisis biológico del impulso humano bajo la impronta positivista y evolucionista. Y es que “la necesidad de escapar de la culpa por la destrucción de otros pueblos, significó que los motivos de las acciones debían radicar en fuerzas que estaban más allá del control humano”²⁰⁰: en Dios (pero para la ciencia ya estaba caduco) o en la naturaleza (cuya apropiación constituyó la base del proyecto universitario moderno y la cual asumiría la geografía de manera ideológica como algo activo y causal).

De ese modo para la geografía comenzaría a parecer justificada la diferencia en el desarrollo de los países, la competencia e incluso “las luchas interclasistas e intercapitalistas como parte necesaria de la lucha de las especies por la supervivencia”²⁰¹. Sin embargo, contrario a Ortega, no consideramos que ello sea indicativo de un esbozo del perfil científico de la geografía que le permitiría después su reconocimiento universitario pues, contradictoriamente, el mayor estímulo para su desarrollo fue por parte de estructuras poco interesadas en darle claridad a su objeto de estudio y sobre todo, que poco o nada tenían que ver con la universidad; como las llamadas sociedades científicas o la instrucción básica estatal.

¹⁹⁹ Peet, *op. cit.*, 117.

²⁰⁰ *Ibid.*, 119.

²⁰¹ *Ibid.*, 116.

Pues el conocimiento considerado como geográfico por estas estructuras (de auspicio real, estatal o comercial) les abría la posibilidad no sólo de conocer sin mediaciones el mundo que disputaban a partir de la exploración y la elaboración de registros, catálogos, inventarios, estadísticas y cartografías sobre los recursos y la población o, siendo más precisos, sobre los sitios susceptibles para expandirse y para transferir valor debido a sus excedentes de materias primas y fuerza de trabajo; sino también, de establecer con base en ello una identidad “natural” y siempre a favor de las clases dominantes, entre los centros de poder y los orígenes de ciertos grupos.

Es por ello que las sociedades científicas pudieron presentar sus intervenciones “como actos de humanidad y civilización [...] destinados a liberar a las poblaciones autóctonas de la barbarie, la esclavitud, el atraso y las creencias primarias; y a proporcionarles los bienes del progreso”²⁰² aunque en realidad eso implicara tener que admitir la dominación o en caso necesario el exterminio capitalista. En ese sentido, sus prácticas resultaron intelectualmente tan atractivas para las clases dominantes que consiguieron ejercer la presión necesaria para que los estados promovieran la enseñanza de la geografía, en principio en la instrucción básica y, posteriormente, en la universidad.

Y es que la enseñanza de la geografía (junto con la historia) permitiría proveer elementos apuntalados por una superioridad demostrable en poder y conocimiento para la creación de un imaginario de homogeneidad que propiciara una identidad común y una conciencia colectiva que neutralizara las técnicas y tecnologías de dominación “en la búsqueda teleológica de la legitimidad, la coherencia fundacional y la naturalización del mundo social”²⁰³. Es decir, porque permitía la inversión de la dimensión espacial de la existencia social, su emplazamiento en los sujetos y el borrado del contenido social en ella mediante la utilización ideológica de la naturaleza, pues si bien “el capitalismo proporcionó el modelo social para un nuevo modo de interpretación natural, a cambio la ciencia natural proporcionó la legitimación para mantener la vida social de forma encarnizadamente competitiva”²⁰⁴.

²⁰² Ortega, *op. cit.*, 122.

²⁰³ Raymond Craib. *México cartográfico: una historia de límites y paisajes fugitivos* (México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, 2013) 24.

²⁰⁴ Peet, *op. cit.*, 124.

De ese modo lo que empezó en geografía “como una explicación científica de las bases y las causas de la competencia y la conquista entre sociedades terminó como su justificación naturalista”²⁰⁵, instrumentalizada –con un sesgo hacia el racismo, el ambientalismo y el nacionalismo– para la eliminación de grupos, el despojo, la explotación y el dominio. Esto no ocurrió solamente en los países centrales, sino también en algunos de los periféricos que habían comenzado a independizarse y a configurar sus propias estructuras estatales, territorios y poblaciones nacionales. Por eso menciona Wallerstein que la geografía “era claramente una criatura, si es que no una creación, de los estados, y tomaba sus fronteras como contenedores sociales fundamentales”²⁰⁶.

Siendo así, coincidimos con Peet en que si la geografía consiguió modernizarse fue más bien debido a la necesidad de explicación y legitimación de los cambios en las formas sociales por parte del capitalismo imperial tanto a escala mundial como de los diferentes estados. Y agregamos que aunque su posicionamiento en el dispositivo universitario se desprende de su desarrollo previo en estructuras externas, no fue por haber alcanzado allí la definición de un perfil científico o de un «objeto» de estudio propio²⁰⁷, sino por hacer posible la imposición e interiorización de un orden *natural* de gobierno y por establecer mediante sus prácticas empíricas coacciones para mantener a la sociedad dentro de dicho orden. Esto último, por ejemplo, se expresa en la cartografía que más allá de haber sido un instrumento para el registro preciso y fidedigno de las observaciones geográficas, permitió la imposición de la lógica (perceptiva, práctica y representativa) bajo la cual el espacio estaba siendo subsumido y transformado por el capital.

En otras palabras, si el proyecto universitario moderno perseguía una apropiación cognoscitiva de la naturaleza predeterminada por el capital, la ubicación de la geografía en él fue clave e independiente de su productividad científica, porque consiguió lo que posiblemente ninguna otra disciplina pudo: dar a la naturaleza una vida propia; autónoma, independiente pero al mismo tiempo determinante de lo humano, que sirviera para negar

²⁰⁵ *Ibid.* 110

²⁰⁶ Wallerstein, *op. cit.*, 30.

²⁰⁷ Al respecto Harvey coincide en que “las instituciones dominantes dentro de la disciplina (como la Real Sociedad de Geografía) estuvieron más preocupadas en las prácticas de descubrimiento y subordinación de la naturaleza y en las técnicas de administración imperiales que en la creación de una disciplina académica coherente”. “History and present...”, 4.

científicamente el sentido social de la dominación, es decir, para naturalizar y justificar de las relaciones sociales capitalistas, las luchas entre sociedades y la expansión imperial.

Si bien estos aspectos constituyen las premisas y las condiciones en las que se enmarca la constitución de la figura disciplinaria que asumiría la geografía en el dispositivo universitario y de la cual prevalecen algunos rasgos hasta nuestros días. Cabe resaltar que hacia comienzos del siglo XX el enfrentamiento entre lo físico y lo humano en el interior de la geografía dio pie al desarrollo de sub-ramas derivadas y conglomeradas en torno a alguno de esos dominios, trastocando dicha figura. Pues como menciona Ortega, con ello la “geografía perdería su condición de disciplina con ambición de totalidad”²⁰⁸ en su objeto de estudio, el cual se secularizó en diversos campos de estudio “a veces inconexos y dispares, cada uno de los cuales adquiriría su propio perfil e individualidad”.

Sin embargo, lo que se conservó en cada uno de estos campos (tanto en los antiguos como en los nuevos, tanto en los humanos como en los físicos) fue la fuerte impronta naturalista inclinada, aunque con contenidos distintos, hacia una cientificidad positivista desde el punto de vista de la relación hombre-naturaleza, transformada más adelante en sociedad-naturaleza según los puntos de vista de “disciplinas de mayor calado conceptual y teórico”²⁰⁹. Ello derivó en la elaboración de formulaciones aún más contradictorias y enfrentadas que, aunque tenían el mismo fundamento epistémico al respecto de dicha relación, pusieron el acento en alguno de sus elementos: ya en la acción de la naturaleza sobre el hombre; ya en las transformaciones que hacía el hombre al medio o incluso, en la búsqueda del “equilibrio” en dicha relación a la manera de la ecología.

Pues, como afirma Peet, después de los años veinte del siglo pasado “cuando los asuntos de la dominación imperialista quedaron zanjados con la Primera Guerra Mundial” el hechizo sociobiológico (de corte evolucionista) se rompió y la naturaleza dogmática de sus generalizaciones se volvió de golpe poco convincente, haciendo que la geografía, por

²⁰⁸ Ortega, *op. cit.*, 290.

²⁰⁹ En torno a esta tendencia se formalizaron nuevos campos de la geografía vinculados por ejemplo con la demografía, la economía, y la sociología: la geografía de la población, la geografía económica, la geografía industrial, la geografía urbana, entre otras con poca o nula conexión entre ellas. *Idém.*

reacción, tomara una dirección incluso más acientífica, aunque no por ello menos funcional, en las décadas siguientes²¹⁰.

Pues si con la analogía orgánica la geografía pudo reducir lo humano a una suerte de funciones biológicas y de diferencias regionales que “sólo podían ser explicadas por variaciones raciales en las capacidades implantadas directamente por factores ambientales naturales”²¹¹; con el cambio de siglo y partiendo de esos supuestos, se intentó renovar el análisis mediante la explicación de los mecanismos y posibilidades de adaptación del hombre al medio, dando un papel activo a la «cultura» (entendida como las diferentes manifestaciones «imitativas o subconscientes» de modelado y transformación de la naturaleza por parte del hombre).

Aunque algunos consideraron que ello significó para la geografía el fin “del determinismo ambiental como la teoría hegemónica [y su] redefinición como «ciencia social» interesada por la «diferenciación espacial»”²¹². Lo cierto es que solo se trató de la inclinación de la balanza de la relación del materialismo al idealismo de la materialidad y de la naturaleza al humano; el cual “se convirtió en el «dominante ecológico», en una fuerza «que afectó el curso de la evolución orgánica»”²¹³ por su capacidad e inventiva para aprovechar o no los materiales; los límites y las posibilidades que le son impuestas por la naturaleza.

Pero, como hemos dicho antes, ya que los límites y las posibilidades reales de la reproducción de la existencia social son determinados por el modo en que la sociedad produce y consume, esto es –así en el siglo XIX como hasta nuestros días–, por el capitalismo; entonces la redefinición en la figura disciplinaria de la geografía a comienzos del siglo tuvo cabida por su capacidad para plantear situaciones como la pobreza, el hambre, la marginación y hasta el subdesarrollo como asuntos que tienen que ver más con la falta de iniciativa humana para aprovechar lo que dispone *naturalmente*, que con la dominación burguesa. Además de que ello permitiría dotar al espacio de un carácter o una personalidad subjetiva (positiva o peyorativa) propia que, similar a la de los individuos, se

²¹⁰ Peet, *op. cit.*, 159.

²¹¹ *Ibid.*, 161.

²¹² Peet, *op. cit.*, 169.

²¹³ *Idém.*

afirma como exaltación de independencia, libertad o de algún rasgo particular, independientemente de la existencia de relaciones de subordinación, jerarquía y de procesos generales del conjunto de la sociedad capitalista que determinan su condición diferencial.

En términos generales este tipo de acercamiento en geografía prevaleció hasta alrededor de los años treinta y cincuenta del siglo pasado, cuando las necesidades urgentes para la sociedad capitalista se volvieron hacia los problemas estatales y sociales internos. Ello abrió camino a una “versión regionalista de lo que a menudo ha permanecido como una agenda oculta determinista”²¹⁴, que pretendía dar solución a la relación sociedad-naturaleza, pero ahora en analogía con la física y a partir de la denominada *geometría espacial* “que generó un nuevo dualismo dentro del concepto de ambiente, entre naturaleza y sociedad”²¹⁵. Pues convertía al espacio en una superficie homogénea, funcional y estática en la que primaban los objetos físicos y en la que el humano no contribuía en nada, perdiendo así el interés irresuelto pero “original de la geografía por las siempre cambiantes cualidades de la superficie de la tierra y con los orígenes del comportamiento humano”

Como afirma Harvey²¹⁶, esta geografía tuvo cierta relevancia estatal en la medida en que constituyó un instrumento para la gestión de los procesos internos de desarrollo, crecimiento y gestión económicos; para la contención del descontento social y, por tanto, para la planeación (urbana, regional y sobre todo, ambiental) requerida en el contexto de la crisis posterior a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, como menciona Peet, si la renovación de lo ambiental fue la principal apuesta de la geografía, lo cierto es que se mantuvo en un plano secundario “justo cuando la relación entre sociedad y naturaleza entraba en estado de mayor contradicción y crisis durante los años 1960 y 1970. [Así] lo que debía haber sido el mejor momento para la geografía fue, en cambio, el momento de su fracaso absoluto”²¹⁷.

²¹⁴ *Ibíd.*, 170.

²¹⁵ Peet, *op. cit.*, 170-171.

²¹⁶ David Harvey, “What kind of Geography for what kind of public policy?”, *Transactions of the Institute of British Geographers* (1974) 18-24.

Consultado en: http://www.jstor.org/stable/621527?seq=3#page_scan_tab_contents

²¹⁷ Peet, *Ibíd.*, 171.

En ese sentido consideramos que, además de manifestar la ineficacia de buscar las claves teóricas de la relación social-natural de nueva cuenta en la ciencia positiva, este fracaso de la geografía fue producto de procesos sociales más amplios: del agotamiento de su figura disciplinaria en el dispositivo universitario. Pues como dijimos con anterioridad, esta fue la figura que asumieron los dispositivos cuando el medio principal de concretización del capital fueron los estados y cuando la geografía en particular, fue útil para ellos en virtud de su capacidad para naturalizar, legitimar e interiorizar el orden de la vida social a escala global y estatal, así como para generar –a partir de las diferencias en el desarrollo histórico– supuestas personalidades para los espacios que justificaran la necesidad de importación o exportación de «desarrollo».

Sin embargo, también hemos dicho que después la Segunda Guerra Mundial el capitalismo comenzó a sentar las bases para su reestructuración económica y política a escala planetaria cambiando en ese proceso sus medios de concretización y de reproducción, es decir, las formas, funciones y prácticas de los estados y de sus instituciones a favor del mercado mundial partiendo de las bases disciplinarias (de su redefinición o eliminación) que habían constituido diversos dispositivos en el marco del sistema de dominación burgués. En ese sentido, no es que el fracaso de la geografía fuera del todo producto de su incompetencia científica, sino de que su figura disciplinaria –que había sido de una importancia ideológica fundamental por más de un siglo– entraría de nuevo en un proceso de cambio, pero ya no en función del poder político condensado por el Estado, sino por el propio del mercado.

De modo que si anteriormente el estudio y la investigación en geografía, el tipo de geógrafo formado o bien los profesores que impartían la disciplina habían sido ahistóricos, acríticos y con una inclinación a la descripción, al pragmatismo y al empirismo con base en la relación sociedad-naturaleza, misma que imposibilitó “construir una base epistémica sólida, con categorías analíticas fuertes a partir de las cuales derivar un método de acercamiento que lleve a formular la supuesta síntesis”²¹⁸. A partir de la segunda mitad del siglo XX, estos procesos determinarían la emergencia y coexistencia de propuestas

²¹⁸ Georgina Calderón, “La geografía como ciencia social” en Martha Chávez, Octavio González y Ma. Carmen Ventura (eds.). *Geografía humana y ciencias sociales. Una relación reexaminada* (México: El Colegio de Michoacán, 2009) 381.

alternativas a la figura tradicional que había asumido la geografía en el dispositivo universitario, algunas para –implícitamente– reafirmar la disciplina; algunas para –explícitamente– negar no solo la disciplina, sino el sentido de la realidad misma.

III. II. CAMBIOS EN LA DISCIPLINA

Después de la segunda mitad del siglo XX la geografía atravesó un proceso de cambio que, acorde con la reestructuración mundial del capital, dio pie a la emergencia de alternativas a su figura tradicional dentro del dispositivo universitario. Sin embargo, antes de entrar de lleno a dicho proceso, es preciso mencionar un caso por lo demás representativo de las tendencias de las que antes hemos hablado y que, de acuerdo con Smith, en muchas ocasiones ha sido enfrentado por los geógrafos con incomodidad y con una postura defensiva por hacerlos cuestionar la relevancia de su quehacer en general y en particular, si ha sido o sigue siendo apropiada su práctica en la universidad, a saber, la eliminación del Departamento de Geografía Humana de la Universidad de Harvard en 1947.

A decir del autor este proceso puso de relieve una serie de conflictos personales y políticos entre miembros de comunidades contrapuestas, sin embargo, reconoce que la debilidad y la ambigüedad de la auto-concepción de la geografía, fue lo que hizo dudar de su relevancia universitaria. Sobre todo porque en esta universidad la geografía había emergido como un campo complementario en el Departamento de Geología que enfatizaba la geomorfología y la fisiografía, es decir, la llamada geografía física con la que “Harvard se convirtió en uno de los mayores centros de formación geográfica hacia finales de 1890 y 1928”²¹⁹, debido a la eficiencia con la que resolvió las demandas de cartografía y de estrategia militar durante el periodo de expansión geográfica de la frontera norteamericana.

No obstante, cuando la expansión espacial absoluta dejó de ser el medio más efectivo para la expansión económica estadounidense y se “anticipó una gran demanda de educación geográfica producto de los planes de reorganización económica interna y de

²¹⁹ Neil Smith, “Academic war over the field of Geography: the elimination of Geography at Harvard, 1947-1951”, *Annals of the Association of American Geographers*, 77, 2 (1987) 157.

extensión del papel norteamericano en los asuntos mundiales durante la postguerra²²⁰; se fortaleció –condicionado por el retroceso del determinismo ambiental y la emergencia de la rama humana– el interés por separar a la geografía de la geología. Separación que se concretaría en 1945 con la creación del Departamento de Geografía Humana; el cual presenció un crecimiento constante hasta 1947, cuando comenzaron dudas y reticencias por parte de la antigua comunidad de geólogos-geógrafos que veían que «la orientación de la geografía difería marcadamente de la geología».

Las dudas por parte de esta comunidad al respecto de la separación de la geografía se acompañaban del señalamiento de los problemas de tipo infraestructural y financiero que atravesaban diversas universidades después de la Segunda Guerra Mundial; así como del “cuestionamiento de la eficacia de la geografía” y más aún, de dudas sobre “si la geografía en general debía ser siquiera una disciplina universitaria”²²¹. Aunque como menciona Smith, estos puntos expresan un enfrentamiento mucho más profundo que tiene que ver con el uso que tradicionalmente se le había dado a la geografía como ciencia al servicio de la guerra y uno nuevo, perfilado en buena medida –pero no exclusivamente– a fines públicos o civiles.

A pesar de lo anterior, la discusión pública de los detractores se limitó a señalar que “el divorcio de la geografía física no tenía fundamento, ni un cuerpo establecido de principios, ni bases científicas y que en cambio tendía a rozar la superficie de otras disciplinas”. Cosa que parecía ser cierta en un tiempo en el que “las ciencias sociales eran vistas como el dominio de las izquierdas radicales; [...] como una máscara de la adscripción política”²²² y a pesar de que las bases intelectuales con las que se le quería dar fundamento social a la geografía recaían simplemente en señalar la relevancia política de establecer un puente entre las ciencias físicas y las sociales.

Y es que frente a los orígenes físicos de la geografía en Harvard que, a finales del siglo XIX, tuvieron que ver tanto con las influencias de la escuela alemana del determinismo ambiental como con consideraciones más pragmáticas vinculadas con su

²²⁰ *Idém.*

²²¹ Smith, *op. cit.*, 160.

²²² *Ibíd.*, 165.

capacidad práctica para resolver problemas de tipo ambiental y militar derivados de la expansión económica y política de los Estados Unidos. La geografía humana parecía no tener una utilidad práctica inmediata ni mucho menos evidente en lo tocante a la investigación, pues “su campo fue siempre definido de manera tan general que incluía virtualmente a todo, o tan estrechamente, que tenía muy poca *raison d’être* como cuerpo independiente”²²³.

Pues “incapaces de especificar un objeto particular de estudio alejado de los bordes de otras ciencias, los geógrafos humanos recurrieron a la afirmación tradicional de la disciplina que se resumía en sintetizar y en aportar una visión unificada de la «relación hombre-medio»”²²⁴ que vinculara la ciencias físicas y las sociales. Afirmación con la que se condenarían al desprestigio de comunidades de disciplinas como la economía, la historia, la antropología, la biología, la geología e incluso de misma geografía física, a las que les parecía que la ambición de cubrir todos los aspectos de dicha relación o la distribución espacial de los fenómenos no tenía bases sólidas “en los principios físicos que subyacen los fenómenos de la fisiografía y la climatología; ni un entrenamiento sistemático en los principios de la economía y la ciencia política”²²⁵.

Por eso menciona Smith que más allá de dar solución a problemas personales y políticos internos, lo que le necesitaba la geografía humana para defenderse de los cuestionamientos en torno a su función y su sustancia, era fuerza política. Aunque de antemano estaba imposibilitada a hacerlo debido a la debilidad institucional que produjo su falta de fundamentos intelectuales y de objetivos definidos, así como al bajo calibre de su cuerpo formado, tanto docente como estudiantil. En ese sentido, en voz del mismo autor, la disciplina estaba tan vulnerable administrativa e intelectualmente que «la guerra académica sobre el campo de la geografía» fue ganada con el primer disparo; pues bajo justificaciones de tipo financieras y con la condición de evaluar su pertinencia como cuerpo separado en el futuro, en 1948 se eliminó el Departamento de Geografía Humana de la Universidad de Harvard, mismo que hasta la fecha no ha vuelto a ser establecido.

²²³ *Ibid.*, 167.

²²⁴ *Ibid.*, 169.

²²⁵ Smith, *op. cit.*, 165.

Si bien este es sólo un caso particular entre muchos otros, nos resulta significativo porque anticipa la presión de las clases dominantes para cambiar la figura disciplinaria de la geografía en el dispositivo universitario y también, porque manifiesta la incapacidad que tuvo la geografía ya para permanecer o para realizar dicha transición en una de las universidades en las que había sido una de las principales abastecedoras científicas de ideología y de conocimiento militar para Estados Unidos. Y es que después de la Segunda Guerra Mundial este país comenzaría a preparar el terreno para posicionarse como la potencia hegemónica del mundo y, por lo tanto, para asumir el mando para la posterior mundialización del capital; la expansión relativa del espacio y la creación de medios (como las políticas económicas neoliberales) que debieron *destruir creativamente* todo, incluyendo las bases disciplinarias que configuraron dispositivos anclados a sistemas de dominación estatales.

De acuerdo con Harvey, antes de finalizar la primera mitad del siglo XX comenzaron a “abundar signos de cambios radicales en los procesos laborales, los hábitos de consumo, las configuraciones geográficas y geopolíticas, en los poderes y prácticas estatales y otros aspectos”²²⁶ que, por lo demás, dejaban ver un cambio en la forma general de reproducción y acumulación del capital; tanto en el ámbito de la producción (en el qué, cómo y quién produce) como en de la reproducción social y política (en los hábitos, las prácticas políticas y la formas culturales).

No obstante, para que “un sistema capitalista altamente dinámico, y consiguientemente inestable, adquiriera la apariencia suficiente de orden como para funcionar de forma coherente por lo menos durante un cierto periodo”²²⁷, debió establecer negociaciones que aseguraran su viabilidad al tiempo que se transformaba (en primera instancia con los mercados, que son los que fijan los precios; y en segunda, con la fuerza de trabajo que es la que garantiza la plusvalía y, por tanto, las ganancias). Lo cual se tradujo en la creación de las bases tanto materiales como simbólicas para la renovación del proceso de trabajo según las nuevas condiciones productivas impulsadas durante el boom de la postguerra.

²²⁶ David Harvey. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural* (Buenos Aires: Amorrotu, 1998) 143.

²²⁷ *Ibid.*, 144.

Esto, pues, corresponde al periodo industrial de producción y consumo masivos caracterizado, a partir de “cierto conjunto de prácticas de control [...], combinaciones tecnológicas, hábitos de consumo y configuraciones de poder económico-político”²²⁸, como fordista-keynesiano. El cual, a pesar de que se había iniciado desde la primera década del siglo XX en Estados Unidos, no se hizo extensivo sino hasta después de 1945 debido a que, por una parte, no habían habido condiciones en la totalidad del mundo capitalista para la aceptación de un sistema de producción que se apoyaba en largas jornadas de trabajo rutinario sin tener en cuenta la habilidades artesanales tradicionales ni la participación intelectual del trabajador en el proceso productivo.

Y por otra, a que fue necesario “el casi colapso del capitalismo [para] que las sociedades capitalistas impulsaran una nueva perspectiva en la concepción e implementación de los poderes estatales”²²⁹ que compensara la agudización de los efectos del mercado y de la guerra que se arrastraban desde tiempo atrás en diversas partes del mundo (como los daños al medio natural y social, la concentración, el monopolio, la carencia de bienes colectivos como salud, educación, infraestructura, etc.). Sólo así los gobiernos capitalistas pudieron “percibir el atractivo de una solución política en la que los trabajadores eran disciplinados en sistemas de producción nuevos y más eficientes, y donde la capacidad excedente era absorbida”²³⁰ mediante la producción de la infraestructura necesaria por parte del Estado para incentivar la producción y el consumo.

Si bien lo anterior representa la adopción de mecanismos de productividad e intensificación del trabajo, y de control e intervencionismo estatal como vehículos para el crecimiento económico de los países centrales y de sus corrientes de inversión en el extranjero. Es importante reiterar que este proceso, además de manifestar la centralidad de la tecnología y los nuevos métodos de trabajo para la renovación de las condiciones productivas, se acompañó de la conversión del trabajador y la cultura internacional a dichas condiciones mediante “la educación, el entrenamiento, la persuasión, la movilización de

²²⁸ *Ibid.*, 146.

²²⁹ Harvey, “*La condición de la...*”, 151.

²³⁰ *Ídem.*

ciertos sentimientos sociales [...] y tendencias psicológicas”²³¹ que engendraron las ideologías dominantes en instituciones tanto estatales como sociales.

Sin embargo, la peculiaridad de esta conversión es que fue dirigida principalmente “a ciertos sectores de la economía y a ciertos estados nacionales donde el crecimiento de la demanda se correspondía con las inversiones a gran escala en tecnología para la producción en masa”²³², en contraste con otros que seguían ligados a bajos salarios y escasa seguridad social. Por ello que más allá de lo que significó este proceso en términos de mejoras en la calidad de vida o de acceso a servicios, se definió por las desigualdades que produjo y por haber dado lugar a profundas tensiones, movimientos sociales y críticas contra-culturales por parte de los excluidos que se complicaban por la forma en que la raza, el género y la etnicidad podía determinar “quién tenía acceso al empleo privilegiado y quién no”.

En el mundo periférico en particular, a lo anterior se le añadía el señalamiento de que la prometida modernización y el desarrollo industrial estaban dando pie “a la destrucción de culturas locales, a una gran opresión y distintas formas de dominación capitalista a cambio de flacas ventajas [...] destinadas sólo a una elite local que colaboraba activamente con el capital internacional”²³³. Aunque como sostiene Harvey, lo único que pudo sacudir al sistema fue la recesión derivada de la industrialización de las periferias y de la caída de los precios del petróleo en 1973, es decir, la crisis que produjo la forma de acumulación que había permitido el boom y que ahora necesitaría ser fragmentada y redefinida en función de procesos y mercados laborales más flexibles, movilidad geográfica y, una vez más, rápidos movimientos en las prácticas de consumo, a saber, por el movimiento mundializado del capital.

Con lo anterior queremos expresar que frente a las condiciones productivas que prevalecieron después de 1945, la figura disciplinaria que regía a la geografía en el dispositivo universitario no pudo más que ser refuncionalizada de manera secundaria (o excluida, como pasó en Harvard) para la racionalización de los procesos internos de crecimiento, modernización y desarrollo económicos. Por ello se abocó a la búsqueda y el

²³¹ *Ibid.*, 146.

²³² *Ibid.*, 161.

²³³ Harvey, “*La condición de la...*”, 151.

establecimiento de unidades regionales que de acuerdo a su homogeneidad, función, organización, localización e influencia, tratarían de dar cuenta de las síntesis particulares de las leyes generales del ambiente o, en otras palabras, de la fórmula tradicional de la relación sociedad-naturaleza. Como dijimos antes esto sólo significó “el fracaso [de la geografía] en encontrar la clave teórica para develar los secretos de su más profunda cuestión”²³⁴: la ambiental, en un momento de depredación desmedida de la sociedad y de la naturaleza por parte del capital y, sobre todo, en el que su figura disciplinaria se mostraba agotada para las finalidades del sistema dominación.

Pues, de acuerdo con Harvey, la solución de los problemas que sugería la reconstrucción económica interna y externa durante este periodo (1945-1973) recayó en gran medida en solventar las demandas de infraestructura productiva y reproductiva por parte de disciplinas como el urbanismo, la arquitectura y otras que, con una impronta ideológica menos evidente y mucho más funcionalista, resultaron complementarias y determinantes para los cambios en la forma de acumulación e incluso, para el «giro cultural» hacia el posmodernismo que se presenció a partir de los setenta.

Y es que para entonces el capitalismo dejó ver una nueva tendencia hacia “la fragmentación y a lo efímero, [cuya] dificultad residía en encontrar [...] una mitología estable, expresiva de sus valores y sentidos intrínsecos”²³⁵, misma que se depositó en la evocación de la tradición, la memoria colectiva, la región, el lugar y la identidad cultural, es decir, en la exaltación de los diversos sentidos subjetivos al respecto del tiempo pero, sobre todo, del espacio. Contradictoriamente ello impulsó serios cuestionamientos en torno a la “significación de las prácticas espacializantes en la arquitectura, el diseño urbano y la historia”²³⁶, las cuales se habían naturalizado de tal modo que su entendimiento favorecía únicamente su sentido objetivo para el sistema y no así, el sentido que tenían para la sociedad o los sujetos que las perciben, imaginan, las apropian y las recrean cotidianamente.

²³⁴ Peet, *op. cit.*, 171.

²³⁵ Harvey, “*La condición de la...*”, 242.

²³⁶ *Ídem.*

No obstante, lo anterior era solo la manifestación de una crítica mayor: la *posmoderna*, dirigida a señalar la excesiva rigidez y la escasa sensibilidad a la diversidad humana que prevalecía en los marcos conceptuales y las grandes teorías de las disciplinas que configuró la modernidad capitalista, las cuales se mostraban insuficientes para explicar los cambios sociales, así como las nuevas formas de ver y representar lo que se pensaba como el fin de una era, pero que no fue más que el tránsito de la reproducción y acumulación del capital a formas más flexibles. Pues como menciona Žižek “el sujeto y el objeto están inherentemente «mediados», de manera que un «cambio epistemológico» en el punto de vista de sujeto siempre refleja un cambio «ontológico» en el propio objeto”²³⁷.

En ese sentido, las ciencias sociales comenzaron a tomar caminos distintos (hacia la heterogeneidad, las experiencias individuales, los signos, la cultura etc.) a los que habían seguido sus configuraciones disciplinarias para distanciarse de las interpretaciones tradicionales y con ello, posicionarse en conflicto y *diferencia* con ellas. Esto despertó un nuevo interés en la llamada teoría social crítica por la deconstrucción simbólica, la notación discursiva y la semiótica como medios para dar cuenta de la condición de las sociedades «postindustriales» (consideradas como aquellas en las que los estados, apoyados de técnicas y tecnologías, cambiaron sus funciones y administración a favor de empresas transnacionales)²³⁸.

Al principio este interés traía implícito el reconocimiento de un complejo vínculo entre el nuevo orden económico y la emergencia de formas de organización social y política caracterizadas por tener una “proyección más geográfica que histórica” debido a lo que significó la mundialización del capital en materia de comunicaciones y transportes, la escala del poder, la responsabilidad sobre los eventos globales y el desarrollo económico desigual²³⁹. Sin embargo, más adelante ello condicionaría un cambio o, en voz de Smith, un «giro geográfico» en la teoría social, con el que el espacio se posicionaría el lenguaje explícito y prioritario para interpretar lo social desde la perspectiva posmoderna.

²³⁷ Žižek, *op. cit.*, 255.

²³⁸ Cfr. Jean-Francois Lyotard. *La condición posmoderna* (Madrid: Cátedra, 1988).

²³⁹ Neil Smith, “Geografía, diferencia y las políticas de escala”, *Terra Livre*, 18 (19) (2002) 131.

Pese a ello destaca que el apuntalamiento de esta nueva sensibilidad geográfica y la renovación del interés por el espacio dependió más de la introducción de metáforas espaciales por parte de la teoría social y la crítica literaria posmodernas, que de la geografía misma. Aunque este acercamiento e intercambio de ideas fue tal, que permitiría a la geografía –cuyo desarrollo previo no había sido considerado por el resto de las ciencias sociales– insertarse en las discusiones de la teoría social crítica; de manera que si esta última despuntó con una fuerte impronta geográfica, la geografía lo hizo con una fuerte impronta posmoderna. Es así que durante las últimas décadas del siglo pasado las rígidas estructuras del historicismo (en las que preponderaba el tiempo sobre el espacio) y de los discursos totalizadores que prevalecieron en el modernismo, terminaron de ser transformados a favor de la reafirmación del espacio y sus diferencias²⁴⁰.

Y es que frente a la supremacía del valor económico sobre los valores éticos que acompañó la reestructuración del capital, los estudios posmodernos encontraron en lo *diferente* un medio para plantear la diversidad de posiciones relativas desde las cuales el individuo concibe y construye el mapa de su mundo, es decir, su espacio desde una perspectiva que, en contraste con la concepción absoluta –en la que estaba dado por hecho y fetichizado–, lo concibe como el mosaico inmaterial en el que las relaciones sociales entre las personas son transferidas de manera subjetiva, individual y diferencial privilegiando su intuición, sus sentimientos y sus significaciones²⁴¹.

De ese modo se presenció en la geografía o por lo menos en una parte de ella, un vuelco hacia lo cultural caracterizado, entre otras cosas, por reconsiderar la relevancia del espacio en los procesos sociales, por la apreciación de la diversidad y la diferencia, por los cuestionamientos al respecto de la relación del conocimiento geográfico con la acción social y por la proliferación de nuevos tópicos de investigación con bases epistémicas distintas (humanistas, fenomenológicas, existencialistas, etc.) que intentaban hacer frente al racionalismo positivista y neopositivista e incluso, a las presunciones ideológicas y

²⁴⁰ No obstante, coincidimos con Doreen Massey en que no se trataba de refirmar lo espacial en contra del tiempo, sino de “pensarlos como dimensiones *muy diferentes*, pero necesarias la una para la otra, y de igual importancia” para analizar la sociedad capitalista. Patria Román y Alejandra García, “Hay que traer el espacio a la vida. Entrevista con Doreen Massey”, *Signo y Pensamiento*, XXVII (53) (2008) 331.

²⁴¹ Smith, “Geografía, diferencia...”, 137.

tecnocráticas que habían prevalecido en los discursos analíticos de los planteamientos geográficos tradicionales.

Sin embargo, de acuerdo con Ortega, esto tuvo como fundamento “la recuperación de la tradición geográfica regionalista y cultural, y con ella los viejos conceptos geográficos” como región, paisaje, lugar y medio considerados ahora como contextos para comprender la conducta espacial de los individuos y las comunidades “desde la consideración de estos contextos como totalidades”²⁴², es decir, como piezas capaces de dar cuenta por sí mismas de una parte, distinta al resto, del mosaico inmaterial del espacio. Lo cual, según el mismo autor, llevó a una ingenua reivindicación o recuperación de lo ideal como “una renovada afirmación de la subjetividad que, con todas sus prerrogativas, ayudara a desterrar anteriores equívocos y a valorar [...] el punto de vista, complejo y fecundo, heredado de la tradición moderna del conocimiento geográfico”²⁴³.

A pesar de que el autor no emite mayor juicio al respecto, nos parece que su comentario sintetiza algunas de las contradicciones que atravesó la geografía en ese contexto y que resultarían centrales para que asumiera una nueva figura en el dispositivo universitario. Entre ellas posiblemente la más profunda se desprende del reciclaje de una tradición más bien abstrusa que resultó en la transferencia de los sentidos de la relación hombre-medio o sociedad-naturaleza hacia la idealización subjetiva de sus componentes y la segunda; su vocación decididamente crítica frente a la “sedicente objetividad del análisis geográfico a partir de *modelos* y teorías espaciales que se enfrentaba a un contexto real de desigualdad, de ineficiencia y de injusticia”²⁴⁴. La cual, sin embargo, se limitó a exaltar las diferentes vivencias, experiencias, emociones, sensaciones, concepciones y pensamientos entre individuos o colectivos al respecto de dicha relación en medio de la turbulencia social que tuvo lugar después de la década de los setenta.

Aunque ello representó una alternativa a las propuestas tradicionales que resultó mucho más productiva y de interés para el resto de las ciencias sociales, consideramos que su relevancia radica en lo que significó para cambiar el fundamento de poder y de saber

²⁴² Ortega, *op. cit.*, 301.

²⁴³ *Ibid.*, 300.

²⁴⁴ Ortega, *op. cit.*, 300.

imbricado en su figura tradicional (es decir, la disciplina) que había sido el cimiento ideológico del proyecto civilizatorio, de la forma de organización social y de las subjetividades al respecto de la geografía que condensaron los estados modernos en sus procesos de desarrollo y madurez. Y el cual ahora se volvería a favor de las nuevas formas de poder político y de pensamiento dominante que impuso la mundialización del capital para el control y mantenimiento del orden social en el conjunto de los sistemas de dominación estatales.

Pues a pesar de que es cierto que este tránsito partió de las bases disciplinarias previas, el hecho es que en el intento de darles un sentido distinto –ya idealista o subjetivo– e independientemente de su vocación crítica, no pudo abandonar “la procedencia de carácter ambiental que cultivaba en las relaciones hombre-medio”²⁴⁵. Lo cual resultó determinante para que el cambio de figura de la geografía contribuyera a invisibilizar o desviar la atención del fuerte sentido económico y político que tenía de trasfondo el cambio social, es decir, la agudización de las disparidades entre clases sociales y naciones, la explotación, la dominación y el despojo a gran escala. Y más aún, a hacer extensiva al resto de las ciencias sociales esta visión positiva al respecto de la libertad con la que los sujetos expresan sus diferencias en el espacio, en un momento en el que “la esfera de la libertad se encoje ante la terrible lógica y la vacía intensidad de las ligaduras del mercado”²⁴⁶.

III. III. NEGACIÓN Y DISCURSOS IDEOLÓGICOS

Al respecto de lo que planteamos en el apartado anterior, coincidimos con Smith en que la alternativa que abrió la posmodernidad permitió empoderar y atender el llamado de un gran número de voces subalternas que no habían sido escuchadas desde su condición de etnia, género, sexo, raza o empleo y, lo más importante, que al mismo tiempo representó una vía crucial para que posteriormente “la geografía, habiendo estado muerta durante la mayor parte de ese siglo, experimentara un exitoso renacer político”²⁴⁷ a partir de la relectura no

²⁴⁵ Calderón, *op. cit.*, 390.

²⁴⁶ Harvey, “*Breve historia del...*”, 204.

²⁴⁷ Smith, “Geografía, diferencia ...”, 130. Como afirman Peet y Thrift, no es que antes no hayan habido respuestas a los planteamientos tradicionales, pues incluso el determinismo ambiental de finales del siglo XIX

solo crítica, sino también radical, de los planteamientos posmodernos en Estados Unidos y posteriormente en Europa y el resto del mundo.

Esta consideración de Smith resulta de gran importancia porque en ocasiones se considera que la «geografía radical» fue únicamente una respuesta a la práctica analítica y neopositivista de mediados del siglo XX, en la medida que significó una “reacción personal de geógrafos particulares ante las contradicciones entre la práctica geográfica y los problemas más relevantes de la sociedad americana en el decenio de 1960”²⁴⁸. Pues aunque es un hecho que ello permitió poner por primera vez en cuestión la relación entre los planteamientos y la ideología que había perseguido la disciplina, lo cierto es que estas críticas fueron acalladas por el anticomunismo de la época; y que fueron necesarias las alusiones y la introducción de metáforas espaciales posmodernas durante el periodo de reestructuración económica-política del capital para que la geografía en la década siguiente pudiera definirse como una ciencia social y reorientar su “foco de atención hacia temáticas como la pobreza, la acumulación capitalista y con ello, al análisis de los espacios desiguales que el mismo sistema crea”²⁴⁹.

Como mencionan Peet y Thrift, el surgimiento de este punto de vista social en geografía y su expansión en la enseñanza superior fue respuesta a por lo menos dos manifestaciones de la crisis mundial del capitalismo. La primera, derivada de los problemas armados, crisis económicas, revoluciones socialistas y dictaduras militares suscitados en los países periféricos (desde Cuba hasta Vietnam); y la segunda, del surgimiento de movimientos sociales urbanos en diversos países centrales (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania, etc.). Pues ello puso de relieve el carácter generalizado de la crisis capitalista y la necesidad de reconocer la producción, el modo de vida y las desigualdades que esta genera.

De manera que algunos de los geógrafos que estuvieron activos en los movimientos socio-políticos de finales de la década de los sesenta, incluyendo algunos de los que habían buscado la cientificidad de la geografía en formulaciones positivistas y liberales,

generó respuestas anarquistas en países como Rusia y Francia, sino que por primera vez la crítica se asumió como política. *New models in Geography. Volume II* (Londres: Unwin Hayman, 1989) 4.

²⁴⁸ Ortega, *op. cit.*, 311.

²⁴⁹ Calderón, *op. cit.*, 392.

comenzaron a considerar la urgencia de hacer de su práctica “parte de una teoría general que enfatiza la producción social de la existencia”²⁵⁰ así como las finalidades que, ocultas tras las teorías y metodologías convencionales, habían hecho que su actividad perpetrara injusticias y transformaciones sociales. Por lo anterior, fue fundamental el acercamiento y la influencia en geografía de distintas posturas marxistas de ciencias como la economía, la sociología y principalmente, la filosofía para comprender al espacio no solo como un objeto científico, sino como una dimensión más de la vida social, política y económica que se ha desarrollado en el marco del capitalismo²⁵¹.

Sin embargo, fue debido a que los problemas políticos se agudizaron a mediados de los setenta producto del crecimiento del desempleo, la inflación, de la caída de la producción y de los precios del petróleo, es decir, de la recesión económica mundial, que “los geógrafos radicales se volvieron progresivamente al análisis de Marx”²⁵², para examinar críticamente desde la geografía casi todos los aspectos de la vida capitalista; desde la situación de las mujeres, los *ghettos*, las enfermedades mentales, la vivienda, las áreas rurales; hasta la industria, la planeación, el trabajo migrante, entre muchos otros que ponían de manifiesto “que los principios de la justicia social tenían cierta relevancia para la aplicación de los principios espaciales y geográficos en la planeación urbana y regional”²⁵³.

Pese a ello, la aproximación de la geografía al marxismo se dio en principio en torno a ciertas corrientes de interpretación dominantes en la época (fundamentalmente la estructuralista, derivada de los planteamientos de Althusser) y, posteriormente, a la obra de Marx. En voz de Peet y Thrift, esto se debió a que el efecto que tuvo la recesión mundial – especialmente sobre los países socialistas– hizo que las corrientes ortodoxas dentro del marxismo comenzaran a ser objeto de críticas y cuestionamientos al respecto de su contenido revolucionario. Sin embargo, lo relevante es que, pese a ello, las “posturas marxistas y otras relacionadas continuaron floreciendo en geografía”; y que en general, el

²⁵⁰ Peet y Thrift, *op. cit.*, 12.

²⁵¹ No obstante, para Peet y Thrift el amplio espectro de perspectivas contestatarias que emergieron después de 1960 “pueden ser rastreadas con la emergencia y la aceptación generalizada de una serie de modelos que tienen una raíz común en la noción de que la sociedad es mejor entendida como economía política”. De ese modo agrupan la diversidad de respuestas humanistas, existencialistas, estructuralistas y las propiamente marxistas que se presenciaron en geografía durante las últimas décadas del siglo XX. *Ibid.*, 3.

²⁵² Peet y Thrift, *op. cit.*, 6.

²⁵³ David Harvey. *Social justice and the city* (Oxford: Basil Blackwell, 1993) 9.

“marxismo y otras interpretaciones de la economía política fueron aceptadas por lo menos como un punto de vista válido”²⁵⁴ en las ciencias sociales.

En la geografía fue particularmente inusual que se considerara siquiera la lectura de Marx y del marxismo –sobre todo porque anteriormente esto habría sido objeto de repulsión académica e incluso personal–, pero lo cierto es que ello permitió comenzar a cuestionar la historia, la política, la cultura, la ideología y sobre todo, darle por primera vez una lectura social a la naturaleza, es decir, a la relación social-natural entendida “como la condición universal de interacción metabólica entre el hombre y la naturaleza”²⁵⁵ que, mediada por el trabajo en condiciones históricas específicas, determina la producción material de la vida y de las relaciones entre las personas. Pues como afirma Smith:

en su constante camino para acumular bajo su control mayores y mayores cantidades de riqueza social, el capital transforma la forma del mundo entero, no deja piedra sin voltear, ninguna cosa viva pasa inadvertida. Esto se extiende a los problemas de la naturaleza, del espacio y del desarrollo desigual, vinculados en conjunto por el capital mismo.²⁵⁶

Lo anterior propició el reconocimiento de la relación que guardan los procesos sociales con la dinámica espacial, con la teoría e incluso con la naturaleza del conocimiento geográfico y la investigación científica en general. Lo cual dio pie a “un enfoque más sofisticado, en el que el espacio es presentado como relativo en lugar de absoluto” y en el que, a diferencia de las posturas posmodernas, no está separado del dominio material que rige los objetos, eventos y relaciones sociales, pues se considera que “es precisamente el orden de este dominio material lo que constituye espacio”²⁵⁷ y diferencias. Esto, por tanto, abrió la posibilidad para que la geografía pudiera lidiar con sus traumas más antiguos: la indefinición de su científicidad social, la incapacidad para comprender desde un sentido social la naturaleza y la dependencia a la cartografía como instrumento de representación y análisis predilecto.

²⁵⁴ Peet y Thrift, *op. cit.*, 7.

²⁵⁵ *Ibid.*, 8.

²⁵⁶ Neil Smith. *Uneven development: nature, capital and the production of space* (Oxford: Basil Blackwell, 1984) 14.

²⁵⁷ Smith, “Geografía, diferencia...”, 136.

En ese sentido, el trabajo de autores como Manuel Castells pero especialmente el de Henri Lefebvre²⁵⁸ proporcionaron muchas pistas a los geógrafos para comprender que el capitalismo logra sobrevivir ocupando y produciendo su propio espacio a partir de una tendencia, mediada por la relación capital-trabajo, que apunta a la igualación, a la diferenciación y a la lucha constante entre diferentes modos de reproducción del espacio: los propios de las instituciones económicas del capital, los del Estado y los de la actividad de la vida cotidiana. Y que por tal motivo, el espacio –como toda producción entendida en su sentido marxista– al ser producido dentro y como parte de relaciones sociales históricamente determinadas que se despliegan por igual en lo objetivo, lo simbólico y lo social; conjuga prácticas materiales, representaciones simbólicas y posibilidades de imaginarle nuevos sentidos –dentro o fuera– de los prevalecientes, en un enfrentamiento brutal y violento que intenta borrar todo tipo de relaciones sociales que no encajen, que resistan o que le subviertan.

De modo que “desde esta perspectiva, el espacio absoluto es sólo una de las múltiples conceptualizaciones del espacio geográfico”²⁵⁹; y el relativo a la manera humanística o posmoderna, es otra de las cuales han respondido a diferentes necesidades, usos ideológicos y momentos de cambio de un proceso social unitario. Por eso coincidimos con Smith que es importante cuestionar si nuestras concepciones al respecto del espacio resultan apropiadas para entender la especificidad de la geografía que ha producido capitalismo en fechas recientes, “la cual ahora se desarrolla irregularmente por la relativa expansión geográfica en lugar de absoluta”²⁶⁰. No obstante, no debe entenderse que la radicalidad de la geografía se defina por la unificación de lo tradicional y lo nuevo, sino como menciona Calderón, por hacer al

espacio como producción la figura más novedosa del espacio como objeto de estudio de la geografía, sobre todo porque recupera otro aspecto absolutamente olvidado por la geografía tradicional [y posmoderna]: el carácter político de la actividad social que había quedado escondido, a partir de un

²⁵⁸ Andy Merryfield menciona que lo *espacial* en la obra de Lefebvre representó la madurez de sus ideas en torno a la ruralidad, la ciudad, la vida cotidiana, el Estado y otros temas en un momento (1968-1974) en que el espacio comenzaba a convertirse en el sentido común del mundo. Con ello sugiere que “fue el estado del mundo, contrario al estado de su mente, lo que dio lugar a su compromiso intelectual y lo que le alentó a dirigir su objeto marxista-histórico hacia una teoría general de la producción espacial”. *Henri Lefebvre. A critical introduction* (Nueva York: Taylor & Francis, 2006) 100.

²⁵⁹ Smith, “Geografía, diferencia...”, 136.

²⁶⁰ *Ídem.*

ejercicio profesional y de un discurso académico, en una descripción inocente y con supuesto perfil neutral.²⁶¹

Esto, pues, lleva a comprender que la finalidad de la geografía radical y marxista, no se agota en la necesidad de revolucionar los discursos teóricos al respecto del espacio, sino que se extiende a revolucionar la organización social misma²⁶², pues entre otras cosas, ella determina y es determinada por el modo en que el espacio se experimenta, se percibe y se imagina, es decir, se produce. Lo cual resulta de gran relevancia porque, como menciona Lefebvre, vivimos en un tiempo en el que, como nunca antes, “la lucha de clases se inscribe en el espacio [y en el que esta lucha] tiene la capacidad para generar diferencias que no sean intrínsecas al crecimiento económico, o sea, que no surjan de ese crecimiento económico ni sean aceptables para él”²⁶³.

De modo que más allá de no dar continuidad a los planteamientos tradicionales o de releer críticamente los posmodernos; lo que ha hecho la geografía radical o marxista en el dispositivo universitario lo leemos como una acción de *negación* a los fundamentos de poder y de saber implicados en ambas figuras, es decir, al fundamento cambiante que rige a la dominación capitalista en diferentes momentos. Lo cual permite invertir las apariencias objetivas o subjetivas con que se afirma tanto el espacio como la sociedad misma, y más aún, de comprender la necesidad de transformar la lógica que les da sentido, sin que esto implique desconocer la importancia de la división del trabajo dentro de la universidad en tanto que ella permite dirigir el análisis a dimensiones y dinámicas específicas ancladas a la totalidad social con un objetivo que resulta tanto político como científico.

Cabe mencionar que el acercamiento de la geografía al marxismo no fue un caso aislado sino, hasta cierto punto, una respuesta generalizada del resto de las ciencias sociales ante las transformaciones económicas, políticas y sociales que tuvieron lugar después de la segunda mitad del siglo XX, misma que se retroalimentó de la participación de estudiantes

²⁶¹ Calderón, *op. cit.*, 394.

²⁶² Esto, menciona Echeverría, es lo que hizo Marx al elaborar sus exposiciones científicas con base en “una estrategia argumentativa que destruye desde adentro a las categorías propias de la ciencia económica moderna [y] que hace posible reconocer la realidad de lo que es la producción, la circulación y el consumo de la riqueza social [...] pero venciendo los obstáculos que a esta descripción de verdad le opone el hecho de que se hace con un aparato lingüístico que está sobredeterminado por la presencia capitalista”. “La actualidad del...”, 81.

²⁶³ Citado en Harvey, “*La condición de la...*”, 264.

y académicos en movimientos contestatarios dentro y fuera de las universidades²⁶⁴. Como hemos dicho, el que haya ocurrido esta reacción (teórica y política) en la universidad fue motivo de una gran represión por parte de los diferentes estados, ya que representó la pérdida relativa o parcial del control del sistema de dominación e incluso la posibilidad de hacer colapsar al mismo Estado, debido a su capacidad para negar las funciones, así como los fundamentos de saber y de poder a los que habían respondido sus figuras dispositivas, tanto en los encaminados a establecer las bases para la normalización de la vida social como en los enfocados a mantener el control sobre ella.

Al respecto de lo que hemos planteado en los últimos apartados resta decir, por una parte, que nuestra intención no ha sido elaborar un análisis exhaustivo de la historia del pensamiento geográfico, sus autores o sus conceptos, sino más bien, reconocer las tendencias y las finalidades sociales que ha seguido su desarrollo universitario en diferentes momentos históricos mediante la configuración de distintas figuras dispositivas. Y por otra, que en la geografía –como en el resto de las ciencias sociales– los productos de dichas tendencias y finalidades no son rebasados o superados de manera progresiva ni cronológica, sino que coexisten incluso hoy en día según las figuras dispositivas que representan. Sin embargo, como veremos a continuación, pareciera que el cambio de figura que ha atravesado la geografía acorde con las transformaciones del dispositivo universitario ha desatado una tendencia, agudizada a partir de los ochenta, a transformar los productos subjetivos de sus figuras dispositivas (antiguas y recientes) mediante el llenado de ideología económica.

Lo anterior sugiere el mantenimiento de la estructura de las figuras *disciplinaria* y de *control* en términos de los abordajes, temáticas y técnicas que las sustentaron pero, al mismo tiempo, la pérdida de la continuidad del desarrollo de sus fundamentos de poder y de saber, y en ese sentido, de la interiorización subjetiva de lo que representaron. Es decir, que lo que pudieron significar sus ideas y planteamientos para la inteorización de un orden

²⁶⁴ Cabe recordar frente al deterioro de la situación del proletariado, de los grupos medios e incluso de la pequeña burguesía que se presenció a finales de los sesenta, la movilización política estudiantil y universitaria apuntaba al señalamiento de la insatisfacción de la creciente demanda, de su funcionalidad al sistema e incluso, como apunta Echeverría, a razones profundas tratadas de maneras “más sutiles, más imperceptibles que conciernen a la emancipación de los trabajadores en lo más hondo de su condición humana”. “Sobre el...”, 6.

de gobierno de concreción estatal y de subjetividades afines a ello, en la actualidad carece de relevancia. Lo cual, como menciona Žižek, ha sido producto de la crisis de la forma del discurso de la universidad que constituyó la estructura discursiva básica de la modernidad capitalista²⁶⁵; y que nosotros hemos planteado en términos de apropiación cognoscitiva de la naturaleza, de nominalización fragmentaria del saber y de interiorización subjetiva sobredeterminadas por el capital.

De manera que como producto de esta crisis se observa que han ido desapareciendo los objetivos que persiguió el dispositivo universitario en los sistemas de dominación estatales: “no solo ofrecer soluciones a los problemas planteados por la «sociedad» (el Estado y el capital), sino [también] reflexionar sobre la misma forma que adoptan estos «problemas», reformularlos y discernir [...] la forma en que percibimos semejantes problemas”²⁶⁶. Y es que los explosivos acontecimientos que han tenido lugar desde 1968 son, “en última instancia, el resultado de un cambio estructural de la textura social y simbólica moderna” que, después del declive del fordismo y con el comienzo de la mundialización del capital, ha abandonado y sustituido la organización social por una red que sacrifica el bienestar de los estados en aras de la comunidad mundial, la cual ocupa ahora el papel de significante “de la verdad en cada instante de la existencia”²⁶⁷.

Es decir que si la universidad cumplió un papel central en la producción de la *verdad* sobre la realidad y el conocimiento que concretaron los estados modernos; ahora vemos que opta por reproducir una “gran verdad colectiva” que apoyada de una retórica igualitaria, anti-jerárquica y presuntamente liberada de los tintes ideológicos que marcaron la lucha del capitalismo con el socialismo realmente existente, supone un desconocimiento y despolitización cada vez mayor del sujeto. En la medida en que esta verdad parece alejarse de cualquier tipo de teorización explícita (que determinaría un entendimiento específico de la realidad y del conocimiento, así como una figura dispositiva específica) y dar paso a un nuevo crisol de posibilidades de elección para el sujeto, fundado en la iniciativa, la autonomía y la libertad de «elección» de diversas formaciones discursivas.

²⁶⁵ Žižek, *op. cit.*, 365.

²⁶⁶ Žižek, *op. cit.*, 421.

²⁶⁷ *Ibid.*, 363-364.

Sin embargo, no se trata de plantear que este predominio de la libertad de elección sea simplemente la manifestación o el reflejo fiel de la sociedad contemporánea en el sentido de que si esta se rige por una producción material y simbólica incesante, la esfera de la libertad queda, por tanto, reducida a la elección de lo que se consume; sino de analizar “cómo esos aspectos [...] fueron integrados con éxito por la ideología capitalista hegemónica”²⁶⁸ mediante una movilización creciente de experiencias y preocupaciones que hacen referencia a ser parte de un gran movimiento colectivo a partir de lo que consume – sea material o simbólico– e independientemente de que la forma actual en la que se ejerce el poder político (la explotación y el dominio) tienda cada vez más a privar al trabajador, precisamente, del consumo.

Echeverría ejemplifica uno de los medios con los que se integraron estos elementos con la «exportación» de Estados Unidos a Europa y, posteriormente al resto del mundo, “de un invento muy peculiar que consiste en un dispositivo civilizatorio hasta entonces desconocido en la historia de la modernidad”²⁶⁹: la edad de la adolescencia o juventud. El cual derivó en el reconocimiento de la sociedad burguesa de la especificidad de un periodo de la vida caracterizado por ciertos rasgos “ético-psicológicos como la irreverencia, la iconoclasia, el innovacionismo radical [y por] ese carácter, como ella suele decir, del «revolucionario que todos somos a los veinte años, pero que dejamos de ser cuando la vida nos obliga a sentar cabeza»”²⁷⁰.

Esto, pues, consistió en la permisividad por parte del capital de lo que en otro momento le habría sido un sinsentido: del carácter revolucionario en la vida del sujeto (acotado a cierto periodo de 5 o 6 años) para ponerlo al servicio de una tarea especialmente diseñada para él y que es positiva “para el *aggiornamento* de las nuevas costumbres de la sociedad y que debe servir para fomentar el progreso”, borrar el pasado, luchar contra todas las formas que obstaculizan la vida burguesa mundializada y para contagiar este carácter al resto de la población, porque al fin de cuentas, “todo aquello que fue revolución, rebelión, impugnación e iconoclasia pudo convertirse fácil y rápidamente en innovación racional

²⁶⁸ *Ibid.*, 368.

²⁶⁹ Esta fue “una innovación que iba más allá de la idea productivista tradicional que prevaleció en la modernidad europea, según la cual los años de juventud debían ser años de una transición rápida, de un periodo de vertiginosa iniciación”. “Sobre el...”, 2.

²⁷⁰ *Ibid.*, 3.

depuradora, útil para mantener y fortalecer la continuidad de la vida social recientemente establecida”²⁷¹.

De ese modo le fueron impuestas a la juventud una serie de características entre las que prima la irreverencia que distingue su libertad de elección y expresión, la autenticidad personal o la exacerbación de la calidad de sus experiencias “sin ninguna coloración ideológica directa”²⁷² pero movidas, sin embargo, por los motivos de diferentes discursos – como la ecología, la solidaridad o sin más, la preocupación por la naturaleza, los enfermos, los pobres y los despojados– que manifiestan el funcionamiento de la economía (en contraste con su reflejo estatal) como nuevo modelo ideológico, el cual debido a que ya no se posiciona en individuos preideológicos sino en sujetos, “no puede hacer otra cosa que aparecer como ausencia de ideología”²⁷³.

Lo anterior no quiere decir que las situaciones a las que apuntan los motivos de dichos discursos no sean relevantes o producto de la misma sociedad burguesa, sino lo que se pone en cuestión son los mecanismos ideológicos que los sustentan. Pues a pesar de que anteriormente toda formación discursiva había tenido un sentido apologético al capital en tanto que el código lingüístico y la lengua que las producen están subordinados a la estructura técnica del proceso de valorización del capital; ahora manifiestan que “la carga-excedente de significado [o la sobredeterminación procapitalista] que soporta nuestra vida diaria se está volviendo cada vez más palpable”²⁷⁴.

A decir de Žižek, este proceso ha reposado en el establecimiento de una relación entre consumismo (responsable) y altruismo (caritativo) convertida en una relación mercantil que sostiene diversos significados sobredeterminados por el capital y propicia el nuevo telón de fondo sobre el que se experimenta el «mundo» cuando se opta por alguno de esos discursos. Los cuales impulsarán al sujeto a “hacer algo por ayudar” de una manera tan general y abstracta, que no requieren hacer alusión a algún posicionamiento político fundamentado: ¿hacer al capitalismo más ético?, ¿más verde?, ¿más “socialmente responsable”? Es así que la actualidad la elección de estos discursos se presenta como

²⁷¹ *Ídem.*

²⁷² Žižek, *op. cit.*, 366.

²⁷³ Žižek, *op. cit.*, 424.

²⁷⁴ *Ibid.*, 367. *Cfr.* Echeverría, “La actualidad del...”, 79.

fundamental, pues ella determina la libertad para expresar el compromiso ideológico preferido del sujeto, el cual estará respaldado y regulado por una “compleja red de condiciones legales, educativas, éticas, económicas y demás”²⁷⁵ para su ejercicio.

De este modo ha sido posible para el capital plantear problemas como la pobreza, el calentamiento global e incluso la restricción de acceso a salarios o seguridad social como cuestiones que tienen que ver con la elección personal, el compromiso, la responsabilidad individual o con la necesidad de cambio de estilo de vida hacia formas más austeras, sanas e introspectivas. Además de que con ello se nos dice, como si las condiciones de sobreexplotación en las que se trabaja permitieran siquiera decidir sobre eso de manera voluntaria, que aceptemos las limitaciones de la realidad, que dejemos los actos políticos colectivos, la esperanza en el Estado de bienestar y que no nos alejemos del mercado. Por eso afirma Žižek que “aunque supuestamente vivimos en una sociedad de elecciones, las elecciones que se nos presentan son realmente triviales, y su proliferación enmascara la ausencia de verdaderas elecciones, de unas elecciones que cambiarían las características básicas de nuestras vidas”²⁷⁶.

A decir del mismo autor, lo anterior no se debe a que no tengamos un conocimiento suficiente que nos permita tomar mejores decisiones, sino por el contrario, “que sabemos demasiado, *mientras no sabemos qué hacer* con esa masa de conocimiento inconsistente”²⁷⁷, dónde o a quién dirigirla y subordinarla ahora que el Estado ha dejado de estar ahí para concretar la totalización y anudación del conocimiento, es decir, para limitar la percepción ideológica. Por ello que estemos presenciando un crecimiento exponencial e incontrolable del conocimiento científico que “desata un poder que no es el del dominio [sino] un poder adecuado para el ejercicio del conocimiento como tal”²⁷⁸ que ha hecho a la

²⁷⁵ Žižek menciona que si anteriormente la libertad del sujeto estaba limitada por su posibilidad de elección dentro de las coordenadas existentes y sobredeterminadas por el orden social (hecho que hacía que la adquisición de su libertad derivara en el sacrificio de la misma); ahora expresa la posibilidad de elegir las coordenadas de sus decisiones, en tanto que el sujeto ya está sometido a un orden social en el que no es una amenaza y que únicamente requiere que “ejecute pasiva y celosamente todos sus mandamientos” para que, de ese modo, pueda ser controlado en todos los rincones de su vida. *Ibid.*, 428.

²⁷⁶ Žižek, *op. cit.*, 367.

²⁷⁷ *Ibid.*, 370.

²⁷⁸ *Ídem.*

ciencia, en tanto producto social, simultáneamente una fuente de amenaza como una fuente para afrontarla.

Pero ahí se encuentra el problema: los científicos/expertos actuales son los sujetos que supuestamente saben, pero no saben. El devenir científico de nuestras sociedades tiene una inesperada característica doble: mientras que confiamos cada vez más en expertos [...] esta universalización solamente transforma el campo del conocimiento en un inconsistente y antagonista no Todos.²⁷⁹

En voz del autor eso constituye la forma paradigmática de la privatización de la razón, la cual prima en el presente y subyace en las reformas de la educación superior bajo la idea de subordinarla a las necesidades de la sociedad o del mundo y de hacerla útil a las situaciones concretas que enfrentamos mediante la producción de opiniones «expertas» y muchas veces enfrentadas, que permitan resolver problemas de los que, contradictoriamente, no se sabe hasta qué punto quién o qué los ocasiona. Pues las coordenadas de dichos problemas están determinadas de tal modo por el modelo ideológico que impone la propia economía, que el conocimiento ya no gira en torno a la realidad (ideologizada e invertida que configuraron los estados), sino alrededor de sí mismo, del vacío. Por ello que estemos asistiendo al cambio del discurso de la universidad prevaleciente en la modernidad capitalista, por el de un conocimiento mercantilizado que actúa sobre la vida y que desubjetiviza más al sujeto.

Entre las expresiones que ha tenido este proceso en la universidad, destaca la dilusión de las fronteras nominales que configuraron las disciplinas modernas, la interacción entre campos (muchas veces llamada multidisciplina, interdisciplina, transdisciplina o llanamente, complejidad) y el aumento excesivo de la especialización con la que se “buscan nichos que puedan definir la originalidad o por lo menos «la utilidad social»” del conocimiento actual. A decir de Wallerstein, todo ello ha sido impulsado por un gigantesco incentivo económico proveniente de empresas transnacionales, organismos internacionales y de diferentes países centrales que dirigen las orientaciones de las ciencias sociales hacia la economía²⁸⁰. A veces de manera explícita y otras soterrada, por ejemplo, mediante la creación de planes de estudio nuevos, la reorientación de los existentes y el vuelco general del conjunto de las ciencias sociales hacia la técnica, la tecnología, los

²⁷⁹ *Ibid.*, 371.

²⁸⁰ Wallerstein, *op. cit.*, 38-39.

servicios, la ecología, entre muchos otros. Es decir, hacia discursos ideológicos alejados de los fundamentos de saber y de poder que establecieron las figuras que habían asumido en el dispositivo universitario.

De manera que aún cuando en la universidad se apela a categorías, metodologías o teorías que sugieren una figura específica para las ciencias sociales; lo cierto es que sobre ellas se han posicionado estos discursos que tienen la capacidad de encajar perfectamente en cualquier figura, borrar sus contenidos y producir las más diversas opiniones al respecto de algunas situaciones o problemas que se suponen importantes, preocupantes o necesarios de discutir pero que, como hemos dicho, se presentan como cuestiones de pura necesidad económica dado que esta última es la que en la actualidad afirma la realidad, el conocimiento, los cambios sociales, las responsabilidades sobre los problemas y las (de)subjetividades.

Para la geografía (y posiblemente para el resto de las ciencias sociales y el sentido común) el discurso ideológico preponderante en la actualidad es el ambiental, con la particularidad de que ahora se coloca a favor de la producción mundial y la obtención de beneficios mediante una retórica preocupada por el futuro del mundo, la cual no debe cuestionar al capitalismo, sino buscar las maneras de hacerlo sustentable o sostenible y de que «quien contamina, pague» a pesar de lo ambiguo que eso pueda ser. Sin embargo, lo cierto es que el temor y la sensación de responsabilidad que produce el reconocimiento del estado crítico del ambiente no se ha dirigido a señalar los procesos económicos y políticos que lo gestan; sino generalmente a hacer de la pobreza, la sobrepoblación, el subdesarrollo o de uno mismo sus causas. De esa manera la geografía ha retornado la fórmula tradicional de la relación sociedad-naturaleza desde un punto de vista del desequilibrio, desde el cual parece necesario tomar acciones individuales, colectivas, institucionales y de todo tipo para restablecer dicha relación aunque, como hemos dicho, estas se reducen a un valor monetario (que va desde el “consumo consciente” hasta el pago por servicios ambientales), que manifiesta que los componentes de dicha relación, y como primicia “la naturaleza y los procesos biológicos”²⁸¹, están subordinados a la valorización del capital.

²⁸¹ Adolfo Gilly y Rhina Roux, “El despojo de los cuatro elementos. Capitales tecnologías y mundos de la vida”, *Herramienta*, año XIII, no. 40 (2009) 8.

No obstante, consideramos que existen algunos discursos ideológicos que no se han estudiado con profundidad, particularmente, los que tienen que ver con la «nueva ruralidad», el turismo, y, en general, con la terciarización del trabajo (en sus dimensiones productiva y reproductiva). Y otros más que no son fáciles de reconocer pero que igualmente rigen el interés geográfico actual, se trata de aquellos que se han posicionado sobre aspectos y dinámicas que anteriormente fueron tratadas de manera crítica y radical por la geografía como la gentrificación, la percepción, las migraciones, la cultura, el feminismo, entre muchos otros que, como dijimos, no es que no identifiquen problemas reales, sino que el conocimiento que producen está, precisamente, muy alejado de la realidad y muy cerca de la economía. Pues como señalan Peet y Thrift:

El movimiento de la geografía radical cambió a partir de 1980. En general se volvió mas sobrio y menos combativo por al menos [tres] razones. Primera, porque a partir de entonces la corriente predominante del pensamiento marxista comenzó a ser sometida a un gran número de fuertes críticas. Segunda, porque el efecto disciplinador de la recesión de 1979-1983 y la situación de los países socialistas, puso en cuestión la política revolucionaria [y] Tercera, debido a que el estilo académico relajado de 1970 fue remplazado por el estricto profesionalismo de los ochenta.²⁸²

Todo ello se agravó de tal modo con la reorganización de la educación superior y la falta de oportunidades de empleo para los universitarios, que llevó a “muchos estudiantes a centrarse más directamente en las salidas profesionales de las distintas licenciaturas” o, por otra parte, en la investigación que –de manera directa o indirecta– comenzaba a ser subvencionada por el capital que materializan las empresas y algunos gobiernos centrales. Esto, pues, obligó a un gran número de “estudiantes a renunciar a los pensamientos radicales, a concentrarse en aprender conocimientos *útiles*”²⁸³ y a emprender carreras en el mundo laboral o académico que inauguran formas de trabajo más flexibles y, por tanto, más insuficientes para satisfacer el conjunto de sus necesidades.

No obstante, frente a este panorama que parece tan desolador se debe reconocer que en la actualidad el sujeto también tiene la posibilidad de elegir poner en crisis dichos discursos, de negar los fundamentos de dominación sobre los que reposan y de restituir la verdadera libertad que el capital, personificado en ellos, les ha quitado. Indudablemente, el alcance que esto pueda tener radicarán en una teoría y un método cuyas finalidades

²⁸² Peet y Thrift, *op. cit.*, 7.

²⁸³ Tim Unwin. *El lugar de la geografía* (Madrid: Cátedra, 1995) 225.

científicas y políticas se dirijan, por una parte, a comprender los procesos sociales que determinan las condiciones tan abyectas en las que se desarrolla la vida objetiva y subjetiva de la sociedad y, por otra, a reconocer en ello la necesidad de establecer un orden social radicalmente distinto.

Pero si Žižek tiene razón y lo único que en la actualidad está siendo propiamente revolucionario es el capitalismo, en la medida que en las últimas décadas ha cambiado todo nuestro panorama (desde la tecnología hasta la ideología), entonces eso nos pone en una situación aún más complicada que requiere que seamos capaces de identificar todos esos cambios con los presupuestos esenciales que subyacen en categorías que respondieron a otras apariencias y, más aún, que busquemos la medida en que hemos o no interiorizado dichos cambios en nuestra condición subjetiva. Con esto, finalmente, queremos plantear la necesidad actual que tiene el sujeto de cuestionarse al tiempo la realidad, el conocimiento y a sí mismo.

A decir de Echeverría ese fue uno de los mayores legados que dejaron en el movimiento del 68 “esos jóvenes mantenidos, que no necesitaban trabajar todavía, que podían dedicar su tiempo a estudiar varios años sin ninguna presión, que tuvieron todo en casa y algo de dinero en el bolsillo, que podían disfrutar la vida”²⁸⁴ y que, sin embargo, se revelaron y se negaron a la traición, autorrepresión e instrumentalización que implicaba el proyecto que sus padres, las instituciones y, fundamentalmente, el capitalismo impuso para su progreso tanto a ellos como al resto de la población. En ese sentido consideramos que debido a que en la actualidad la tarea que la sociedad burguesa le designa a la juventud no es muy distinta, sigue siendo indispensable que quienes participamos de la educación pública universitaria continuemos elaborando reflexiones en pos de aquellos a los que les es expropiado su trabajo para sostener nuestra actividad y que, pese a ello, siguen siendo excluidos de la universidad tanto en términos de acceso a la institución como de las reflexiones que allí se generan.

²⁸⁴ Echeverría, “Sobre el...”, 4.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

En el curso de sus actividades muchos de los estudiantes, profesores e investigadores que han sido cercanos a la geografía universitaria en las últimas décadas, se han enfrentado – incluso sin advertirlo– con los intrincados e incesantes procesos de cambio que han prevalecido en toda la historia de la disciplina. Entre ellos, posiblemente los más recientes tengan que ver con las propuestas generalizadas de modificación de los planes de estudio que buscan incorporar nuevos enfoques y tecnologías para adecuarlos a las necesidades actuales de la sociedad o incluso del mercado.

Si bien ello puede ser indicativo de una transformación profunda de la disciplina y de los objetivos de su profesionalización, las interpretaciones al respecto han sido diversas. En algunas ocasiones, por ejemplo, se ha planteado desde perspectivas internalistas que estos procesos son inevitables o necesarios para la geografía, en la medida en que responden al desarrollo natural, progresivo y positivo del conocimiento; mientras que en otras, se ha enfatizado que el origen de estos cambios no está en la geografía exclusivamente, sino en la lógica que rige a la sociedad y que requiere hacerla funcional para ciertos proyectos productivos o para la legitimación de procesos mayores.

Al respecto de las primeras interpretaciones cabe mencionar la insuficiencia de sus planteamientos para vincular las reflexiones al respecto de la condición presente de la disciplina con otras instancias sociales, y de las segundas, a pesar de que permiten una comprensión mucho más amplia, destaca la carencia de mediaciones entre la geografía y aquello para lo que es funcional (la sociedad, el Estado, el mercado o el sistema). Sin embargo, ya que la geografía responde a la división académica y profesional del trabajo que se lleva a cabo en la universidad, consideramos que el análisis de esta última puede aportar elementos que permitan reconocer el modo en el que son dirigidas sus finalidades, no solo hacia las formas vigentes de producción, sino también a las relaciones de reproducción social que le son propias.

Siendo así, resulta de importancia identificar cuál es el papel que ha desempeñado la universidad en la historia de la sociedad que conocemos, pues esta le imprime fuertes determinaciones a las relaciones de saber que se desarrollan en ella. En ese sentido destaca,

por una parte, que la universidad no es una instancia ajena, externa o superior al orden social; sino que es uno de sus instrumentos más útiles para el abastecimiento de conocimientos y de fuerza de trabajo especializada para la producción; así como para la generación de cohesión y de diferencias sociales mediante la interiorización subjetiva de prácticas, ideas o representaciones científicas cargadas de los fundamentos esenciales que rigen este orden, a saber, la explotación y el dominio en la actual sociedad capitalista.

Y, por otra parte, que la manera en que la universidad configura dichos procesos ha ido cambiando con el tiempo de acuerdo con los requisitos objetivos y subjetivos que demanda el orden social para el establecimiento de las condiciones materiales en las que se desarrolla la vida de la sociedad. Es por ello que en algún momento desempeñó un papel central en la producción de un entendimiento generalizado de la realidad y de un conocimiento fragmentario de ella, a partir de la constitución de diferentes disciplinas científicas sociales (como la geografía) y de la formación de subjetividades particulares para cada una de estas. En cambio, ahora vemos que con los procesos de reestructuración económica y política que se han llevado a cabo en fechas recientes, la universidad ha configurado dichos procesos para elaborar nuevas estrategias que permitan enfrentar los problemas que en la actualidad se suponen más urgentes y que, en última instancia, han llevado a su recomposición institucional, así como a la modificación de los programas de estudio, de las disciplinas y de los procesos subjetivos que alberga.

Pese a ello, reconocer que de algún modo los cambios de la geografía responden a su posicionamiento en la universidad no basta para comprender *qué* es aquello que los dinamiza. Sobre todo porque la universidad no es un caso aislado, sino que hace parte de un sistema institucional amplio que es compactado por el Estado para la cristalización de las relaciones de poder político o de dominación que necesita concretar el capitalismo en situaciones específicas. Esto, pues, añade una dimensión más al análisis del desarrollo de la geografía, en la medida en que su ubicación dentro de la división del trabajo universitario se encuentra a su vez determinada por el modo en el que el Estado organiza dichas relaciones de dominación en el conjunto de la sociedad para su articulación total con el sistema en diferentes momentos históricos.

Por lo demás, las transformaciones pasadas y recientes de la geografía ponen de relieve: 1) que la producción de conocimientos geográficos responde a las necesidades cambiantes de la sociedad específica que le dio origen; 2) que sus cambios se dan según las configuraciones con las que la universidad logra mediar sus funciones productivas y reproductivas en la división académica y profesional del trabajo que se desarrolla en su interior; y 3) que su posicionamiento en esta división del trabajo (y la división misma) se encuentra sobredeterminada por las relaciones de poder político que condensa el Estado para su articulación, subjetiva y objetiva, con las condiciones materiales de producción que se imponen en la totalidad del sistema.

Pese a ello, cabe mencionar que los cambios en la geografía –y en las otras ciencias sociales–, a pesar de que dan cuenta de su ajuste a las condiciones objetivas y subjetivas de producción, no representan la superación del pasado, sino más bien la emergencia y coexistencia de alternativas a la configuración que esta asume dentro de la universidad, las cuales pueden reafirmar o negar los fundamentos esenciales que han regido a la disciplina. Además, estas modificaciones se dan a la par de las reconfiguraciones históricas del conjunto de las relaciones sociales: del Estado, del poder político, de la ideología, etc., por lo que el análisis de las tendencias pasadas y recientes de la geografía universitaria debe acompañarse del reconocimiento de los fundamentos y las cualidades cambiantes de esos otros ámbitos que inciden en ella.

Lo anterior puede representar una de las mayores dificultades para el desarrollo de una investigación, sin embargo, en nuestro caso fue de provecho para reconocer detalles y establecer contrastes entre conjuntos de procesos en temporalidades distintas. Por otra parte, cabe señalar que el tratamiento que le hemos dado a nuestras reflexiones responde al interés de reconocer las tendencias y las finalidades generales que han determinado, a partir de su configuración en la universidad, el desarrollo de la geografía en diferentes momentos históricos.

No obstante, consideramos que lo anterior no limita la capacidad de la estrategia metodológica que seguimos para hacer un análisis general de los procesos de desarrollo de otras disciplinas sociales en la universidad. O incluso, aunque no era nuestro objetivo, para

reflexionar sobre los procesos concretos de desarrollo de otras disciplinas o de la misma geografía en alguna universidad específica.

Para finalizar y como dijimos en la introducción, este trabajo intenta abonar a las discusiones sobre la historia de la geografía y plantear la vigencia del análisis de los diversos contextos histórico-sociales que han determinado su condición pasada y presente; la relación que guarda su desarrollo científico con la universidad y esta, a su vez, con el Estado; y la proyección que han tenido sus finalidades en los sujetos que de manera directa o indirecta participan de ella. Pues estamos convencidos de que el conocimiento de estos aspectos pueden ser de utilidad para reconocer los límites históricos a los que se ha enfrentado la geografía, así como las posibilidades que emergen de ellos, para acercarla con mayor conciencia, responsabilidad y claridad de su papel en la división del trabajo universitario, a las reflexiones sobre el presente y el futuro de la realidad social.

BIBLIOGRAFÍA

Agamben Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida I*. (Valencia: Pretextos, 2006).

Agamben Giorgio. *¿Qué es un dispositivo?* (Barcelona: Anagrama, 2015).

Althusser Louis. *La filosofía como arma para la revolución* (México: Siglo XXI, 1968).

Arteaga Nelson. *Rituales, dispositivos y performatividad* (México: Porrúa, 2010).

Bourdieu Pierre. *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. (Barcelona: Fontamara, 1996).

Calderón Georgina, “La geografía como ciencia social” en Martha Chávez, Octavio González y Ma. Carmen Ventura (eds.), *Geografía humana y ciencias sociales. Una relación reexaminada* (México: El Colegio de Michoacán, 2009).

Echeverría Bolívar. *El discurso crítico de Marx* (México: ERA, 1986).

Echeverría Bolívar, “Sobre el 68”, *Memorias de la serie de Conferencias sobre el Movimiento estudiantil del 68: a 40 años* (México: Centro Universitario Tlatelolco, 2008).
Obtenido de: <http://www.bolivare.unam.mx>

Echeverría Bolívar, “Discurso por el recibimiento del emeritazgo en la UNAM” (México: Ciudad Universitaria, 2008). Obtenido de: <http://www.bolivare.unam.mx>

Echeverría Bolívar. *La definición de la cultura*. (México: Fondo de Cultura Económica, 2010).

Echeverría Bolívar, “La actualidad del discurso crítico”, *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, vol. II, no. 19 (2012): 77-86.

Foucault Michel. *Historia de la sexualidad I. La voluntad de poder* (México: Siglo XXI, 1977).

Harvey David, "What kind of Geography for what kind of public policy?", *Transactions of the Institute of British Geographers*, no. 63 (1974): 18-24.

Harvey David, "On History and present condition of Geography. An Historical Materialist Manifesto", *The Professional Geographer*, vol. 36, no. 1 (1984): 1-11.

Harvey David. *Social justice and the city* (Oxford: Basil Blackwell, 1993).

Harvey David. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural* (Buenos Aires: Amorroutu, 1998).

Harvey David. *El nuevo imperialismo* (Madrid: Akal, 2004).

Harvey David. *Breve historia del neoliberalismo* (Madrid: Akal, 2007).

Harvey David, "Notas sobre desarrollos geográficos desiguales", *GeoBaireS. Cuadernos de Geografía* (Buenos Aires: FFyL-Universidad de Buenos Aires, 2007).

López Francisco, "Tendencias de la educación en el mundo, América Latina y el Caribe", *Avaliação*, 13 (2) (2008): 267-291.

Lukács Georg. *Historia y conciencia de clase* (La Habana: Instituto del Libro, 1970)

Lyotard Jean-Francois. *La condición posmoderna* (Madrid: Cátedra, 1988).

Marini Ruy Mauro, "Acerca de la universidad Latinoamericana" [entrevista], *Síntesis*, no.5 (1973): s/n.

Marini Ruy Mauro. *El reformismo y la contrarevolución (estudios sobre Chile)* (México: ERA, 1976).

Marini Ruy Mauro y Speller Paulo, "La universidad brasileña", *Revista de Educación superior*, vol. VI, no. 2 (22) (México: ANUIES, 1977).

Marini Ruy Mauro. *Subdesarrollo y revolución* (México: Siglo XXI, 1985).

Marini Ruy Mauro. *El maestro en rojo y negro. Recopilación de textos* (Quito: IAEN, 2012).

Marx Karl. *El capital*, tomo I (México: Fondo de Cultura Económica, 1973)

Marx Karl y Friedrich Engels. *La ideología alemana* (Barcelona: Grijalbo, 1974)

Merryfield Andy. *Henri Lefebvre. A critical introduction* (Nueva York: Taylor & Francis, 2006),

Miller Jacques-Alain et. al., “El juego de Michel Foucault” [entrevista], *Onicar?*, no. 10 (París: 1977). Traducida al español por Javier Rubio para la *Revista Diwan*, no. 2-3 (1978): 171-202.

Neuhaus Susana (comp.). *Discurso Hegemónico en la Des-construcción del Espacio Público y la Subjetividad* (Buenos Aires, Altamira, 2002).

Osorio Jaime. *El Estado en el centro de la mundialización* (México: Fondo de Cultura Económica, 2004).

Osorio Jaime, “Biopoder y biocapital: el trabajador como moderno *homo sacer*”, *Argumentos*, año 19, no. 42 (2006): 77-98.

Osorio Jaime. *Estado, biopoder y exclusión. Análisis desde la lógica del capital* (México: Anthropos-UAM, 2012).

Osorio Jaime. *Los fundamentos del análisis social. La realidad social y su conocimiento* (México: FCE-UAM, 2012).

Osorio Jaime. *Estado, reproducción del capital y lucha de clases* (México: Instituto de Investigaciones Económicas-UNAM, 2014).

Osorio Jaime. *Teoría marxista de la dependencia* (México: Ítaca, 2016).

Ortega José. *Los horizontes de la geografía* (Barcelona: Ariel, 2000).

Peet Richard, “Los orígenes ambientales del determinismo ambiental” en Nuria Benach. *Geografía contra el neoliberalismo* (Barcelona: Icaria, 2012).

Peet Richard y Thrift Nigel. *New models in Geography. Volume II* (Londres: Unwin Hayman, 1989).

Romanutti Hernán G., “El Estado según Foucault: soberanía, biopolítica y gubernamentalidad” en *Utopía y praxis latinoamericana*, año 19, no. 66 (2014): 53-66.

Román Patria y García Alejandra, “Hay que traer el espacio a la vida. Entrevista con Doreen Massey”, *Signo y Pensamiento*, vol. XXVII, no. 53 (2008): 328-343.

Smith Neil. *Uneven development: nature, capital and the production of space* (Oxford: Basil Blackwell, 1984).

Smith Neil, “Academic war over the field of Geography: the elimination of Geography at Harvard, 1947-1951”, *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 77, no. 2 (1987): 155-172.

Smith Neil, “Geografía, diferencia y las políticas de escala”, *Terra Livre*, vol. 18, no. 19 (2002): 127-146.

Tecla Alfredo. *Universidad, burguesía y proletariado* (México: Ediciones de Cultura Popular, 1978).

Traverso Enzo. *La historia como campo de batalla* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2012).

Union National Générale des Étudiants de France-Strasbourg, “De la misère en milieu étudiant: considérée sous ses aspects économique, politique, psychologique, sexuel et notamment intellectuel et de quelques moyens pour y remédier”, *Pamphlet*, no. 16 (1966): 1-20.

Uribe Graciela. *Geografía y sociedad. Exploraciones en compromisos y propuestas actuales* (México: Centro de Investigaciones Científicas “Jorge L. Tamayo”, 1998).

Unwin Tim. *El lugar de la geografía* (Madrid: Cátedra, 1995).

Wallerstein Immanuel. *Abrir las ciencias sociales* (México: Siglo XXI, 2007).

Žižek Slavoj, *Viviendo el final de los tiempos* (Madrid: Akal, 2012).